



CHACON
JOSE MIGUEL VARAS





CHACON
JOSE MIGUEL VARAS



Indice

Trayectoria de José Miguel Varas

I Primeras letras

II Del vidrio a la revolución social

III La clase obrera y el alessandrismo

IV Años perros

V De prisión en prisión

VI Color de hormiga

VII El hambre voluntaria

VIII El Frente Popular

IX El tiempo del traidor

X Pisagua y otros viajes

XI El autor explica algunas cosas

Los testigos

José Miguel Varas

Chacón



LOM

EDICIONES

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

© LOM Ediciones

Primera edición, 1998

ISBN: 978-956-282-123-4

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 • Fax: (56-2) 696 63 88

www.lom.cl

lom@lom.cl

Este libro se basa en las entrevistas sostenidas con Juan Chacón Corona entre marzo de 1962 y fines de 1964. Contiene además testimonios de personas que lo conocieron en diferentes épocas de su vida.

El autor desea agradecer a todos los que colaboraron en este trabajo y en especial a Lucía y Mundo Chacón.

Trayectoria de José Miguel Varas

José Miguel Varas Morel es un hombre serio, estricto cumplidor de sus deberes, de apariencia fría, escueto y de voz microfónica. Oculta en general sus emociones por timidez o pudor, que es casi lo mismo. No se apodera de las conversaciones y escucha cualquier charla sin impacientarse y sin esperar su turno. De pronto cuenta historias regocijantes, imita giros de lenguaje, describe situaciones insólitas. Mantiene siempre la seriedad de los buenos humoristas.

Sus amigos personales son numerosos y de antigua data. Elogian sus libros, reconstruyen situaciones vividas con él, acuden a su casa para los cumpleaños o la noche de Año Nuevo. Reparte entonces unas divertidas máscaras que transforman a los jóvenes en viejos y a los serios en payasos. También es indispensable salir a la calle en que vive para elevar un globo de papel más allá de las nubes, como un saludo de buenos augurios para los cambios del calendario.

Cumplió setenta años pero nadie diría que ha vivido siete décadas. Conservó durante largo tiempo un rostro de joven inescrutable en una figura ligeramente gruesa que le valió el apodo de “el guatón Varas” que ya no lo identifica. Se habla ahora de un escritor importante y de actualidad. De regreso de un exilio largo, decidió dejar en segundo plano al periodista que ocupaba todo su tiempo y se dedicó a concretar sus proyectos literarios. Así ha publicado en los nueve últimos años seis libros muy celebrados, que son más que los editados antes.

Nació en Santiago en 1928 en el hogar de un oficial de Ejército, José Miguel Varas Calvo, casado con Elvira Morel, una diligente dueña de casa. Los hijos fueron cuatro, dos hombres, dos mujeres, que debieron acompañar al padre por la geografía del país, ya que era destinado a cumplir funciones en diversos regimientos de provincias. Vivieron en Concepción, Traiguén, Punta Arenas,

Antofagasta, Calama.

El padre llegó a ser coronel, pero su vocación literaria era tan fuerte como la militar. Escribía cuentos, novelas y piezas teatrales. Su primer libro se llamó Mi visión y apareció en 1926. Después publicó una novela corta, Un hombre y dos mujeres, un típico triángulo con militares de por medio. Incursionó en el teatro con “Cuando una mujer empieza a envejecer”, “Una carta para mi capitán” y una comedia divertida, “Juan Moyano”, que presentó con éxito el bufo Lucho Córdoba.

Se retiró del ejército en 1960, luego de treinta años de servicios, y pudo dedicarse exclusivamente a escribir cuentos militares, autoeditados, que vendía en los regimientos luego de unas entretenidas charlas.

Varas recuerda a su padre como un hombre extrovertido, bromista, de frecuente vida social. Percibía entre los militares rigideces inútiles que no aplicaba en su hogar. Aunque en política era un hombre conservador, se declaraba enemigo de los golpes militares y de que los uniformes fueran más allá de sus funciones.

En 1936 su hijo mayor ingresó al Instituto Nacional. Luego de rendir el sexto año de humanidades, egresó de allí en 1944. Era un colegio de mucho prestigio y tradición, se autoproclamaba todavía “el primer faro de luz de la nación” y se ufana del hecho de que varios presidentes de la República fueron sus alumnos.

José Miguel tiene recuerdos muy estimulantes de su vida institutana. Hay colegios que se asocian a lugares de torturas. No fue así su experiencia en el Instituto Nacional. Tuvo como compañeros a artistas como José Venturelli y Patricio Bunster. Jugaba fútbol con el arquitecto Miguel Lawner y era discípulo de maestros que no ha olvidado. Fue alumno del escritor Juan Godoy, un admirable profesor de castellano que invitaba a leer buenos libros sin que nadie

reclamara por el esfuerzo. En la calle y en la tarde el profesor se transformaba y era agresivo cuando bebía más de la cuenta. Le dijo en una ocasión a su alumno frente al Café Haití: “Tienes cara de bebé imbécil”.

Eran notables las clases del profesor de historia y geografía Antonio Fernández, alto y jorobado. Sus lecciones transcurrían como una película de la historia. En las pruebas pedía respuestas de dos líneas y hablaba de arte y de literatura en relación con su ramo. El profesor de matemáticas, Manuel Latorre, enseñaba con gran amenidad y tenía una convivencia muy estrecha con sus escolares.

Varas recuerda que cuando se desencadenó la guerra civil española, la gran mayoría de sus condiscípulos se declararon a favor de Franco. Era confusa la distinción entre rebeldes y leales. Gradualmente hubo cierta politización cuando Hitler dominó la escena y se desencadenó la Segunda Guerra Mundial. A los alumnos del Instituto ni siquiera les conmovió mucho la toma, por los jóvenes nazis criollos, de la Casa Central de la Universidad de Chile, situada en la inmediata vecindad, el 5 de septiembre de 1938. No supieron siquiera que el teniente Carlos Prats se encargó de dominar la rebelión cañoneando la puerta y conduciendo a los rendidos al edificio del Seguro Obrero, sin pensar que luego serían masacrados por orden del Presidente de la República. Varas pasó el asueto de ese día en casa de un compañero de curso cuya familia era dueña de un autopiano en el que se podían escuchar viejas melodías.

En el Instituto se publicaba un Boletín que aparecía todos los meses. Lo dirigía el bibliotecario Ernesto Boero, empeñado en descubrir y estimular vocaciones literarias. También era el mentor de la Academia de Letras castellanas, a la que empezó a asistir Varas.

Los académicos escolares tomaban muy en serio sus funciones: se leían trabajos de los estudiantes y luego se les sometía a la crítica. El más admirado era Félix Martínez, que luego sería profesor universitario y destacado ensayista. Invitaban a conocidos escritores a dar charlas. Ocuparon la tribuna, entre otros, Pablo

Neruda, Andrés Sabella y Benjamín Subercaseaux. Varas ganó premios en los concursos a los que llamaba la Academia. Escribía artículos cortos para el boletín que titulaba “Goteras”, en los que comentaba las incidencias de la vida cotidiana con un humor que no molestaba a nadie.

Tales “Goteras”, fueron el material básico de Cahuín, su primer libro, que apareció en 1946, cuando tenía dieciocho años y era alumno del primer año de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. No pretendía ser escritor como su padre, Cahuín le pareció más bien una humorada sin trascendencia. A duras penas reunió el dinero para su publicación. Le ayudó el profesor César Bunster, quien lo recomendó al director de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, que editaba libros a bajo costo y como un trabajo de la práctica de los alumnos.

El volumen tenía una apariencia modesta y un mediano número de páginas. El propio autor llevó algunos ejemplares a las librerías y lo distribuyó entre los críticos y cronistas culturales. El éxito fue sorprendente. Alone, el pontífice de los comentaristas literarios, señaló la frescura, el desenfado juvenil y el fino humor de Cahuín. Lo mismo hizo, todavía con mayor entusiasmo, Darío Carmona, que además de escribir en la revista Ercilla, era dueño de una librería en la que se agotaron los ejemplares. El libro estaba además en los escaparates de la admirada librería Nascimento, que atendía el escritor costarricense Joaquín Gutiérrez, quien lo introdujo en las tertulias literarias que allí se realizaban. El escritor debutante asistía sin decir una palabra a las conversaciones torrenciales de Ricardo Latcham con Mariano Latorre y veía de cerca a Luis Durand, Nicomedes Guzmán, Eduardo Barrios, Benjamín Subercaseaux, González Vera, Joaquín Edwards Bello, Manuel Rojas. Eran reuniones sin café y en medio de los libros.

“Es sorprendente la cantidad de personas que se acuerdan todavía de Cahuín”, dice ahora Varas. Lo frecuente es que los primeros libros de cualquier autor pasen inadvertidos, más aún si son autoeditados de manera precaria. Lo cierto es que el novel escritor fue entrevistado por Lenka Franulic y Andrés Sabella le dedicó un comentario, con una caricatura de Romera.

Pronto Varas se dio cuenta de que no tenía aptitudes de jurista y se matriculó en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde hacían clases Ricardo Latcham, Mariano Latorre, Milton Rossel, Eleazar Huerta, Roque Esteban Scarpa. Allí la literatura era un tema apasionante y ligado a definiciones políticas que abanderizaban a los estudiantes sin afectar a una alegre convivencia. Escribió otro libro, *Sucede*, que apareció en 1950 con menos revuelo que *Cahuín* pero que consolidó, a los 22 años, su prestigio de buen prosista, preciso, certero, observador sutil de la vida, innovador y próximo al mundo popular.

No obstante, su auspiciosa carrera literaria quedó en segundo plano. En 1950 se casó y luego vinieron dos hijas. Abandonó la Universidad y se convirtió en locutor radial. Tenía una voz bien timbrada, grave, modulada. Leía con sobriedad los avisos y noticiarios. Debutó en Radio El Mercurio, donde también trabajaban la escritora Margarita Aguirre y su amigo Félix Martínez. Luego recorrió una buena parte de las emisoras existentes y fue dirigente de la organización gremial de la gente de radio.

Había ingresado al Partido Comunista en 1949 sin militancia regular. El PC era ilegal y sus más destacados militantes venían de vuelta de un duro confinamiento en Pisagua. Pablo Neruda aparecía como un símbolo de la resistencia. Luego de un año de clandestinidad había irrumpido milagrosamente en un congreso pacifista en París. Varas no solo admiraba su poesía sino también sus definiciones ideológicas.

Entonces colaboraba con el diario *Democracia* que sustituía a *El Siglo* y donde estaba a cargo de la página cultural. Fue su bautizo en lo que luego sería su oficio. En 1952 apareció la revista *Vistazo*, dirigida por Luis Enrique Délano y fue llamado a ser parte del cuerpo de redactores. La revista se proponía competir desde la izquierda con el semanario *Ercilla*, el más leído y prestigioso de entonces. Allí se encontró con escritores como Alfonso Alcalde, Carlos Droguett, Edesio Alvarado, Sergio Villegas, Raúl Mellado. A todos les sorprendía la rapidez y gracia con la que Varas armaba sus reportajes.

Hacia el término del gobierno de González Videla, en 1952, reapareció el diario El Siglo. El director Orlando Millas, puso a Varas como jefe de cables, es decir a cargo de las páginas de información internacional, muy importantes en un órgano que proclamaba de manera obsesiva su adhesión a la URSS y al mundo socialista.

Los recursos de El Siglo eran paupérrimos. A poco andar estableció su redacción en la cuarta cuadra de la calle San Diego, próxima a la Plaza Almagro, en un ex hotel destinado a parejas fugaces. Algunas salas de redacción tenían lavatorio y bidé. Con frecuencia llegaban clientes a preguntar si había piezas libres. El portero optó por responder: “Están todas ocupadas”. Una mañana Varas llegó al local y se encontró con que había sido devorado por un incendio. Solo vio unos palos quemados y algunas máquinas de escribir arrojadas a la calle. Ante la puerta estaba desolado y furioso el anciano líder obrero Elías Lafertte. Al ver a Varas, hacía molinetes con su temido bastón al mismo tiempo que exclamaba: ¿Qué han hecho ustedes con el diario de la clase obrera? Costó calmarlo y Varas aún siente silbar los bastonazos de una de las figuras históricas del movimiento obrero. La vida periodística de Varas estaba llena de vicisitudes económicas, pero trabajaba feliz. El general Ibáñez era presidente de la República y se enfrentaba con la recién fundada Central Única de Trabajadores, que encabezó una efervescencia gremial contra los bajos salarios, la cesantía y el alza del costo de la vida. El general reabrió Pisagua como campo de concentración. Luis Corvalán y Volodia Teitelboim pasaron allí una temporada.

En 1957 El Siglo sufrió una de sus periódicas crisis y se vio obligado a despedir a parte de su personal. Varas cedió su puesto a uno de sus compañeros y fue contratado como jefe de programas de Radio Magallanes. La misma empresa más tarde lo envió a Punta Arenas como director de la emisora La Voz del Sur.

En 1959 le propusieron trabajar en los programas en español de Radio Praga y residió allí durante tres años con su familia. Le pareció una buena experiencia en cuanto podía trabajar sin sobresaltos, volver a la literatura y vivir en una de las

ciudades más bellas de Europa. Al mismo tiempo conoció las decepcionantes tramoyas de los regímenes stalinianos. El socialismo real no era igual al socialismo de las teorías y los informes. Le resultó duro comprobar la corrupción y el cinismo de algunos funcionarios. Advirtió en los checos un sordo descontento que solo podía expresarse en un humor negro cuyos chistes divulgó a su regreso a Chile. Volvió sin muchas ilusiones pero sin alterar sus principios.

En 1962 fue designado director de El Siglo. Se propuso transformar el diario en un órgano de izquierda, abierto, sin sectarismo, ágil y golpeador. Convirtió la revista de los domingos en una interesante expresión cultural con buena crítica literaria y prestigiosos colaboradores. La crónica política a cargo de Manuel Cabieses y los artículos de redacción de Marcos Portnoy elevaron el nivel y el tiraje del diario.

La bonanza duró hasta 1965. La dirección del PC lo acusó de tendencias liberales. Tres años después se produjo el aplastamiento de “la primavera de Praga”, que estremeció a Varas en carne viva: conocía el escenario y sentía que los tanques soviéticos destruían toda posibilidad de un socialismo de rostro humano y de efectiva democracia.

En 1964 anuló su primer matrimonio y luego se casó con Iris Largo Farías. Fue padre de tres hijas con las que completó cinco. Volvió a la Radio Magallanes y empezó a trabajar en el Canal 9 de la Universidad de Chile. Leía noticias y animaba un programa llamado “Puntos Cardinales”.

Su trabajo literario tuvo un nuevo opus con Chacón editado en 1967 por la editorial Austral. El libro no es una hagiografía, sino un amable y profundo retrato de un luchador de origen campesino con el que se encontró en reiteradas ocasiones en El Siglo. Excedió las fronteras parroquiales del PC y fue acogido con grandes elogios. Luego publicó Porái, en el que retornó al mundo de sus libros anteriores. No abandonó el humor de sus historias ni la simpatía a seres sencillos a los que les ocurrían cosas mínimas, a veces increíbles o de suave

patetismo.

Conoció de cerca a Pablo Neruda, el poeta de su más permanente admiración. Fue guía del vate cuando visitó Praga junto a Matilde Urrutia. Años más tarde escribió un relato detallado de su gira por la ciudad. El poeta recibía muy bien a los periodistas de El Siglo y le vio en tantas ocasiones que adquirió con él cierta confianza, sin que Varas llegara a ser parte de su corte personal. Varas dice que Neruda le hacía unas invitaciones imposibles de cumplir. Le pedía “vente unos cuatro días a Isla Negra”, sin considerar que el invitado tenía que cumplir horarios y estar al pie de las noticias.

Se produjo cierto revuelo en El Siglo cuando Pablo de Rokha publicó un extenso panfleto llamado “Neruda y yo”. El poeta, atacado con epítetos gruesos, no dijo nada, pero el diario hizo un llamado al combate y publicó una serie de artículos contra De Rokha. El crítico Juan de Luigi, colaborador hasta entonces de El Siglo, rompió con el partido y con el diario, y publicó en una revista un artículo en el que calificó a Neruda como “La araña negra” y llamó a De Rokha “poeta revolucionario de Chile y el mundo”. “Son anécdotas de la guerrilla literaria de la que se ocupó Faride Zerán”, dice Varas. Y agrega: “Ahora puedo decir que soy nerudiano y también rokhiano sin que nadie me expulse de ningún paraíso”.

En 1969 viajó a Moscú para ser corresponsal de El Siglo, un cargo que antes había desempeñado su amigo Joaquín Gutiérrez. No alcanzó a echar raíces porque en 1970 triunfó la Unidad Popular y fue llamado para trabajar como jefe de prensa del Canal Nacional.

Fue un trabajo abrumador y a menudo ingrato. A partir de 1972 la escalada contra el gobierno del Presidente Allende adquirió miles de tentáculos peligrosos. El canal tenía que dar tribuna a todos los sectores y algunos llamaban a la subversión abierta. Por otra parte los noticiarios y programas periodísticos tenían que demostrar con objetividad que el gobierno marchaba; que sus realizaciones eran palpables y que favorecían al pueblo.

El desabastecimiento y la carencia de artículos de primera necesidad, además de la movilización de la oposición, desmentían cualquier cuadro optimista. El jefe de prensa no tenía tiempo sino para su trabajo. Su familia y sus amigos se quejaban de sus permanentes ausencias de cualquier reunión que no se relacionara con sus labores.

El golpe de Pinochet lo obligó a refugiarse en la Embajada de Alemania Federal. Desde allí viajó a ese país, donde fue bien acogido con su familia.

Desde el mismo día del golpe Radio Moscú había iniciado en su departamento latinoamericano el programa “Escucha Chile”, destinado a informar y denunciar lo que ocurría en el lejano país, asolado por “la soldadesca”, según sus primeras calificaciones. Era necesario que en su redacción hubiese periodistas chilenos. Y Varas, que se preparaba para un exilio en Alemania Federal, se trasladó rápidamente a Moscú.

Allí trabajó con periodistas chilenos también exiliados, como Eduardo Labarca, y con las voces de la soviética Katia Olevskaya y la suya, que noche a noche seguían la crónica de la dictadura.

“Escucha Chile” fue quizás el programa de mayor audiencia durante los primeros diez años del régimen militar. Sus auditores chilenos se ingeniaban para escucharlo en los lugares más recónditos de sus hogares, como una acción clandestina y riesgosa. Varas permanecía frente a la máquina de escribir de la mañana a la noche y recibía múltiples despachos telefónicos que llegaban desde Chile o de otros países que tenían un mejor acceso a la información. Permaneció en Moscú quince años, exclusivamente dedicado a esa actividad. Con su familia logró adaptarse a la vida de la URSS, aprendió ruso y conoció el país en todo lo bueno y en todo lo malo que estaba ante sus ojos.

Regresó en septiembre de 1988. Trabajó primero en la revista Pluma y Pincel, luego como archivero de Radio Chilena y como redactor del diario La Época donde terminó por llevar a cabo la más extraordinaria de las proezas: escribió durante más de dos años un cuento a la semana, de domingo a domingo, hasta completar más de un centenar.

La furia creativa de Varas empezó apenas se normalizó la vida del país. Publicó primero dos libros de crónicas Las Pantuflas de Stalin y Neruda y el huevo de Damocles. Siguió con una novela de gran envergadura El correo de Bagdad, que cuenta las deliciosas andanzas y la correspondencia entre un pintor chileno en Irak y un sabio profesor checo. En 1995, LOM ediciones editó La Novela de Galvarino y Elena que repitió la fórmula de Chacón y recreó, a través de los relatos de protagonistas reales, la existencia de un periodista popular, Galvarino Arqueros y la de su esposa, Elena González. Después publicó Exclusivo una colección de cuentos que le valió ser considerado por el exigente Ignacio Valente como el mejor cuentista chileno actual. Finalmente LOM ediciones publicó sus Cuentos de Ciudad, una selección de los cuentos aparecidos en La Época.

Sin duda el escritor de la primera época dejó listos los puentes para el actual, más maduro en su estilo, en sus personajes, en sus concepciones del mundo y de los seres humanos.

Luego de su aparición hace 31 años, regresamos con esta reedición de Chacón, un libro desaparecido de las librerías y hasta de las bibliotecas personales de quienes lo leyeron en esa oportunidad. Está basado en entrevistas sostenidas con el dirigente del PC Juan Chacón Corona, entre marzo de 1962 y fines de 1965. Varas abordó por primera vez a Chacón cuando hizo un reportaje sobre la rebelión de la marinería chilena en 1931.

Chacón es un arquetipo del militante en la escuela de Recabarren: espartano,

inquebrantable en sus convicciones, fiel a su organización, entregado por entero a una lucha que, según él, le abría paso a la revolución y a la sociedad del proletariado.

Fue un humilde campesino nacido en Lampa que en sus años juveniles viajó entre Santiago y Valparaíso en busca de su sustento. Desde que ingresó al PC fue un funcionario singular: no recibía un centavo por su labor, comía cuando algún compañero lo invitaba, viajaba de “pavo” cuando tenía que cumplir misiones partidarias en el norte o en el sur. Tal devoción política no lo convirtió en un hombre de acero: era ingenioso, pícaro, socarrón, una mezcla de huaso y obrero, discreto y valeroso.

El autor del libro no formula digresiones ni comentarios propios. Hace hablar a Chacón a lo largo de 158 páginas, en primera persona singular. Pero fue Varas y no Chacón quien decidió, en última instancia, la forma del libro, quien realizó la selección de sucesos, circunstancias, palabras. El monólogo es interrumpido a intervalos por testigos que hasta desmienten el lugar y la fecha de algunos hechos. En su oportunidad el crítico Yerko Moretic señaló: “Es posible que más de algunas de las sabrosas frases que de repente cautivan al lector, lo emocionan y lo hacen reír a la vez, hayan sido inventadas por Varas, pero esa invención no desentona en absoluto con lo que era connatural al propio biografiado. Rara vez se podría afirmar con tanta razón que si non e vero é ben trovato”.

En reiteradas ocasiones Chacón fue detenido, torturado, relegado, apaleado, pero regresaba a sus tareas de “agitador profesional” con el mismo tesón y sin temerle a nada. “Ninguna represión me inquietaba porque creía que la revolución era inminente”, decía, para agregar: “Sabía que no era cierto pero esa idea estimulaba como diablo”.

En 1941 fue elegido diputado sin que eso alterara su estatus. Continuó viviendo con su esposa y sus hijos, Lucía y Edmundo, en una casita de madera del cerro Las Cañas de Valparaíso. En 1947 fue vicepresidente del Instituto de Economía

Agrícola, con gran furia de los latifundistas, que pidieron su renuncia.

Varas no presenta en este libro una visión santifi-cadora ni sentimental de su personaje. Chacón está en la misma línea de sus libros posteriores, cuyo tono es un humor leve y una ruborosa ternura contenida, que apenas se expresa en un golpe final o en breves descripciones que sugieren un subtexto que está en el fondo y en el sentido de las historias que cuenta. Chacón es un ejemplo de lo que Varas ha aportado a la literatura chilena. Es un creador singular y a menudo magistral que descubrió en los personajes populares, en las cosas simples y el humor la complejidad y la belleza de la vida y de la gente.

Luis Alberto Mansilla

I

Primeras letras

Yo nací en Lampa el 9 de octubre de 1896, según parece. Mi padre era obrero agrícola. Mi madre era mapuche. Ninguno de los dos sabía leer ni escribir.

“Parece que no es así la cosa”, dice Amelia Román, nacida en Lampa hace 82 años: “El verdadero padre de Juan Chacón no fue, según me han dicho, el inquilino Francisco, sino un rico de aquí. Su madre, Lucía Corona, llegó del sur, de Río Bueno. Era mapuche. Llegó con la madre de ella, o sea, la abuela de Juanito. Las dos venían escapando por problemas de tierras y persecución que hubo contra los mapuches. Apenas hablaban castellano.

“A poco de llegar, Lucía entró a trabajar de empleada y tuvo relaciones con su patrón, J.Z. Nació Juan, en esta misma casa donde le estoy hablando y donde yo vivo. Esta calle se llama Miraflores. Antes fue nombrada Cancha de Carreras y así es como le dice la gente antigua de aquí. Por esta calle se hacían las carreras a la chilena.

“Cuando nació el niño, la primera leche se la dio mi hermana Mariana, que estaba criando una guagua de ella. La madre no tuvo leche. Se puede decir que fue mi hermana la que crió a Juan, lo sacó adelante. Cuando supo hablar él le decía ‘mamá’.

“El padre era uno de los ricos de Lampa. De los más. Tenía mucho comercio aquí. En esos tiempos los hombres y más siendo ricos, no reconocían a los chiquillos que hacían por ahí, sobre todo en las mujeres que servían. El niño

creció huachito al comienzo, pero no le faltó cariño. Cuando su mamá se casó con Francisco Chacón, como tres años después, él lo tomó por hijo y le dio su apellido, y fue entonces Juan Chacón Corona.

“Francisco Chacón fue un tiempo inquilino de la hacienda de los Barros, que es una de las más grandes (ahora la tienen de asentamiento, por la Reforma Agraria). En la misma hacienda trabajó también la Lucía, de empleada en la casa y de ordeñadora. Tiempo después dejaron la hacienda. No sé bien cuándo, porque a mí me llevaron chica a Santiago. Entonces vivieron en la casa que Francisco Chacón se hizo en el Callejón de La Palma, que ahora se llama Juan de Dios Salas. Como inquilino, Chacón supo trabajar, tuvo varios animales y ganó plata”.

Vivíamos en lo propio, al lado afuera del pueblo en un rancho de adobes, con techo de totoras. Otro rancho peor servía de cocina. No nadábamos en la abundancia. Pisábamos piso de tierra afuera y adentro de la casa. En un camastro de palo dormía yo y ahí también durmió mi hermana, que nació años después. En el otro camastro, mis padres. No conocí los colchones hasta mayor. Me tendía encima de unos cueros de oveja, colocados encima de las tablas, y me tapaba con ponchos viejos, sacos. Otros muebles no se merecían. Para sentarnos teníamos unos cajones viejos y una banca. Los únicos cubiertos eran unas cucharas de palo. Más se usaban para revolver el guiso que para llevarlo a la boca. Hasta muchachón comí casi siempre con la mano. Un cajón atracado a la muralla hacía las veces de mesa de comedor.

El terreno era un cuarto de cuadra con frutales. Las cuatro higueras daban mucho. Se vendían bien las brevas. Los otros árboles producían un año más, un año menos: duraznos, membrillos, ciruelos. También había un parrón. Los frutales ayudaban, pero no mucho, porque toda Lampa está llena de frutales. No alcanzaba para vivir. Por eso, mi padre siempre tenía que trabajar en lo ajeno, de afuerino, en diversas tareas según la temporada. Lo que mejor se le daba era la carbonería.

Lampa tendría entonces unos mil quinientos habitantes. Era un pueblo agrícola con poca vida, sin industrias ni atracción para los jóvenes. Pronto partían a buscar trabajo a Santiago. Generalmente no volvían más. Esto apenas ha cambiado.

Las calles no tenían pavimento. No había luz eléctrica. El alumbrado público eran unos seis faroles a parafina en todo el pueblo. Lo mismo que nada, porque Lampa está formado de casas-quinta y es sumamente extendido. Se tomaba agua de pozo. El centro lo marcaba una plaza sin plaza. Una manzana sin casas, con mucha maleza y algunos árboles que nunca se podaban. La gente la llamaba Las Cuatro Esquinas. Le daban frente la iglesia, la escuela y algunas casas mejores, de los ricos. El agua para regar siempre escaseaba porque las haciendas de los Barros y los Vargas acaparaban casi toda la que traía el estero. Esas haciendas eran la sombra negra que no dejaba progresar al pueblo.

Mi padre se llamaba Francisco. Era alto, flaco, bueno para el trago y el garabato, no creyente en Dios. “El único Dios es el que tiene plata”, decía. Mi madre sí que era creyente. Me hizo hacer la primera comunión (un día que me había robado unos nísperos). A mi padre y a mi madre los vi vestidos siempre con la misma ropa. Él, pantalón, camisa, ojotas, una manta que debe haberle servido treinta o cuarenta años. Ella, vestido negro, delantal. Cuando tomaba mate, por la tarde, se echaba siempre un rebozo negro en los hombros. Lo mismo cuando salía, pero salía poco.

Mundo Chacón: “No sé por qué mi papá no se refirió a la abuela. La madre de mi abuela Lucía, la abuela de él. Mapuche también. Por lo que él mismo contaba a veces, ella fue la fuerza unificadora de la familia. Trabajando de carbonero, Francisco Chacón pasaba fuera de la casa semanas o meses. Otro tanto mi abuela Lucía, que trabajaba como empleada doméstica. Parece que la abuela fue un día a buscarlos a los dos y los re juntó casi a la fuerza. Juan debe haber tenido entonces unos cuatro años y se había criado donde los Román. Fue cuando anduvieron en la hacienda de los Barros, él de inquilino, ella de ordeñadora. La abuela vivió varios años con ellos, creo que como autoridad

máxima del hogar”.

A trabajar empecé antes de ir a la escuela. Mi madre me llevaba para que la ayudara a sacar leche a las vacas desde que yo tenía cinco años. Me hacía levantar a las tres o cuatro de la mañana, invierno y verano. Niño chico, me acuerdo haber ido a pata pelá, sorbiendo mocos, pisando ese barro escarchado, filudo como vidrio. Me consolaba tomando leche del balde, calientita, recién sacada. Esas madrugadas y esa leche me ayudaron en la vida, me dieron buena contextura física.

Cuando tenía ocho o nueve años, a mi madre se le puso mandarme donde el cura, tal vez con la idea de meterme algo de santurronería. Fui ayudante del sacristán. Me quedé con la boca abierta cuando supe que las vinajeras tenían vino. Yo creía que eran aguas celestiales, y era vino del bueno. Para la Pascua, el sacristán tenía mucha pega y yo fui a ayudar a arreglar el nacimiento. Las viejas llevaban regalos para el Niño Dios (o sea, para el cura): dulces, frutas escogidas, huevitos. Gran parte me la comí yo de una sentada y con esto se acabó mi contacto con el clero. A la escuela fui entre los ocho y los once años. Resulté aventajado como estudiante. Fui el primero de la clase, entre alumnos de ocho a dieciséis años.

“Chacón en la escuela, era duro de cabeza”, dice Segundo Peña, antiguo vecino de Lampa. “Fuimos compañeros de escuela. Nos sentábamos en el mismo banco. ¡Harto duro de cabeza el muchacho! Empeñoso para el estudio, eso sí. Al principio pasaba distraído, más preocupado de lo que pasaba afuera de la sala que adentro, siempre inquieto, moviendo los pies, como con ganas de salir corriendo. Yo tenía que estar pegándole chuzazos en las costillas para que atendiera. Años después lo vi en Santiago y me dijo que se iba al salitre. Parece que estuvo buen tiempo por allá en el norte. Hizo bien en salir de Lampa. Aquí no habría llegado a nada. Se fue y ya ve usted: llegó muy alto”.

Con mi padre hice otros estudios. Cada vez más me ocupó para que lo ayudara

en sus trabajos. Anduvimos sacando troncos de espinos viejos, tocones, para quemarlos y hacer carbón. Otra vez, segando trigo. Mi primer trabajo pagado fue de cuidador de ovejas: pagado, pero poco. Después corté uva donde los Barros. Cuando mi padre no tenía trabajo, salíamos a cazar. No era deporte sino un medio de vida, de los pocos que tenía. No erraba tiro, porque los tiros costaban caro. A veces se arriesgaba y volteaba un pájaro al vuelo. Nunca lo vi fallar. Para guerrillero habría servido.

Uno de los amigos más amigos que tenía era el Joaquín Jorquera. Su padre trabajaba en tierras arrendadas y explotaba la chicha. Tenía carretela y caballos. Yo lo consideraba inmensamente rico.

A los once años nos vino la inquietud, al Jorquera y a mí, de que esa vida de trabajo poco y malo, de robar fruta, de la honda y el peñascazo, no era para nosotros. Soñábamos con la capital. En la casa no nos sujetaban muy cortos porque era difícil llenarnos y, al no haber trabajo, poco aportábamos. No nos costó mandarnos cambiar.

Agarramos los monos –unos pañuelos, unas camisas– dos o tres piezas de ropa, toda la riqueza que teníamos, los echamos dentro de un saco y salimos pegando por el camino de tierra, con rumbo a Batuco. Nos habíamos noticiado y sabíamos que por Batuco pasaba el tren “cabrero”, de Tiltil a Santiago. No teníamos ni cobre, pero subimos no más. En eso llegó un inspector y nos pidió los boletos. No le extrañó, parece, que no los tuviéramos, ni plata tampoco. Nos amenazó con meternos presos, así como sin ganas, después se encogió de hombros y se fue. Cabros de campo que iban a Santiago con las patas y el buche, ha de haber sido caso de todos los días.

Llegamos a la Estación Central. Nunca he vuelto a ver maravilla igual que ese Santiago con unas pocas calles pavimentadas con piedra huevillo y lleno de barriales; esa tremenda cantidad de gente, de carretelas, de carretas con bueyes, de victorias, de coches...

Caminando llegamos hasta la Vega Poniente, Joaquín Jorquera tenía unos parientes ahí. Un tío muy rico, comerciante y otros no tan ricos, que eran cargadores. Era una casa grande, un campamento, con muchas piezas y chiquillos como moscas. Nadie nos llevó mayormente de apunte. Al otro día estábamos los dos de alba trabajando en la Vega, ayudando a cargar, a llevar cajones, a lo que viniera.

Los días pasaban muy rápidos en Santiago, pero luego el ambiente comenzó a disgustarnos. La cosa funcionaba a puro garabato. Para no andar perdiendo tiempo, se empinaba el chuico directamente. Eran personas muy ocupadas. Trabajo no faltaba, ni tampoco qué comer, pero las costumbres dejaban que desear. A lo mejor yo aspiraba a más. Conversé con mi amigo de partir, de embarcarnos (antes hablábamos mucho de la navegación), pero él ya no quiso moverse. Así que nos separamos y yo decidí ir al puerto a ver si me recibían en un buque de la Armada.

Me fui caminando, mano en bolsillo, hasta la Estación Central. No existía otra estación entonces. Tomé “El Rápido”, un tren a carbón que demoraba unas seis horas en llegar a Pancho. Cuando ya el tren iba saliendo, salté al carro-equipaje, donde iban tres ferroviarios. Me echaron tallas, pero me trataron bien y me dijeron que me ganara el pasaje limpiando lámparas. ¿Qué me dijeron? Mientras trabajaba, conversaban conmigo y me hacían toda clase de preguntas. Les hizo gracia eso de que me fuera a embarcar. El hecho es que al llegar me hicieron una colecta y desembarqué en Valparaíso lleno de oro. Ahí no más, al lado de la estación, compré unos plátanos y me di un banquete, sentado en una cuneta.

Partí a continuación con mucho ánimo a pedir pega de grumete en el crucero O’Higgins, que estaba anclando en la bahía. Le pagué a un botero para que me llevara. No se me recibió con cariño:

—¿Qué venís a hacer aquí? —me preguntó un suboficial.

—Vengo a hacer el servicio.

—¡Qué vas a hacer el servicio vos, mocoso! Estás muy chico. Lo que estés más grande vuelve por acá.

Por suerte el botero me estaba esperando.

Anduve vagando por el Puerto un día entero sin encontrar pega, y por último, hambriento y sin ni cobre, me volví a Santiago.

En la capital tuve entonces mi primer trabajo de obrero, como oficial de un albañil. Le pasaba el barro, le pasaba la plana, le pasaba los adobes, le pasaba la botella.

Entonces anclé en el barrio Matadero. ¿Sería el año 1907? En ese barrio había de pasar mis primeros años de santiaguino y mis primeras andanzas de revolucionario. Pero en la cuestión de la albañilería duré poco.

Andaba el comentario de que en el mineral de El Teniente se ganaba buena plata. Con otros cabros nos fuimos a Rancagua. Nos contrataron a varios para trabajar en la construcción de la Casa de Fuerza en Coya. Vi cosas que no me había imaginado. Esos rotos eran medios desordenados. Por cien pesos, a un hombre le cortaban el guargüero y lo echaban al río Cachapoal. Había un paso estrecho, bordeando el cerro, por donde la pasada era obligatoria, que se prestaba para ese procedimiento. El agua bajaba muy veloz, había mucha pendiente y abajo, rocas. Era un campamento de hombres solos. Zona seca. O sea, corría el aguardiente que era un contento. En todas las faenas había gallos diablos. Era una carnicería: morían tres o cuatro a la semana. A ninguno le gustaba ganar poco. Entonces se

aguantaban, trabajando firme sus tres meses seguidos, hasta que salían con una buena libranza. Partían bien forrados de billetes a dejarlos en los prostíbulos de Rancagua. Pero pocos llegaban. En la pasada al lado del río les salían al encuentro y nunca más se supo. Ni la compañía ni los contratistas se oponían. Cada uno que el río se llevaba quedaba con quince días o un mes de salario adentro, sin cobrar. Era una manera de “bajar los costos”, como le llamaban los capitalistas.

Los aires de Coya eran peligrosos, pero me quedé ocho meses. No me daban mucho boleto. Los cabros estábamos bastante basureados. Poco después de llegar, me pusieron de calentador de remaches. Me convertí en personaje importante de la producción. Sin un buen calentador de remaches, no hay buen remachador. El oficio consistía en poner los remaches a calentar en la fragua y en sacarlos con unas tenazas cuando estuvieran a punto. Después había que pasárselos al remachador uno por uno para que los colocara. En eso de saber cuándo el remache está a punto es donde entra la viveza. Tiene que estar bien caliente, coloradito claro. Frío no sirve, ni quemado tampoco. Como esto lo aprendí luego, fui muy distinguido entre los caldereros. Les gustaba trabajar conmigo porque les rendía. Ellos tenían advertido que no me tajearan ni me pegaran y eso me valió salir con vida.

Volví a Santiago con la idea de trabajar de nuevo en la construcción. No se pudo. En cambio, fui oficial de un repartidor de pan de la panadería La Renquina. El caballo era alazán y llegaba a sacar chispas del pavimento, corriendo como un diablo.

Aprendí a subir al carretón sobrecorriendo y a chiflar fuerte. Después pasé a repartir leche, que era parecido, pero más reposado. Anduve en estos trabajos como tres años y conocí mucho la ciudad. Yo tengo cierto dominio de Santiago. En ese tiempo, claro, no era lo de hoy. Entre Pedro Lagos y Avenida Matta había potreros con cardos. Cerca del Parque, donde está la Penitenciaría, había un inmenso basural. Por el centro ya corrían los carros eléctricos con “imperial” pero en los barrios seguían los carritos “de sangre” tirados por caballos.

Yo era medio salvaje. Mi cama consistía en unos sacos harineros colocados en la parte de arriba de un murallón de unos dos metros. Este lugar me lo había cedido gentilmente el lechero. El espacio, arriba, era suficiente, siempre que uno no se moviera mucho. No me movía. Llegaba tan cansado que dormía como piedra.

Por ese entonces murió mi madre, aunque la noticia vine a saberla tiempo después. Ella era mapuche de Río Bueno. Le debo el haber ido a la escuela. Poco hablaba en la casa pero, cuando se trató de la escuela, sí que habló y se empeñó. Lástima no haber estado con ella cuando murió.

II

Del vidrio a la revolución social

A los 14 años comencé a trabajar de obrero en la fábrica de vidrios La Nacional. Aprendí el oficio de maquinista y el de “archero”. “Archa” se llama el horno donde se da cocimiento a las damajuanas. Supe hacer botellas vineras y cerveceras. La fábrica ocupaba una manzana entera en San Diego pasado Franklin, donde ahora hay una plaza: era la más grande de Chile en el ramo. Teníamos jornada de ocho horas. Había tres turnos. Los salarios eran malos, pero resultaban pasables comparados con los de otras industrias. Después los hicimos mejorar a punta de pelea. No se conocía previsión ninguna. Iba un médico una vez por semana. Los accidentes menudeaban. En la faena había siempre unos 40 grados de calor, mucho humo, mala ventilación. Quemaduras y cortaduras eran cosa de todos los días. Accidentarse era mal negocio. El que se accidentaba perdía de trabajar y no recibía nada. Si volvía, lo más probable era que no tuviera pega. Éramos mil trescientos obreros. Trescientos, cabros de ocho, nueve, diez años. A los quince o dieciséis ya nos considerábamos hombres hechos y derechos.

Mundo Chacón dice: “En esta fábrica funcionaba un curso de hombría. Uno de los obreros más grandes y macizos, amarrado a un poste por una mano y un pie, enfrentaba a uno de los chicos que se sentía ya con ganas de pasar a la categoría de hombre. Generalmente, el chico conseguía dar dos o tres golpes, pero un aletazo del grandote lo hacía arar. Juan era alto para su edad, forzudo y duro. Cuando le tocó el turno, tumbó a uno de los campeones. Esto no me lo contó él. Lo supe por uno de sus viejos compañeros de trabajo de entonces, un día que hacían recuerdos.

“Así supe también que en sus primeros tiempos de fabricano, mi papá se dedicó al deporte; fue corredor ciclista”.

No sé bien en qué momento comencé a actuar en las luchas sociales. Es como si hubiera llevado siempre esa inquietud. En la fábrica de vidrios participé en la primera huelga de mi vida. Nunca fui eso que ahora llaman “sindicalistas”. Lo que en el Partido llamamos “sindicalero”. Para mí la lucha social estuvo siempre fundida con la lucha política. Era lo mismo. Claro que si me hubieran preguntado entonces, no habría sabido explicarme.

En el barrio Matadero, en 1911, comencé a asistir a las reuniones de un Centro Social organizado por los anarcos. Eramos unos catorce jóvenes vidrieros los que íbamos. A las reuniones llegaban oradores anarquistas o “revolucionarios”, así, en general. Estos enemigos del orden, sin definición ideológica, pero con labia, nos daban largas conferencias y levantaban el ideal de la redención de los trabajadores, por medio de la huelga general y la revolución social. Todo muy vago, pero nos entusiasmaba. A veces hacíamos mítines callejeros. Recuerdo varios aquel año, contra la guerra que comenzaba en Europa. Distribuíamos panfletos. Nuestra actividad se concentraba en el sector Avenida Matta, Franklin, Santa Rosa. Entre los obreros era grande entonces el prestigio de la I.W.W. (Industrial Workers of the World), la organización internacional del anarquismo.

En la esquina de Santa Rosa con Placer había un local del Partido Obrero Socialista, fundado por Recabarren en Iquique, en 1912. Me acuerdo de un tal Toledo, carpintero, hombre flaco, de ojos verdes, con mucho poder de convicción. Me acuerdo de Roberto Salinas Astudillo, dirigente de la Junta Provincial de Santiago. Yo conversaba con ellos y me sentía atraído por el Partido, pero me demoré en ingresar porque veía que las diferencias ideológicas se resolvían generalmente a silletazos.

En 1916, la fábrica apagó unos hornos “por la falta de pedidos”, según dijeron, y echó mucho personal a la calle. También me tocó a mí. Pero no duré cesante mucho tiempo. En esos días apareció en el barrio un enganchador muy bien trajeado y con dientes de oro, que buscaba gente para las salitreras. Según él, en el norte la plata estaba botada y no había más que ir a recogerla en pala. Y allá

nos fuimos. La partida fue de Valparaíso. Íbamos trescientos gallos en el barco, contratados para diversas oficinas, a cual más lleno de ilusiones. Fueron cinco días de viaje muy alegre, el más alegre que he hecho en mi vida. En Iquique nos esperaban y nos separaron, como quien aparta ganado, según la oficina que había contratado a cada cual.

Me tocó la Oficina Paposo. Como era joven y sano, no dejé que el desencanto me cortara los brazos (había otros que lloraban amargamente). Trabajando a toda pampa aprendí a hacer “cachorritos”, tiros de dinamita chicos, según el tamaño del costrón que se quiere romper. Después me pasaron a la máquina, donde estuve de “canchador”. Tenía que sacar el salitre de la batea, después de secarse el caldo, y amontonarlo; después pasaba el carro que lo llevaba a la cancha donde terminaba de secarse y luego se ensacaba (después se inventó llevar el salitre suelto, se perfeccionó la maquinaria y se eliminó personal de los puestos). Los sacos eran de diverso tamaño. Pesaban desde cien hasta ciento cuarenta kilos. Había que tener buenas espaldas para cargarlos.

En el campamento las casuchas en que vivíamos eran de zinc, el techo y las paredes. Conocí los catres “pata de oso”: una lata de zinc colocada sobre cuatro tarros durazneros rellenos con tierra. Encima, por toda ropa, unos sacos. El piso de tierra. Si en el día nos chupaba la sangre la Compañía, en la noche seguían las vinchucas y las chinches, los piojos. En mi pieza tuve como compañero un viejo grande, barretero, que era argentino. Le gustaba comer charqui asado y tomar vino. En esa forma nos banqueteábamos. Era buena gente. La comida de todos los días era cazuela, porotos y huesillos. Se tomaba vino Carolino. Estas comidas las hacíamos en las cantinas. Había varias. Una pertenecía a la pulpería, es decir, a la empresa; otras eran particulares, negocio de las mujeres de algunos capataces o de comerciantes que la Compañía toleraba.

Estaba en sus comienzos la organización sindical que era, a la vez, del Partido Obrero Socialista. Un movimiento débil todavía, que desempeñaba entonces un papel secundario.

Una mañana, cuando las mujeres fueron a comprar, la pulpería no quiso entregar víveres para los ranchos, por alguna cuestión de balance o qué sé yo. Hubo protestas ahí mismo y más protestas en las casas porque, para muchos, esto significaba quedarse sin almorzar.

Los compañeros llamaron a un mitin y éste se realizó cerca de la administración, a veinte pasos de la pulpería, en una rotonda. Hubo gritos de que se abriera la pulpería. Se habían juntado más de doscientos gallos. En eso llegaron tres carabineros, que comenzaron a detener a los que tenían más cerca, sin averiguaciones. Eran las once y media de la mañana, la hora del puchero. El sol pegaba fuerte. Los ánimos se calentaron. Los gritos de protesta subieron de tono y la gente empezó a irse encima de los carabineros, para quitarles a los detenidos. Los uniformados perdieron la calma y uno empezó a disparar.

Cayó un obrero y la gente se dispersó. Quedaron los tres carabineros al medio, con sus armas en la mano, detrás de ellos los ocho hombres que habían detenido y en el suelo, el muerto, de boca en un manchón de sangre que iba creciendo.

Los carabineros se retiraron con sus detenidos y lograron llegar hasta el retén. Nosotros estábamos como atontados en un comienzo, pero después ardíamos de indignación. Hubo muchas reuniones y se propusieron cosas violentas.

En una de las cantinas colocamos al muerto, para velarlo, y las mujeres hicieron coronas de flores de papel, como se estila en la pampa. Otros mientras tanto, preparábamos cartuchos de dinamita con mechas cortas para asaltar el retén. Algunos querían ir al ataque inmediatamente; otros proponían esperar la noche.

El sargento, que era la autoridad máxima de carabineros, fue astuto: olió lo que pasaba y encerró en un calabozo al carabinero que había disparado. Después salió y parlamentó con un grupo de los obreros diciéndoles que el hombre sería

juzgado, que él de ninguna manera había dado orden de disparar, en fin. Los compañeros le dijeron que estaba bien, pero que pusiera en libertad a los ocho compañeros que seguían adentro. El sargento dijo que no podía, porque tenía que recibir órdenes de Iquique, pero que, claro, a él le parecía muy razonable. Así, en estos parlamentos, pasó el tiempo y al caer la noche llegaron suficientes tropas de refuerzo como para no pensar más en asaltos. Finalmente, los detenidos fueron trasladados a la cárcel de Iquique. Se siguió un proceso que terminó sobreseyendo a todo el mundo. Los ocho obreros, naturalmente, ya no encontraron trabajo en ninguna oficina salitrera y siguieron su destino. No sé qué fue del carabinero tan listo para gatillar, pero supongo que, al igual de otros parecidos, habrá encontrado una buena pega de capataz, jefe de bienestar o sereno. ¿Y el muerto? Quedó muerto y enterrado, callado el loro, en un cementerio del que ya no debe de haber ni rastro.

En los tiempos que siguieron, la organización se fortaleció y menudearon las luchas colectivas por salarios y mejores condiciones de vida. En muchos puntos de la pampa hubo baleos semejantes al que me tocó ver, o peores. Los pampinos se organizaban y los patrones con su gobierno y su aparato represivo trataban de impedirlo. Ardía la lucha de clases.

Por ese entonces empezaron a buscar a los jóvenes que no habían hecho el Servicio Militar. Parece que lo consideraban un medio de domar a los más díscolos y de descabezar a las organizaciones donde había mucha cabrería en las directivas. Sospeché que me iban a detener y la idea no me gustó. Pensé mejor en volverme a Santiago. Había juntado algo de plata y me vine en barco por mi cuenta, pagando mi pasaje, a lo caballero rico.

Volví a la industria del vidrio. Poco después, bajo la influencia de los anarquistas, entré a la organización Sol de Mayo la primera que tuvimos los obreros del vidrio. Allí existía contacto con círculos anarquistas argentinos. Se desarrollaba actividad sindical, política y cultural. Eran frecuentes las charlas y las discusiones políticas: la revolución, la huelga general, cómo combatir a los capitalistas. El centro sirvió también para impulsar luchas por reivindicaciones

inmediatas.

Entre los dirigentes recuerdo a Carlos Triviño y al suizo-francés Alberto Baloffet.

La Revolución Rusa de 1917 trajo las discusiones más acaloradas. Unos la aplaudían y otros no. La inmensa mayoría la apoyaba. Pero la discusión salió muy pronto a la calle porque lo que estaba pasando allá, tan lejos, sacudía a la clase obrera chilena y despertaba un entusiasmo tremendo.

Devorábamos la prensa, que informaba a diario sobre cómo la revolución avanzaba, se detenía, retrocedía, volvía a avanzar. La Federación Obrera de Chile y el Partido Obrero Socialista organizaban mítines todos los días en apoyo de los obreros rusos. Yo asistía siempre. ¡Qué zalagarda! Llevábamos tarros, pitos, chiquillos, perros, estandartes, motes. Los mítines eran en casi todos los barrios de Santiago, siempre cerca de las industrias. Los oradores ligaban el apoyo a la revolución bolchevique con la lucha contra la carestía de la vida, por la rebaja de los arriendos, contra los lanzamientos, por mejores salarios. Nunca faltaban obreros que pidieran ayuda para las huelgas.

Fue muy grande en Chile la resonancia de la Revolución Rusa y no fue solo un eco del momento, sino que trajo cambios en la mentalidad y en la organización sindical y política de los trabajadores.

Sin embargo, yo era entonces algo así como un agitador solitario. Un orador solo. Si alguna vez hablaba en un mitin, era para plantear la cosa como yo la entendía en ese momento; no para dar perspectivas de organización sino casi siempre para llamar a la toma del poder sin más trámite, salvo el indispensable de armarse. La pelea revolucionaria la entendí durante mucho tiempo, tal vez por influencia anarquista, como una tarea individual. De cuestiones sociales no sabía

otra cosa que mi propia experiencia y lo que veía a mi alrededor, que no era poco. Lecturas del marxismo y, en general, de política, vine hacer años después. Peleaba al lote. Como dicen los gallos leídos, por intuición y no por principios. Sabía leer, pero no le daba mucho uso. Un libro leí de todas maneras, que me causó impresión. Fue La conquista del pan de Kropotkin, la Biblia de los anarquistas. Me gustó la forma como enfocaba los hechos sociales. Como propaganda, es un libro bien hecho.

III

La clase obrera y el alessandrismo

Vinieron años muy importantes para el movimiento obrero, años revolucionarios. Las grandes huelgas empezaron en 1918, me parece. Por primera vez me di cuenta de que hacía falta una organización sindical única en todo el país. Creo que lo mismo pensaban miles como yo. La clase obrera peleó como nunca antes y de repente se sintió los lagartos. La siembra de tantos años empezó a dar fruto de repente.

En 1919 se fundó la Federación Obrera de Chile, que en un tiempo se llamó Gran Federación Obrera de Chile. Los trabajadores tenían la sensación de su grandeza estando unidos. El primer secretario general fue Luis Emilio Recabarren. En medio de la pelea, que se hacía en dos partes, por la jornada de ocho horas, por mejor trato y respeto al obrero, iban brotando los consejos de la FOCH, sus organizaciones locales. Había una rama (o Consejo) por cada actividad industrial. En todas las fábricas, minas y faenas varias, los obreros pasaban pliegos de peticiones y se botaban en huelga. Como no existía el Código del Trabajo, las huelgas partían de repente, con la táctica de “el golpe avisa”. Lo que faltaba en preparación sobraba en entusiasmo.

“La clase obrera se organizó en grupos de oficios. Los carrilanos se agrupaban en el número uno; los empleados de tranvías urbanos en el número dos y seguían los zapateros, los carpinteros, los empleados de diversas fábricas, etc. Las organizaciones del norte del país, las de Valparaíso, Concepción, Talcahuano, la región del carbón y Valdivia representaban una fuerza enorme, capaz de conmover todo el país. Las huelgas estallaban casi diariamente y a veces en forma violenta. No se trataba solo de adoptar determinadas medidas; la revolución social hervía en los hogares de los pobres, en las fábricas y talleres y en las asambleas populares”.

(Manuel Rivas Vicuña, Historia Política y Parlamentaria de Chile).

También nosotros fuimos a la pelea en la fábrica de vidrios La Nacional. Los puntos del pliego se discutían en pequeños grupos, la voz corrió por dentro de la industria. Una mañana amanecimos los mil trescientos obreros en huelga, sin fallar uno. Nuestro movimiento conmovió al barrio y después conmovió a Santiago entero. Peleamos en la calle. Desfilábamos todos los días y gritábamos hasta quedar roncos. Pedíamos ayuda a los comerciantes y a los trabajadores de otras industrias. Todas las tardes hacíamos mítines. En discursos ardorosos denunciábamos los abusos, las malas condiciones de trabajo y de vida. Los chiquillos que trabajaban en la fábrica eran los que más bochinche metían. Conmovía el espectáculo de esos obreros-niños, pálidos, vestidos con trajes de los padres, demasiado grandes, arreglados a medias para ellos, tirillentos y muchos a pata pelá, desfilando combativamente, pidiendo mejores salarios. Parece que había entonces un poco más de prensa independiente. No faltaban artículos en los que se denunciaban estos crímenes del capitalismo.

La huelga duró cuarenta y cinco días. La ganamos. Durante la huelga conocí a Recabarren. La primera vez, junto con Luis Peña y Fernando Lawson, conversamos largo. Reca nos explicó con mucha paciencia cómo organizar comisiones de trabajo, para mantener movilizadas a toda la masa de los trabajadores en huelga y promover la solidaridad, cómo dirigir la organización democráticamente, con asambleas, para mantener siempre a la gente informada y orientada y para ir tanteando su estado de ánimo. Insistió mucho en la necesidad de mandar delegaciones a otros sindicatos, para explicar por qué estábamos en la huelga y conseguir su apoyo. Todo esto nos ayudó a ganar.

Después fue una cosa natural que nuestra industria se convirtiera en la base del Consejo Número 5, de Vidrieros, de la FOCH. Y así también, naturalmente, pasé a ser yo el secretario general.

Comenzó entonces, para mí, un período de mucha actividad sindical. Algunos

aspectos de esa actividad todavía resultan útiles hoy en día. Los obreros se sentían atraídos por las veladas artísticas, por los bailes. Todavía el cine no se transformaba en la gran atracción para las masas que es hoy. El teatro popular tenía vida propia y estaba tan ligado a la actividad gremial o societaria, como se decía entonces, que a mí me pareció lógico que me hicieran funcionar de actor, en un conjunto (Reca hacía de actor a veces). Dábamos obras de carácter social, algunas escritas por el propio Recabarren. Tuvimos primero un local en Victoria pasado Santa Rosa. Después otro en San Diego, pasado Pedro Lagos. Y, por último, el que más nos duró, en Nataniel al llegar a Franklin. Era un don local, con sala de conferencias y escenario teatral bien equipado, donde había continuamente funciones artísticas, conferencias, asambleas gremiales y reuniones políticas.

Nuestro Consejo Número 5 llegó a ser importante. Se nos tenía respeto por lo encachados. Cuando había un paro, y en esos años hubo muchos, no solo actuábamos en nuestra industria, sino en todas las del barrio, que era el de más concentración industrial en Santiago. Iniciado el paro, hacíamos asamblea y se denunciaban las industrias del sector que seguían trabajando. Al tiro se ofrecían voluntarios. Se formaba una comisión de quince o veinte que partía sin demora, se metía de rondón en la Fábrica de Cartuchos, donde Aycagüer y Duhalde, en los talleres donde hacían colchones, somieres, etc., y sacaba a la gente aunque fuera a tirones. Sí, lo hacíamos en la Fábrica de Cartuchos, pese a los milicos y su disciplina militar, y llegamos a organizar allí un Sindicato, el Número 17. Cuando había huelga tranviaria, por San Diego no pasaba ni un carro: nosotros respondíamos. Si alguno se atrevía, lo parábamos a lo que es piedra. La gente era decidida. Además del trabajo hacia otros núcleos proletarios, los vidrieros mandamos varias veces delegaciones al campo y ayudamos a impulsar los movimientos campesinos. Ayudamos así a las huelgas de las haciendas Copetta y Cocalán, de Melipilla.

Al Partido Obrero Socialista ingresé en 1918. Las reuniones se hacían en una pieza de la calle Santa Rosa al llegar a Franklin. Tenían carácter de asamblea, con mucho discurso. Yo iba poco: me absorbía la actividad sindical. Conocí entonces a Julio Moya Zambrano, secretario de la Junta Provincial de Santiago; y a Roberto Salinas Astudillo, secretario general de la FOCH y miembro

también del Pos, que todavía en ese tiempo me parecían casi la misma cosa.

El contacto con Reca me abrió perspectivas. Me acuerdo una vez que nos habló como una hora de la importancia de la organización sindical para la lucha por mejores salarios y condiciones de vida (esto ya lo entendía yo), pero también para la conquista del poder para la clase obrera (ahí estuvo más novedoso: la combinación de la lucha sindical y política). Asistí a las conferencias que dio Reca en el Teatro Esmeralda. En muchas conversaciones fui aprendiendo lo que es la lucha de clases, cuáles son las diferentes clases sociales, por qué la clase obrera no puede limitarse a la pelea económica, sino que debe plantearse la toma del poder político para alcanzar su liberación, cómo entender el trabajo parlamentario unido a él, el sindical y de masas. No creo que hubiera completa claridad entonces sobre el asunto de la alianza obrero-campesina, pero Reca se preocupaba mucho de los asalariados agrícolas y pensaba que debían estar organizados en Consejos, como los obreros, y afiliados a la FOCH.

Se sucedían en esos años (1918,1919,1920), las huelgas, las manifestaciones callejeras y las grandes asambleas. No nos dábamos cuenta bien de lo que pasaba, pero sentíamos que la cosa se movía. Creíamos que la revolución estaba muy cerca, a la vuelta de la esquina.

En 1919 fue la Convención de la Gran Federación Obrera de Chile, en Concepción. De los acuerdos dieron cuenta en Santiago, Recabarren y Luis Marín Pinuer.

Puede ser que todo esto dé una idea de que la actividad sindical y política de los obreros se realizaba sin sobresaltos. Como dicen que la democracia chilena es tan “democrática”... No era así, pues. ¡Claro que no! Los choques con la policía, los pacos azules, eran casi diarios. También se peleaba con los mercenarios de las Guardias Blancas. Esas guardias las había organizado la reacción para tratar de contener el ascenso del proletariado. Por ejemplo, cercaban nuestras manifestaciones con su gente, muchos hampones bien armados. En cada ocasión, les dábamos lo que andaban buscando. Estas provocaciones fueron tomando caracteres cada vez más violentos y en 1920 llegaron al asesinato. Los asaltantes notaron que era menos riesgoso combatir a proletarios aislados o atacar locales cuando solo estaban en ellos sus cuidadores y unos pocos dirigentes. Es lo que hicieron en Punta Arenas, cuando incendiaron el local de la Federación Obrera, haciendo morir quemados a varios compañeros.

Pero no podían parar a la clase obrera. El país era un hervidero. Del norte llegaban por miles los cesantes del salitre. Las oficinas cerraban. El salitre chileno se quedaba sin mercados por la competencia del sintético que los alemanes habían aprendido a hacer durante la guerra. Era la crisis. Había albergues y ollas comunes en los barrios de Santiago. El más grande, me parece, funcionaba en la calle San Ignacio.

José Vega Díaz: “A Chacón yo lo había conocido en 1921, en la época de los albergues. Era macizo, cuadrado, con toda la apariencia del mapuche. Conservaba la caja aun después de una huelga de hambre. Vestía como cualquier obrero en aquellos años: chaqueta de un color, pantalón de otro. La chaqueta, sumamente corta en comparación con la moda de ahora; el pantalón aflautado, lo llamaban pantalón ‘inglés’ (después del 25 vino el ‘Oxford’ que era muy ancho abajo, a lo marinero). Chacón andaba siempre con sombrero. Alguna vez con ‘colisa’ de paja, que se usaba hasta en invierno en aquellos años”.

La FOCH desarrolló la organización de los cesantes y un gran movimiento

contra la carestía, que se llamó Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional. Este movimiento tomó mucha fuerza, se amplió a otros sectores del movimiento sindical, incluso los apatronados y los mutualistas; realizó desfiles, mítines, rayado callejero. Una delegación de dirigentes sindicales fue a hablar con las autoridades para exigir el control de los precios y el fin de los abusos de especuladores e intermediarios. El Gobierno contestó que se debía respetar “la libertad de comercio” y que los precios se regían por la ley de la oferta y la demanda. ¿Qué tal?

En eso vino el movimiento del año 20, con Arturo Alessandri, el gran demagogo. Se podía haber pensado que ya en ese momento la clase obrera en su conjunto tenía las cosas claras. Que marchaba sin vacilar hacia la formación de su propio partido. Que iba a tomar su camino político propio a la par que se desarrollaba su organización sindical. Pero no. Las cosas casi nunca salen así, tan claras. Hubo que vivir la experiencia del alessandrismo, amargo desengaño que ayudó a madurar muchas conciencias. También la mía, ¿para qué lo voy a negar? Sí, también fui alessandrista el año 20, como gran parte de la clase obrera. Nos emborrachábamos con la ilusión y el “Cielito lindo”, por muy fochistas, socialistas y revolucionarios que fuéramos muchos. Salíamos todos los días a desfilar. Jurábamos ir a la huelga general para apoyar a Alessandri si la oligarquía no reconocía su triunfo. El hombre sabía hablar. Tomaba los problemas más sentidos. Hablaba de iguales derechos para pobres y ricos. Juraba que los precios iban a bajar, que iba a aumentar la producción, que íbamos a gozar de la mayor abundancia para todos. Hablaba “con el corazón en la mano”. Y en la calle ardía Troya. Se peleaba a garrotazos y peñascazos con los pacos y las bandas de los pijes unionistas (partidarios de Barros Borgoño).

¿Y nadie se daba cuenta del engaño? Sí, pues. Había compañeros que trataban de calmar esa fiebre política, que hacían esfuerzos por una política independiente de la clase obrera, que advertían contra el engaño. El Partido Obrero Socialista, en una Convención que hizo en Antofagasta, en junio de 1920, a pocos meses de la elección, decidió presentar la candidatura presidencial de Luis Emilio Recabarren. El mismo mes, en Santiago, el candidato obrero habló sobre los ideales del socialismo. Y fuimos a escucharlo. Le encontrábamos razón, lo oíamos con respeto, pero nos parecía demasiado... “anticipado”. El camino de

Alessandri sonaba más fácil y más bonito. Nos sentíamos socialistas, estábamos con Reca en cualquier pelea sindical, lo admirábamos por su firmeza pero... había que votar por Alessandri. ¡Si es para darse con un palo en la cabeza!

De todos modos, con el gran engaño del alessandrismo en marcha, las luchas proletarias no disminuían. Al revés, aumentaban más y más. A mediados del mismo año fue la Huelga Grande del carbón, por la jornada de 8 horas. Reca estuvo en Lota y después informó en los organismos sindicales de Santiago y de otras provincias. El movimiento tuvo eco en la capital. Hubo mítines en el Barrio Matadero y los consiguientes apaleos. Se hicieron colectas para ayudar a los mineros.

A mí me parecía que en un año estaban pasando más cosas que en todos los años que había vivido hasta entonces. Después de la elección, la reacción quiso desconocer el triunfo de Alessandri. Se vivió al borde del golpe de Estado y de la guerra civil durante dos meses enteros.

“Los partidarios del señor Alessandri mantenían la agitación popular. Cada día, desde su balcón, el candidato gritaba al pueblo que pese a quien pese llegaría a la Presidencia de la República y cada día reiteraba sus promesas en favor de las clases populares, declarando la guerra a la oligarquía y los ricos. Los pobres creían que se procedería a un reparto de bienes; miraban al León como a un mesías, creían que hacía milagros y constantemente grupos de hombres y mujeres del pueblo pasaban estacionados en los escaños de la Alameda, frente a su casa, para verle salir o acudir a defenderle de cualquier ataque”.

(Manuel Rivas Vicuña, obra citada).

Y esos dos meses comenzaron a producir la desilusión. Alessandri entraba en componendas, se reunía con éstos y aquellos, maniobraba. Para aplastar a la vez el alessandrismo, el movimiento obrero y el movimiento estudiantil, Ladislao Errázuriz, ministro de guerra, inventó que había movimientos de tropas contra

Chile en Perú y Bolivia. Llamó a suspender las huelgas en nombre de la patria y movilizó tropas hacia el norte. La FOCH, la Federación de Estudiantes, el Partido Obrero Socialista y la IWW denunciaron la maniobra. “La guerra de don Ladislao” se convirtió en chacota. Pero la oligarquía tomaba las cosas en serio. Organizó las Ligas Patrióticas de estilo fascista, que asaltaron el local de la Federación de Estudiantes y la imprenta donde se editaba la revista estudiantil Numen. Hubo un proceso contra “los subversivos” (principalmente dirigentes obreros anarquistas y estudiantiles). ¿Y el León? Parecía un ratón. Hizo unas declaraciones aguadas, medio a favor de “la guerra de don Ladislao”, que indignaron a muchos de sus partidarios.

¡Qué rápida fue la desilusión después! Despertamos de un viaje. Alessandri asumió en septiembre y a mediados del año siguiente, con la crisis y el aumento de las luchas obreras en el Norte y en todo el país, desataba la represión feroz. Vino la masacre de obreros del salitre en La Coruña. Siguieron otros crímenes. Harto rápido fue el viraje del hombre. Se fue al otro lado con camas y petacas en menos que canta un gallo (igualito lo hizo después González Videla. Alumno aprovechado).

Esta tremenda experiencia política nos hizo madurar. Cundió la idea de levantar el partido de la clase obrera. No más caudillos burgueses. En diciembre de 1920 había sido la convención de la FOCH en Rancagua. Un grupo propuso transformar la FOCH en partido político. La idea tuvo acogida al comienzo. Recabarren clarificó el punto a través de una discusión tenaz: la FOCH, como organización sindical unitaria debía agrupar a los obreros para la defensa de sus intereses de clase, independientemente de sus creencias religiosas o posturas políticas. El partido de la clase obrera era otra cosa, la vanguardia consciente.

En el mismo mes, en Valparaíso, el Congreso del Partido Obrero Socialista decidió impulsar de inmediato la formación del partido único de la clase obrera, tratando de unir a los diversos partidos con base proletaria. En el mismo Congreso, el POS decidió, en principio, tomar el nombre del Partido Comunista, previa consulta a las secciones.

Al mismo tiempo, crecían los movimientos de masas. En octubre de 1921 fue en Santiago la Primera Convención de Campesinos de la Provincia. Y poco después, el Congreso de la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional. El acto de clausura fue maravilloso. Un teatro repleto hasta los pasillos, con gente colgando del balcón y galería. Oradores obreros y dirigentes estudiantiles hablaban en la tribuna uno tras otro. Al final, todos de pie, con el puño en alto, cantando “La Internacional”.

“... Los estudiantes fomentaban el movimiento de las masas obreras y se mostraban unidos para sostener sus reivindicaciones sociales. Los elementos comunistas aprovechaban la ocasión para ganar terreno en favor de sus doctrinas hasta el extremo de que los propios dirigentes llegaron a alarmarse y a pedir el concurso de los obreros católicos. Admitidos los artesanos pertenecientes a congregaciones religiosas, en el seno de la Asamblea de Alimentación Nacional, se mostraron luego más descontentos con la situación que los más exaltados elementos”.

(Manuel Rivas Vicuña, obra citada).

En noviembre de 1921 se reunieron dirigentes de la FOCH, del Pos y del Partido Demócrata para programar el Congreso en que debía constituirse el nuevo partido. Después, el Partido Demócrata se achaplinó y torpedeó este intento unitario, pero muchos de sus militantes obreros de base ingresaron al Partido Comunista. El Congreso de la FOCH acordó afiliarse a la Internacional Sindical Roja.

En las elecciones parlamentarias del mismo año, la clase obrera logró llevar dos diputados a la Cámara. Fueron Luis Emilio Recabarren y Luis Víctor Cruz, los dos primeros diputados comunistas (Reca había sido elegido diputado por Tarapacá en 1906, pero la reacción lo despojó de su cargo porque después de jurar “por Dios”, según la fórmula en uso, dejó constancia de su posición no religiosa).

Se abría camino la línea en la formación del Partido, pero a los enemigos de afuera se sumaban los de adentro. La lucha ideológica –ya no a silletazos– fue subiendo cada vez más. Desde 1915 actuaba en el seno del Pos un grupo “izquierdista”. Contrarrevolucionarios disfrazados de dinamiteros. Estos bandidos, encabezados por Pablo López y Emilio Zapata, realizaban una lucha interna enconada contra la posición justa de Reca. Después de fundado el Partido Comunista, y aprovechando la falta de dominio del marxismo de la mayoría de los dirigentes, éstos siguieron adentro y fueron los peores cuchillos. Después tomaron las posiciones trotskistas, hasta recibir, finalmente, la patada en el culo que merecían.

La discusión sobre el nuevo partido de la clase obrera se llevó a todas partes. La cuestión se trató hasta en asambleas sindicales (ya he dicho que muchas veces no se distinguía bien entre partido y FOCH). Así se llegó al Congreso de Rancagua de enero de 1922, en que el Partido Obrero Socialista tomó el nombre de Partido Comunista de Chile. Fue un gran avance, aunque tenían que pasar años todavía antes que llegara a ser un verdadero Partido Comunista, con una dirección homogénea, que tuviera conocimiento del marxismo, y con una organización leninista.

Los delegados al Congreso fueron elegidos en asambleas de las organizaciones del POS en barrios y localidades. A mí me eligieron por el barrio Matadero, pero no asistí al Congreso. Me hice a un lado para darle paso a Orlando Pavez, que era un compañero más joven. Pensé que era bueno para su formación política (¡sería por lo bien formado políticamente que yo estaba entonces!). Le ayudé a juntar unos pesos para el viaje. Por eso no estuve presente cuando el Partido dio su primer paso. ¡Hay que ver!

IV

Años perros

Los primeros diez años de vida del Partido (1922-1932) fueron la etapa más dura. Para el Partido y para el suscrito.

En 1922 la fábrica comenzó a parar los hornos por falta de pedidos, según los patrones. Aseguraron que la competencia había aumentado en Chile y que se había cerrado el más importante de los mercados extranjeros, Bolivia. Para averiguar si era cierto, el sindicato acordó mandar una delegación a hablar con el embajador boliviano. Era verdad. Las botellas fabricadas en Alemania desplazaban del mercado boliviano a las botellas chilenas. Nos parecía raro porque calculábamos que con el flete las botellas tenían que llegar más caras de Alemania. No sabíamos entonces lo que era el dumping, la venta por debajo del costo. Los alemanes lo hacían para entrar en América del Sur con sus productos. De todos modos, nuestra gestión ante el embajador sirvió para que el Gobierno boliviano se interesara en seguir comprando botellas chilenas. Los alemanes solo pudieron colocar una partida. Pero soplaban vientos de crisis.

Sin sentirlos, yo iba a veces a una Filarmónica, a bailar y a platicar con las niñas. Allí me topé con Aída de las Mercedes Silva Ahumada, obrera peletera. Le tomé interés al tiro. Por la otra parte también lo hubo. Como ella asistía a unos cursos de cultura general que daban en una Escuela Nocturna cerca de Franklin, me matriculé también. Más por la Aída que por la cultura. La cosa terminó en casorio en 1926. En esa escuela conocí también a Carlos Contreras Labarca, aunque en ese tiempo no sabía que era comunista, ni me imaginaba que iba a llegar a ser secretario general.

Carlos Contreras Labarca: “Yo era en 1923 dirigente de la Federación de

Estudiantes. Una sección había emprendido el trabajo de las escuelas nocturnas. A mí me correspondió hacer clases en la Escuela Italia (hoy Liceo Barros Borgoño), en calle Gálvez, detrás de la Escuela Normal. La clientela de la Escuela estaba formada en gran parte por jóvenes obreros de la fábrica de vidrios La Nacional. Entre ellos, conocí a Juan Chacón Corona, un muchachón macizo, que andaba con el pelo muy largo, lo que parecía acentuar los rasgos indios de su cara. No sabía que era comunista. Cuando lo encontré de nuevo, algunos años más tarde ya no era vidriero, sino sombrerero, venía llegando de Valparaíso (durante años pensé que era porteño de nacimiento) y se había transformado en revolucionario profesional. Su formación ideológica como comunista se produjo lentamente, en el interior del Partido. Conservó durante largos años las concepciones anarquistas de su juventud”.

De todos modos, la fábrica disminuyó la producción y despidió a la mitad del personal, lo que le permitió, de pasó, liquidar el sindicato, el famoso Consejo Ne 5 de la FOCH. También yo quedé sin pega, y la cesantía me resultó muy larga y más dura de lo que esperaba. Sentí en carne propia lo que es estar en lista negra, boicoteado. En ninguna fábrica me admitían.

Compré un canasto y me convertí en comerciante. Vendedor de vasos, copas y botellas, para no dejar completamente el ramo del vidrio. Salía a vender aquí en Santiago, pero como la competencia era mucha, poco a poco me acostumbré más bien a buscar clientes en otras localidades. Tomaba el tren temprano y tranqueaba el día entero por los campos de Nos, Buin, Puente Alto. Al mismo tiempo, seguía trabajando en la organización. La pega me servía para hacer propaganda. Andaba trayendo santos de yeso, lo que me permitía entrar a los fundos y conversar con los campesinos, no de historia sagrada, sino de la lucha de clases, la organización sindical y la revolución social.

Busqué con mucho afán algún trabajo más estable, pero no lo encontré. Fui jardinero del Parque Cousiño, donde hacían en esos años un gran trabajo de esos que ahora llaman “remodelación”; duró poco. Enrique Álvarez me enseñó el oficio de sombrerero, que me ayudó a medio morir saltando (aunque la verdad es

que más iba a la casa de los Álvarez por ver a la que sería mi compañera, que era pariente de ellos).

De sombrerero pasé a concretero, a enfierrador, a albañil y otros oficios de la construcción buscando pega fija. ¡Las huifas! Se formó el Sindicato de Obreros de la Construcción y al poco tiempo ya estaba yo metido otra vez en el Consejo Provincial de la FOCH. Resultado: que las firmas constructoras me pusieron también en la lista negra.

Me encontré con que no conseguía trabajo continuado en ninguna parte. La crisis hacía que los oficios de ocasión pasaran a ser puro limosneo. ¿Qué podía hacer entonces? Trabajar por la Revolución.

En este período se hacía más intensa la actividad del Partido. Había reuniones de otro tipo, más serias, de estudio, aunque se mantenía siempre la organización en asambleas. Comencé recién a conocer algunos elementos teóricos del marxismo, en hilachas y de segunda mano. Me enseñaron mucho compañeros que conocí entonces. Uno de ellos, Bascuñán Zurita, encargado nacional agrario del Partido, miembro del Comité Central y dirigente provincial de la FOCH. Era alto, flaco. Moreno, siempre vestido de negro, con unos sombreros “compra-bueyes” de este calado y un abrigo que llegaba a los talones. Se había formado como dirigente en la pelea, pero también estudiaba y leía. Cosa rara en esos tiempos. Nos hicimos amigos. Conversábamos cada vez que llegaba a Santiago de sus viajes por el sur.

Volviendo a mi vida cesante... aunque cesante, propiamente, no. Era funcionario del Partido y al Partido le dedicaba todo mi tiempo. Eso sí que era funcionario sin sueldo. Vivía al pío pío. Prácticamente de la limosna en casa de compañeros. No me inquietaba porque creía que la revolución era inminente. Cuestión de meses (pasé años con esa creencia: puede no ser justa, pero estimula como diablo). Yo pensaba como otros muchachos, que todo consistía en movilizar a los trabajadores por sus reivindicaciones, ir juntando gente en la pela y desembocar en la huelga general política. ¡Y listo! En esa esperanza, que parecía tan

inmediata, hubo compañeros que murieron de hambre. Se los llevó la TBC. Se los comieron los piojos. Lo que cuenta el negro Vega del finado Salas, por ejemplo[1].

En calle Eyzaguirre al llegar a Lord Cochrane, me acuerdo, nos juntábamos diez, doce o quince “funcionarios” en un caserón que ya se caía. Entre todos reuníamos diez o quince pesos y mandábamos a una viejita que nos atendía a buscar carne al matadero. Con eso y unas pocas papas, ella nos hacía de comer en esta olla común clandestina. Otras veces, teníamos que contentarnos con una agüita caliente y un pedazo de pan. O con una agüita caliente sin pan. O con una agüita caliente sin azúcar. Dormíamos amontonados encima de un par de pallasas y uno sacos paperos vacíos pasados de tierra. Comíamos... “revolución”. ¡Qué entusiasmo cuando Recabarren volvió de la Unión Soviética! Dio cuenta de su viaje en varias conferencias y en reuniones más reducidas, del partido. La victoria de los bolcheviques nos inflamaba. Nos parecía ahora que la cosa era chancaca.

Entendíamos poco de la cuestión. Muchas cosas se decidían en el momento, sin pensar mucho. Así fue, por ejemplo, cuando el Comité Regional de Santiago decidió matar a Pedregal, el Prefecto Jefe de la policía de Santiago. Hubo un lanzamiento en un conventillo y acordamos dejarlo sin efecto. El acuerdo lo tomamos en el Provincial de la FOCH, donde yo estaba entonces y en el Comité Regional del Partido, donde estaba yo de nuevo. Con un grupo de obreros Fochistas, me trasladé al lugar del lanzamiento y procedimos a volver a instalar a los lanzados, con todos sus monos, en la casa o pieza que ocupaban. Esperábamos y, como estaba todo tranquilo, nos fuimos dejando un grupo de guardia. El dueño avisó a los pacos, los azules de entonces, y éstos llegaron apaleando y dando sablazos a hombres, mujeres y niños. Esa noche, cuando supimos lo que había pasado, en reunión del Provincial estábamos indignados. El anarquista Castor Vilarín propuso matar al Prefecto Pedregal, para dar un lección. Yo lo apoyé. Otro compañero que había, se opuso. Discutimos y adoptamos la resolución por mayoría. Vilarín y yo, que andábamos armados, íbamos a cumplir la tarea. Para allá partimos como a las dos de la mañana, a la Prefectura de la calle San Pablo, hoy 3a Comisaría de Carabineros. Cada uno llevaba su revólver cargado y listo en el bolsillo. Pensamos dos o tres historias,

cual más enredada, para decirla en la guardia y poder llegar hasta donde estaba el bandido. No nos hicieron falta. Al llegar a la Prefectura nos encontramos que no había guardia, ni centinela. ¡No había nadie! La luz estaba encendida, la puerta entornada y ni un alma. Entramos mirando para todos los lados, muy nerviosos, pero sin demostrarlo. Se veía todo vacío, nos quedamos parados y nos miramos extrañados.

—¡Vamos! —dijo Castor Vilarín por lo bajo, pero con gesto muy decidido. Sabíamos que el despacho del Prefecto Pedregal estaba en el segundo piso y hacia allá fuimos, subiendo la escalera. El mismo cuadro. Todo iluminado, aunque no mucho, con unas ampolletas amarillas, medio tiritonas, todo callado y vacío. El misterio seguía en el segundo piso. Avanzábamos a paso muy lento, atentos a cada crujido, pero no había nadie. Encontramos la oficina del Prefecto con la puerta abierta, igualmente iluminada y vacía. Había un escritorio con papeles y carpetas, un teléfono, unos muebles de cuero. Tampoco encontramos a nadie en la oficina de al lado. Nos miramos, nos encogimos de hombros y de repente nos bajó una cosa rara. Algo como una tentación de risa muy fuerte, unas ganas tremendas de salir sin dilación. En fin: julepe. Creo que no nos demoramos ni cinco segundos en llegar de nuevo a la calle San Pablo. Casi corrimos hasta la esquina con Morandé. Acezando, pero muy serio, Castor Vilarín me dijo:

—Bueno, compañero, creo que podemos dar el viaje por perdido.

La lucha contra los lanzamientos tomó auge. En ella se distinguía “El Flaco” Juan Vargas González, que organizó un Comité de Defensa de los Lanzados. Me tocó actuar con él muchas veces. El procedimiento era sencillo: abrir la puerta de la casa desalojada y volver a meter para adentro a los lanzados con todos sus “monos”. Había un grupo decidido, que enfrentaba a la policía y, con la experiencia, aprendimos a movilizar a toda la gente del barrio. Se formaban tremendas pobladas con hombres, mujeres y chiquillos, viejas y perros, que chivateaban y no retrocedían delante de los pacos. Organizábamos delegaciones que iban a protestar ante las autoridades y ante los parlamentarios. Más de una

vez se consiguió realmente impedir los lanzamientos.

La situación política, mientras tanto, iba de mal en peor. Alessandri hacía lo mismo que sus antecesores, o sea, nada en favor del pueblo, todo en favor de la burguesía. Frente al descontento creciente, les echaba la culpa a “los viejos del Senado”, que según él, no lo dejaban gobernar. Un cuadro que se ha visto repetido muchas veces. Pese a todo, le quedaba al León influencia en las masas populares y muchos creían eso de que la culpa era del Parlamento. La Derecha, como de costumbre, conspiraba con los milicos.

En marzo de 1924 las elecciones parlamentarias mostraron el crecimiento del prestigio y de la influencia de nuestro Partido: 2 senadores y 7 diputados. La reacción tembló y anunció las peores calamidades, culpando a Alessandri de este avance del movimiento obrero (Alessandri nos daba duro cada vez que podía). En septiembre vino la creación de la dieta parlamentaria y el famoso “ruido de sables”: lo produjeron, como protesta, golpeando el piso con sus sables, los oficiales que estaban en las tribunas del Congreso viendo la sesión. El 5 de septiembre fue el golpe del general Altamirano y 3 días después renunció Alessandri y se mandó cambiar a Europa. Empezó el baile de los golpes y contragolpes militares que no iba a parar hasta 1932. Años de represión, asesinatos, flagelaciones y falta de libertad.

Fue un período doblemente difícil para el Partido, porque en medio de la represión tuvo que enfrentar a los enemigos internos. Fue difícil, además, porque se sufrió la pérdida del hombre que había sido el más capaz y respetado de los dirigentes, Luis Emilio Recabarren.

Reca había sufrido pruebas muy duras. Cuando regresó de la Unión Soviética venía radiante de entusiasmo y desarrolló mucha actividad dando conferencias y escribiendo artículos y folletos, Pero los problemas comenzaron a abrumarlo. Problemas íntimos y políticos. Dos provocadores lanzaron una guerra sistemática contra él, a base de ataques personales. Querían desplazarlo de la

dirección del Partido para dejarlo como fierro viejo por ahí. Esto no tenía fundamento ninguno y no lo consiguieron tampoco, porque el viejo era tieso. Pero esas reuniones de diez horas, tener que discutir y discutir, contestar a tanta acusación babosa, sentir que el Partido se dividía, parece que lo fueron minando. Estuvo enfermo de cuidado. Sufría unos dolores de cabeza terribles, según contaba gente que lo conocía de más cerca (No era mi caso, yo lo veía solamente en reuniones o mítines). En ese período de su enfermedad, una delegación de mineros del carbón estuvo a verlo, a pedirle que se pusiera al frente de la huelga. Él aceptó y los dirigentes del Comité Central, aun sabiendo que el hombre estaba enfermo, tuvieron la debilidad de dejarlo ir. Cuando regresó, se había agravado. De los resfríos mal curados, de los muchos años de comer poco y mal, de la lluvia y el mal tiempo, le vino un comienzo de bronconeumonía. Un problema muy grave con su compañera y el darse cuenta de que la cosa política iba mal, lo llevaron a la desesperación. Hay que decir también que el hombre se sintió solo. No lo respaldaban –o diré mejor, no lo respaldábamos– como él esperaba, en medio de las andanadas de barro y odio de los enemigos de afuera y de adentro. Lo angustiaba el peligro de la dictadura militar y la debilidad del Partido, con esas luchas intestinas. Entonces el hombre se pegó un tiro.

Nunca, tal vez, se produjeron condiciones mejores para producir un cambio revolucionario. Fue una indignación como no he visto nunca. Una conmoción terrible. La gente lloraba en las calles por ese hombre que se sentía solo. Lo que son las cosas.

Nadie creyó que se hubiera suicidado. Todo el mundo pensó que lo había asesinado la policía. La gente estaba decidida a castigar a los culpables, que eran, para todos, el Gobierno y la policía. Si la FOCH y el Partido hubieran llamado a un paro general, no se habrían movido ni las moscas. Nunca he vuelto a ver una movilización de masas más grande en Santiago, como la que se produjo para los funerales. Y hay que tomar en cuenta que fue en gran parte espontánea, porque el Partido era entonces muy chico, no tenía células (funcionaba en asambleas, por comunas), ni siquiera tenía comités locales en todos los barrios. La Alameda de las Delicias estaba de bote en bote. Desde Bascuñán Guerrero, de donde salió el cortejo, hasta el Mapocho, era una sola masa apretada. No podía pasar ningún vehículo. Era un bosque de estandartes

sindicales y mutualistas. En el cementerio se habían puesto 6 tribunas. Llorando hablaron más de 60 oradores, desde la mañana hasta después de las 4 de la tarde. Llorando hablaron delegados de los sindicatos de provincias, que habían venido especialmente.

Galvarino Gil, chico y delgadito, pampino, quedó como Secretario después de Recabarren. Era firme y habilidoso. A él llegaron a tentarlo unos milicos que andaban conspirando. Le propusieron que denunciara la muerte de Reca como un crimen político del Gobierno y le dijeron que ellos saldrían a la calle con sus regimientos. Le ofrecieron el oro y el moro si se embarcaba en la aventura. Galvarino Gil y el Comité Central se mantuvieron firmes en su posición de clase y no mordieron el anzuelo. Gil vivió poco. Tenía TBC. Fue un dirigente de gran talla, con visión rara para su tiempo.

Las contradicciones proimperialistas se reflejaban en violentas luchas internas. Las más nuevas, el sector pro yanqui, trataban de atraerse sectores de trabajadores e intelectuales, por una parte para debilitar las fuerzas del movimiento obrero; por otra, para granjearse ciertas bases de popularidad en sus luchas con los demás sectores reaccionarios. Un ejemplo fue la campaña de 1923-1924 para debilitar las fuerzas de “los viejos del Senado”, a las que derrotaron, como dije, en las elecciones de marzo de 1924. Otro aspecto de la misma pugna fue la discusión

del aumento de la dieta parlamentaria, que empujaba la

Alianza Liberal, a pesar del déficit presupuestario. El “ruido

de sables” y el golpe de Altamirano en septiembre, fueron

en favor de los más reaccionarios. Después, en enero de 1925, vino el otro golpe, de los “menos” reaccionarios o

de los militares jóvenes (los mismos que habían andado

pidiendo el apoyo del Partido cuando la muerte de Reca).

Estos echaron mano del médico militar José Santos Salas, que se había formado una plataforma popular.

Bajo el impulso del Partido, la FOCH desarrollaba su conciencia de clase y tendía a tomar cada vez más una actitud revolucionaria. Dejaba sus métodos reformistas y mutualistas. Para avanzar por este camino, debía abrirse paso contra dos obstáculos: las tendencias derechistas a mantenerla como estaba, limitándola a la lucha por objetivos económicos y la “izquierdista” que, como siempre, a pura boca, trataba de colocarla al otro extremo y de hacer que la central obrera se lanzara a aventuras absurdas o hiciera el papel de partido.

Una gran experiencia, que contribuyó a aclarar ideas y abrió perspectivas nuevas, fue la campaña presidencial de 1925. Las elecciones se realizaron en octubre. El candidato reaccionario fue Emiliano Figueroa, con apoyo conservador, liberal y radical. De llapa compraron a la directiva del Partido Demócrata. Contra él, nuestro Partido levantó la candidatura de José Santos Salas, que había sabido polarizar la importante protesta popular surgida de los habitantes de los conventillos. Los primeros signos del actual movimiento de pobladores (ya entonces se agudizaba el problema de la vivienda, con la avalancha de gente del campo que se descolgaba a Santiago). Santos Salas era un hombre de la pequeña burguesía, pero las características de su postulación fueron muy especiales.

“... muy rápidamente, por iniciativa del Partido Comunista, se dio forma a una especie de frente popular llamado Comité o Asamblea Nacional de Asalariados, al que se integraron el Partido Comunista, la FOCH y una gran cantidad de organizaciones de obreros y empleados, como la Federación Obrera Ferroviaria, la Asociación General de Profesores, la Liga de Comerciantes e Industriales, la Liga de Arrendatarios, etc. Este Comité elaboró un programa presidencial de carácter democrático que, entre sus postulaciones, contenía ideas relativas al fomento de la producción manufacturera, a la solución del problema agrario y a nacionalización de las riquezas naturales del país (cobre, salitre, hierro, etcétera)... Tras ardorosa, aunque breve campaña, en el curso de la cual la

coalición reaccionaria puso en ejercicio todo el peso de su poder y los usuales procedimientos de corrupción electoral, Figueroa logró ser elegido, obteniendo 180.000 votos, contra 80.000 que obtuvo Salas. Las fuerzas populares comprendieron que, una vez más, se había burlado escandalosamente la voluntad de la mayoría de la nación; de ahí que, en señal de protesta, promovieron un paro general que tuvo lugar en los días 25 y 26 de octubre; durante esos días se realizaron gigantescos mítines, uno de los cuales congregó a más de 100.000 personas...”

(Hernán Ramírez Necochea, Origen y formación del Partido Comunista de Chile).

En diciembre de 1925 fue el Congreso del Partido, en medio de intensa polémica. Por primera vez, me metieron en el Comité Central.

Antes, en el mes de noviembre, fueron las elecciones parlamentarias. Se hicieron en medio de una gran represión, porque la Derecha había quedado asustada con el resultado de la presidencial y por la movilización de masas. Hasta poco antes de estas elecciones, se mantuvo el Estado de Sitio en las provincias centrales. De todos modos, el Partido logró elegir a dos senadores y siete diputados. Entre los diputados recuerdo a Luis Víctor Cruz. Era obrero panadero, de San Antonio, gallo maceteado, habiloso, combativo, valiente, lleno de iniciativas para el trabajo político. Del Comité Central del Pos pasó al del Partido Comunista. Muy amigo de Reca, lo ayudó mucho en sus giras y en sus trabajos de organización. Era buen orador, aficionado al teatro, deportista (jugaba fútbol). En la Cámara se destacó por sus ataques contra los elementos reaccionarios y supo ganarse el odio de los más recalcitrantes.

No sé bien por qué, hasta entonces me venía librando de la cárcel y las atenciones de la policía. Desde 1926 en adelante repararon este descuido. Después se les anduvo pasando la mano. No estoy seguro, pero me parece que mi primera detención fue por vender Bandera Roja en un tren. Me agarraron sin perros dos pesquisas y ya me llevaban, a chuletas, cuando me salió un defensor. Era el senador radical Pedro León Ugalde, que acababa de comprarme un

periódico. Les habló con energía y los tiras me soltaron.

La pista siguió poniéndose pesada. Poco después, los pesquisas me detuvieron por “disolvente” y me patearon por algunas horas. A los dos días me soltaron. Yo tenía el cuero duro y cuando me pateaban me reía de ellos y les sacaba la madre. Pero me dolía, claro es.

Higinio Godoy: “Conocí a Chacón en 1925, cuando llegó como delegado del Sindicato de Sombrereros al Consejo Provincial de la FOCH. Poco después quedó sin trabajo. Era la época de los cesantes y los albergues en Santiago. Comenzamos a organizarlos y en ese trabajo participó Chacón. Durante un tiempo fue delegado de los cesantes en el Provincial.

“En noviembre de 1926 me lo volví a encontrar, esta vez en el Congreso del Partido, en la Imprenta de Río de Janeiro. Venía como delegado de la Sección de la Población El Carmelo, donde estaba militando. Yo era uno de los delegados de San Antonio. Este congreso tiene su lugar en la historia porque fue el que introdujo la organización en células. Hasta entonces teníamos asambleas por barrios, que se llamaban secciones. Por esa misma razón, fue especialmente importante el trabajo en la Comisión de Organización, que se dividió en dos subcomisiones: estructura y organización general. Yo participé en la primera, Chacón en la segunda”.

A todo esto me casé. Las cosas ya no podían andar peor. Tal vez casándome, pensé, iban a andar mejor. ¡Cómo no, pus! Ya dije que ella trabajaba de peletera. Ganaba más que yo, que no ganaba nada. Poco novio se ha visto más roto... Mi compañera era muy católica y no entendía de cuestiones políticas. Pese a su resistencia, nos casamos por el Civil no más. Diez años estuvimos discutiendo la cuestión religiosa, hasta que se impuso el marxismo. Al partido ingresó en 1936. Militó hasta su muerte, en 1957. Sentido de clase tuvo siempre, eso sí. Desde que nos conocimos en 1923, iba a todos los mítines. En esos años tenía yo mi propia tribuna, un cajón. Lo ponía en cualquier esquina y a hablar se ha dicho.

En Franklin con San Diego una vez se me quebró la tribuna. El orador se vino abajo. Nos reíamos y ligerito unos compañeros consiguieron otra tribuna. Seguí hablando. A ella le daba mucha risa cada vez que se acordaba.

Mundo Chacón: “Mi mamá era delgada, fina, más bien alta, de carácter muy dulce. La recuerdo siempre de buen genio. Fue la última de trece hijas. Su padre, o sea mi abuelo, era obrero calificado, técnico. Dejó a su mujer –mi abuela Clara– indignado porque ésta le había dado solo hijas mujeres. Mi madre tuvo una infancia dura y la adoptó, muy niña, un matrimonio ya viejo, sin familia. Esos fueron sus verdaderos padres. Así lo consideraba ella, aunque siempre los llamó ‘el padrino Nicolás’ y ‘la madrina’. Era muy querendona con los cabros chicos. Siempre recogía a los huérfanos del barrio y se encargaba de cuidar a los hijos de madres obreras que quedaban solos en las casas, o de madres que trabajaban ‘en los hombres’. Con esos niños compartía lo poco y nada que había en la casa, la fruta, lo que fuera. Me daba una rabia...”

La compañera resultó bastante firme. Resistió mis obligadas ausencias de la casa, los carcelazos, las torturas, los destierros, las huelgas de hambre. Las mías que eran voluntarias y las de ella que eran sin querer. Las vio negras. Pasó una vida difícil y sin esparcimiento, pero nunca le faltó alegría. Le brotaba, aunque a veces no hubiera nada para la olla. Teníamos que ir a visitar amigos, a pedirles unas pocas papas, unas hojas de acelgas, lo que fuera. Ella sabía que la persecución policial era producto de la opresión capitalista y se fue forjando, con el tiempo, una conciencia revolucionaria.

Tuvimos diez hijos. Solo dos vivieron: Lucía y Mundo.

[1] En su libro Años de Lucha.

V

De prisión en prisión

A comienzos de 1927 sufrí una detención rara. Me agarraron mansito dos pesquisas, cuando iba llegando a la casa y me metieron “preventivamente” a la cárcel por una semana. Lo raro fue que no me flagelaron. Eran los días de la campaña por Sacco y Vanzetti y el Gobierno temía actos de protesta. Por eso me detuvieron: para “prevenir”.

Ya se venía encima la dictadura. En febrero, el coronel Carlos Ibáñez del Campo, que era ministro de Guerra, había pasado a Interior. Pocos días después, asumió la Vicepresidencia de la República. Emiliano Figueroa renunció y quedó pavimentado el camino para que Ibáñez tomara el mando. La represión vino fuerte.

Higinio Godoy: “En abril de 1927, volvimos a juntarnos con Chacón en el Provincial de la FOCH en Santiago, que ahora operaba clandestinamente. Nos hicimos de una máquina de escribir y un mimeógrafo y redactamos juntos la proclama del 1º de Mayo. En ella se atacaba violentamente a Ibáñez por la persecución brutal que había desatado contra el Partido, la FOCH y el movimiento obrero y se saludaba a los compañeros desterrados y presos. Unos meses después, Bascuñán Zurita, Chacón y yo nos constituimos en Comité Regional del Partido en Santiago. Chacón se encargaba del contacto con el Comité Central, que funcionaba con unos pocos compañeros que todavía estaban libres. Más tarde, asumimos el papel del Central y salimos como activistas a provincias.

“Cuando Ibáñez se anunció como ‘candidato único’ a la Presidencia, le hicimos la cruz, y levantamos la postulación de Elías Laferte. Redactamos un

manifiesto, llamando a los trabajadores a votar por Elías. Pero no teníamos un centavo y no hallábamos qué hacer para poderlo imprimir. Chacón se acordó entonces que en los talleres del diario La Nación trabajaba un militante del Partido. Hablamos con él y con su ayuda entre gallos y medianoche, pudimos componer y después imprimir nuestro manifiesto”.

Quedé formando parte del Comité pro candidatura presidencial de Elías en Santiago. Las dificultades eran enormes, pero de alguna manera la tarea se cumplía. Era un combate a muerte. Logramos organizar comandos electorales en algunos barrios. Eran muchos los compañeros presos. La policía nos había destruido las imprentas. No había prensa. Los días sábados, en construcciones y a la salida de las fábricas, hablábamos con los trabajadores y les pedíamos su voto y también ayuda económica para sacar volantes y hacer propaganda. Mientras tanto, el candidato estaba desterrado en Más Afuera. Después lo trasladaron a Pascua. De todas maneras, sacó como 5.000 votos.

Higinio Godoy: “Estaba en su apogeo la persecución rabiosa de Ibáñez, cuando el Partido sufrió el tremendo golpe de la traición del senador Juan Luis Carmona y de cuatro de sus diputados. Lanzaron una proclama, llamando a los comunistas a apoyar la política de Ibáñez que, según ellos, iba a cumplir el programa de reformas sociales de la juventud militar.

“Los efectos fueron graves. El nuestro era un Partido con escasa consistencia ideológica, cuya única inspiración era la herencia recabarrenista. El golpe fue violento, repentino. Su efecto creció porque entonces los parlamentarios actuaban como caudillos, cada uno con su grupo. Los dirigentes más maduros y más conocidos, estaban todos presos.

“La reacción vino de nosotros, de un grupo de dirigentes intermedios que, sin gran preparación, realizamos un enorme esfuerzo para contrarrestar la influencia de esos individuos, tanto en el Partido como en la masa obrera cercana, y además para mantener en pie la organización y la acción de los organismos partidarios.

En el primer momento, el grupo ibaísta logró confundir y obtener influencia en sectores del movimiento sindical que eran bases de la FOCH. Como varios de los parlamentarios traidores vivían en La Legua, trataron de constituir en ese barrio un baluarte de su actividad. En el local de la FOCH que allí existía, convocaron a una reunión para plantear su posición. Bascuñán Zurita estaba en esos días en el sur y yo debía viajar al norte. Chacón quedaba solo en Santiago, con un puñado de compañeros. No se amilanó. Con tres o cuatro de los más resueltos, organizó una brigada de choque y llegó a la reunión. Como los reconocieron y trataron de impedirles la entrada, se abrieron paso a puñetes, revólver en mano, para denunciar a gritos la traición. Se armó tal batahola que al final la reunión no pudo realizarse.

“Esta acción violenta determinó que muchos dirigentes de masas que habían llegado hasta allí confundidos, volvieran a la posición justa.

“Posteriormente, Chacón anduvo un tiempo por el sur, recorriendo las provincias de Bío-Bío, Malleco y Cautín, en misión de partido, mientras yo hacía otro tanto en Valdivia. Nuestra tarea era organizar un congreso ilegal en la región. Lo efectuamos en Temuco. Pero con las idas y venidas, la policía olfateó que algo había y colocó una guardia reforzada en la estación y en todas las salidas hacia el norte y hacia el sur. Para Chacón era un problema serio, porque lo tenían fichado y debía seguir viaje rápidamente a Concepción. No me dieron detalles, pero supe que había logrado eludir la vigilancia y salir de Temuco.

“Unos días después, me encuentro yo en casa de un compañero en Concepción, cuando veo llegar a un indio con su atuendo típico: poncho, largas medias de lana, ojotas, faja, gorro y canasto al brazo. Lo miro fijamente porque le noto algo familiar, aunque sin darme cuenta qué. Entonces el indio me dice:

“—¿Que ya no conoces a tu amigo Chacón, huinca?”

Al volver a Santiago, caí en manos de los pesquisas. Después de la consabida pateadura, me despacharon a Valparaíso y me encerraron en un pontón. Ahí me encontré con otros compañeros, presos como yo: el Ñato Salas, Encina, varios nortinos, etc. Nos vigilaban soldados con bayoneta calada, pero mantuvimos el ánimo en alto y el buen humor. El Ñato Salas tenía un poncho y lo sacamos a remate en calidad del “poncho de Atahualpa”. Mientras tanto, las compañeras porteñas hacían manifestaciones todos los días pidiendo nuestra libertad. Entonces el Gobierno nos mandó desterrados a la Isla de Más Afuera.

Cuando llegó nuestro grupo, hacía poco que se había fugado Castor Vilarín. Precipitado, como siempre, el hombre desobedeció la resolución del Partido que prohibía las fugas. Nadie se mueve, todos afrontamos la situación en conjunto, se había dicho. Pero él convenció a un grupo de anarquistas y consiguió un bote. Un día que los carabineros se descuidaron, se hicieron a la mar, llevando un barril con agua, algunos alimentos que habían reunido y una vela improvisada. No llegaron al continente, ni llegarán.

Entre los desterrados comunistas (había también de otros partidos) formamos nuestra organización desde el primer momento. Pese a las dificultades, logramos mantener siempre alguna comunicación con el Comité Central. Una de nuestras primeras actividades políticas fue la celebración del 1º de Mayo. El poeta Roberto Meza Fuentes, que nunca fue del Partido, leyó una poesía ultra-revolucionaria que había escrito especialmente para la ocasión. El acto fue casi clandestino, lejos del campamento, porque al comienzo no nos permitían ese tipo de actividades.

En los primeros tiempos, las relaciones con los carabineros eran malonas. Después mejoraron. Por mirar feo, por algún gesto o mala palabra, a mí me castigaron a pan y agua y me tuvieron cinco días echando arena al mar, a lo que es pala, con centinela bala en boca. En vez de ponerme a hacer un camino o cualquier otra cosa útil, ¡ponerme a echar arena al mar!

Una noche salimos a hacer propaganda, el Ñato Salas se robó unos tarros de pintura y en unas rocas de la orilla pintamos hoces y martillos y consignas con letras enormes: “Muera Ibáñez”, “Viva Lafertte”, “Viva el Partido Comunista”, etc. Al otro día llegó un barco de la Armada, que traía más desterrados. El capitán diviso algo raro, miró con sus catalejos y le dio una rabieta. Nos hicieron formar y preguntaron quién había sido. Nadie, pues. Entonces, como castigo, el teniente de Carabineros nos ordenó raspar las pinturas... con las cucharas que teníamos para la sopa. Le celebramos la ocurrencia y nos dedicamos a tomar el sol, raspando las piedras de vez en cuando, cada vez que los carabineros se ponían pesados, pero siempre al lado de donde estaba la pintura. Vimos a unos dirigentes anarquistas de esos “tremendos”, muy asustados, que trataban de congraciarse con los pacos y que traían agua hasta en los sombreros para borrar las consignas.

Al comienzo los carabineros nos hacían formar todas las mañanas y numerarnos. Era para la risa. Uno decía muy serio: “¡Uno!...” El compañero del lado contestaba: “¡Ocho!”. Otro seguía: “¡Cuarenta!” y así por el estilo. Pataleaban los pacos y nos castigaban, pero de nada les servía. Finalmente, no se pasó más lista. En total los desterrados éramos más de 200. De ellos, unos 80 eran presos comunes, delincuentes. Un día, varios de ellos fueron a la leña y le dieron capote a un muchacho. Los carabineros decidieron castigarlos dándoles cincuenta azotes a cada uno. Pretendían que nosotros presenciáramos el castigo. Nos rebelamos y nos fuimos.

Poco a poco nos ganamos el respeto de los pacos. Les extrañaba vernos estudiando en cursos de capacitación política y cultural. Algunos (Elías, Polanco y yo) recibimos clases de francés de Meza Fuentes. También organizamos un conjunto artístico. Efectuábamos fiestas todas las semanas, para matar el tedio isleño. Después de un tiempo, los carabineros nos mandaban a pedir por favor que los dejáramos asistir. Se lateaban, los infelices. También formamos un club deportivo y jugamos fútbol varias veces contra los carabineros.

También tuvimos varias brigadas para mejorar la alimentación. Había

pescadores, mariscadores, “agricultores” (lo que hacían era buscar pastos buenos para comerlos en ensaladas). Todo esto resultó muy útil, porque parece que al Gobierno de Ibáñez se le olvidó que nos tenía en la isla. Empezaron a correr semanas y meses sin que llegara ningún barco. Se acabaron los víveres y ahí se acabó también la guapeza de los carabineros. Una vez llegaron llorando, de rodillas, a pedirnos de comer. Durante más de un mes y medio estuvimos comiendo pescado al desayuno, al almuerzo y en la noche. Un nortino, que era pescador de profesión, remendó un bote viejo, desfondado, y se convirtió en el principal abastecedor.

Por fin, después de mucho, llegó una goleta que había fletado el Socorro Rojo Internacional. Traía víveres, zapatos, ropa, libros y paquetes personales despachados por las familias. Para evitar problemas y para que pudiera alcanzar para todos, entregamos todo, incluso los paquetes, a una comisión distribuidora. Una semana después llegó un barco de la Armada con toda clase de víveres. Venía a bordo también una nueva guarnición de carabineros para relevar a la que estaba en la isla. Advirtieron que podían quedarse los que quisieran (económicamente les convenía), pero ninguno se interesó en aceptar la oferta.

Pasé once meses en la isla. Cuando regresé a Santiago, el Partido me mandó a Valparaíso. Conservaba buen recuerdo del Puerto, de mi única visita anterior. Con el tiempo llegué a ser casi más porteño que santiaguino (o lampino).

A poco de llegar, conseguí trabajo como obrero arenero. A pala sacábamos arena de los cauces, para las construcciones. Los cauces son los desagüaderos por donde baja al mar el agua de los cerros. Son canales subterráneos, que van por debajo de varias calles principales de Valparaíso. A cada cuadra, más o menos, hay una tapa de fierro que cubre una boca por donde se puede bajar hasta el cauce. Al bajar, el agua va arrastrando arena de los cerros. Esa arena hay que sacarla cada tanto, para que se mantenga la circulación del agua y no haya inundaciones.

Este trabajo lo combiné con la actividad política y sindical. En el cauce tenía mi secretaría. Hasta allá, generalmente por la Avenida Argentina, iban a buscarme los compañeros cuando había algún problema. Ya se venía manifestando la crisis y menudeaban las huelgas. Una vez llegaron en manifestación unos obreros que estaban en conflicto. Querían que los acompañara a la Intendencia.

—Al tiro —les dije, y salí del hoyo. Iba a pata pelada, en calzoncillos, con el cuerpo y el pelo llenos de arena.

—Oiga, compañero —me dijo uno—, ¿y no se va a vestir?

—Mire —le dije—, con las tiras viejas que tengo me veo peor todavía.

Así, casi en cueros, llegué a hablar con el Intendente. Los obreros apreciaban la combatividad y la pechuga con que actuaban los dirigentes comunistas. A las autoridades, en cambio, no les hacían gracia. Por eso, estuve unos días detenido, acusado de intentar hacer un forado para robar; una acusación falsa de un contratista bellaco que no quería cumplirnos un trato.

Poco después volví a Santiago nuevamente. Era tal la labor policiaca, que tuvimos que suspender la realización ilegal del Congreso del Partido, acordado para 1928.

Como ya no se comía, ni casi se vivía de tanto arrancar de la policía, nos fuimos a Temuco con la compañera. Llegando, a ella le salió una pega de peletera, aunque tuvo que trabajar gratis un mes para que la tomaran. Yo volví a los oficios de la construcción. Estuve de enfierrador, dejando los pulmones en el galpón de la estación de ferrocarriles. Después trabajé en la Escuela Industrial,

que más tarde se incendió. Una compañía norteamericana tenía la obra. Era la política de Ibáñez, que les abrió a los yanquis las puertas del país.

También hice trabajo de partido. En el Comité Regional trabajé con un pequeño grupo de compañeros, principalmente reorganizando, formando partido. En una bodega realizamos una conferencia con unos cuarenta delegados de regionales del sur. La reunión duró toda la noche y terminó al amanecer. Algo se consiguió en cuanto a levantar de nuevo la organización, que había sido muy golpeada.

Pero se acabó el trabajo. Hubo que volverse a Santiago, a buscar días mejores. En lo político, claro, iban a venir grandes cambios, pero en lo económico lo que venía era la crisis, la peor que ha sufrido Chile en su historia.

En el 30 me mandaron a Valparaíso de nuevo. Entonces tuve más contacto con Galo González. Estaba en el Sindicato de Conductores de Vehículos. Era cargador, macizo, moreno, muy fraternal y buen compañero. Buen amigo, le gustaba tomarse unos tragos, sin exceso. Con el Ñato Salas entramos en conversaciones con él. Había un conflicto en Hucke y a Galo le tocaba ir a descargar azúcar por allá. Así empezamos a hablar de los problemas del trabajo y de la organización. Él vivía en medio de una gran concentración de obreros, entre los portuarios, y tenía contacto con mucha gente. Lo respetaban y lo seguían. Era un dirigente nato.

En el Sindicato de Conductores de Vehículos se producía en esos años una lucha constante entre la corriente anarquista de la I.W.W y la FOCH. Ya desde 1930 se impusieron las posiciones nuestras y el local del sindicato pasó a ser un centro de las actividades del Partido. Los pesquisas llegaron un día violentamente y confiscaron todos los bienes del sindicato: el estandarte, el piano, los muebles, los cuadros, una máquina de escribir, los documentos, etc. La indignación fue grande y los conductores hicieron una huelga tan formidable, que la policía se vio obligada a echar marcha atrás. Esos vehículos eran unos carretones inmensos, tirados por caballos, que servían para transportar las cargas de los

barcos y de las industrias. Eran los camiones de entonces. Había varias empresas, cada una dueña de diez o más carretones, con sus equipos de cargadores formados por unos quince hombres. Como protesta por la acción policial, unos 150 carretones de esos desfilaron por la rampla, paralizando Valparaíso entero. Uno quedaba sordo con el pataleo de los caballos y el ruido de las ruedas con llantas de fierro, encima de los adoquines. Los policías llamaron a los dirigentes y les devolvieron los bienes confiscados. Los obreros colocaron todas sus cosas arriba de los carretones y siguieron su manifestación “sobre ruedas” como cinco horas más. Los vehículos desfilaban frente al Cuartel Policial, llegaban a la esquina, daban la vuelta y pasaban otra vez. Los trabajadores desde arriba de los carretones echaban puteadas contra los pesquisas y el Gobierno.

En Valparaíso se fue formando un núcleo de dirigentes firmes. Recuerdo entre ellos a Justo Zamora, al poeta popular Luis Polanco, a Francisco Díaz, a Coligüillo Araya. A fines de 1930 se decidió trasladar la Dirección Central a Valparaíso, donde existían mejores condiciones, ya que en Santiago la represión y los problemas internos habían despedazado al Partido. Esto ya lo han contado otros compañeros mejor que yo.

En marzo de 1931, los compañeros me mandaron al sur con cuatro tremendos paquetones de un folleto titulado “Escucha, obrero, la palabra de la FOCH”, que denunciaba la entrega de las riquezas nacionales que hacía el Gobierno al imperialismo yanqui. Cumplí la tarea hasta Temuco, distribuyendo el folleto en todas partes, pero a mi regreso a Santiago me estaban esperando los policías debido a una delación. Me dieron una tremenda trilla y después me metieron en un baño de agua helada y me dejaron botado en el suelo, como a las 4 de la mañana, en las baldosas, para que muriera. Resulté más resistente de lo que creían estas bestias. Como seguí vivo, tuvieron que mandarme a Concepción. La Corte de Apelaciones había iniciado un sumario por el folleto y pedía mi detención y envío. En Conce, el ministro puso un estudiante de leyes recién egresado para que me defendiera. Un pajarito. Como no planteaba las cosas bien, le di las gracias y le pedí a la Corte que me dejara defenderme solo. Aceptaron. Afuera los abogados decían: “Este no sale más”. Les largué a los ministros un largo discurso antiimperialista. Dije que nosotros, comunistas, éramos más

patriotas que el gobierno de Ibáñez, que nos acusaba y entregaba las materias primas a los yanquis (bueno, yo me había leído bien el folleto). Al final, me tiraron 61 días. Reclamé también por el castigo y las flagelaciones. Me hicieron un examen médico y éste demostró que me habían torturado. Total que hubo un sumario en Investigaciones y dicen que destituyeron, por cumplir, a un par de esos bandidos flageladores. Mientras estuve en la cárcel recibí la ayuda del Socorro Rojo Internacional. Iban a verme todas las semanas las compañeras y me llevaban algo de comer, jabón, cigarros, esas cosas.

Cartas desde la cárcel, de Chacón a su compañera

“Cárcel de Concepción, 14 de abril de 1931.

Querida Aída:

Hoy me encuentro en ésta a disposición de la autoridad para dar algunas declaraciones y creo que desde aquí me mandarán al sur. El presente papel tiene por objeto pedirle que espere carta que será dentro de 10 a 12 días.

Desocupe una pieza para que no le salga tan caro. Yo le enviaré dinero para este pago. Le pido tenga tranquilidad, yo estoy bien, cuide a la pequeña, no la castigue por favor, usted sabe que es lo que más siento. Muchos besitos a Lucci, para usted el cariño de su compañero.

J. Chacón”

“Estimada compañera:

Mis más ardientes deseos son que al recibo de la presente se encuentre bien. Yo estoy un poco enfermo debido al castigo que recibí en Santiago y que ya hicimos el reclamo al tribunal que tiene mi proceso. Por lo demás, esta semana queda definida mi situación. Parece que voy a salir en libertad y, si me condenan, creo que será a 61 días y tendré que pasarlos aquí y si me condenan a 90 días tengo que ir a cumplirlos a Curicó. Esta es más o menos mi situación.

Ya no me mandan al sur como creía, tengo abogado para mi defensa y creo que, de salir en libertad pronto, si es que quede aquí cumpliendo condena, me manda el terno azul y la ropa interior, nada más, cama tengo. El ministro de la Corte de Apelaciones me ha dado facilidades para mi defensa. La ropa la pediré en otra carta. Si necesita dinero, mande decir cuánto necesita para mandarle giro. Besitos a Lucía, cariños para usted, saludos.

J.Chacón.

Conteste inmediatamente”.

“Cárcel de Concepción, 24 de abril de 1931.

Estimada compañera:

Con bastante agrado he recibido la suya con fecha 17 del presente, en la cual me dice que nuevamente ha tenido que ir a ver al doctor. Sobre esto, usted ve que involuntariamente hemos llegado a este caso. Yo no había contestado la suya debido a que esperaba que mi causa la estaba viendo el tribunal al cual yo

había apelado de la sentencia anterior que me condenaba a 61 días de prisión en la cárcel de esta ciudad. Este tribunal me ratificó la condena debiendo salir el día 12 de junio en libertad. Como usted ve, ya llevo 15 días y me falta solo 1 mes y medio para cumplir por este hecho, le ruego no me mande nada, yo tengo dos mudas completas de ropas, desde la corbata hasta el calcetín. La pensión me la mandan de afuera, tengo cama, estoy como usted ve no en condiciones muy malas. La ropa me la mandan lavada de afuera como a la vez otras cositas de uso personal. Le ruego se esté tranquila. Reciba el aprecio de su compañero, besitos a Lucci, que pronto estaré entre ustedes.

J. Chacón.

Si sigue mal, avise de todas maneras. Si necesita algo, avíseme en otra. Saludos. Mi salud está bien, sobre esto ya envié dos certificados de las flagelaciones a la Corte a fin de reclamar sobre esto”.

Cumplida la condena, me encontré libre en Concepción y sin ni cobre. Me fui donde el Intendente y, cuando me recibió, le pedí en tono seco que me diera un pasaje para volver a Santiago. “Ustedes me trajeron, ustedes tienen que mandarme de vuelta”, le dije. Se sintió tan cortado que me dijo que sí. Regresé a la capital en primera clase: primera vez que andaba en primera, y a costilla del erario nacional.

En Santiago, por un tiempo, estuve trabajando de sombrerero, sin participar en la actividad política. Las flagelaciones me habían dejado algo resentido del pulmón y en la casa había que buscar de alguna manera con qué comer.

José Vega Díaz: “En 1931 me tocó ir a buscar a Chacón a Recoleta para comunicarle el acuerdo de que se integrara al Comité Central. No se acordaba de mí y me recibió con la mayor desconfianza. Fue necesario que el Huaso

González Vilches me acompañara en otra visita y me diera a conocer para que me escuchara. En calle Bascuñán Guerrero, en casa de Galo González, nos juntamos para estructurar un nuevo Comité Central, que iba a funcionar en Valparaíso. Costó mucho convencer a Chacón de que participara. Decía que le faltaba capacidad política. Después, ya convencido y decidido, asumió con toda responsabilidad su tarea”.

En julio de 1931, el movimiento de los estudiantes, que tuvo gran apoyo de masas obreras y de otros sectores, echó abajo a la dictadura. Pero eso, entonces, no significó más democracia ni más derechos para la clase obrera, sino al contrario. La derecha y los yanquis –ahora determinantes– veían con mucho temor el crecimiento del movimiento obrero y del prestigio del Partido Comunista y no cesaron en la represión.

Al caer Ibáñez, quedó Juan Esteban Montero, viejo político derechista, en calidad de vicepresidente. Un mes después Manuel Trucco pasó a ser vice y a Montero lo proclamaron candidato presidencial. El otro candidato, para variar, era Alessandri.

En septiembre estalló la insurrección de la marinería. Fue un movimiento espontáneo, hecho de puro empuje y pana, sin mayor comprensión de los problemas políticos y tal vez hasta sin que sus dirigentes le tomaran el peso a lo que estaban haciendo. Lo que pedían era simplemente la revalorización de la moneda y mejores salarios. La repercusión fue inmensa. Al calor de la insurrección de la marinería levantamos el movimiento de tipo revolucionario más profundo en la historia de Valparaíso. Este movimiento lo impulsaba un comité civil, con dirigentes de Partido (Polanco, Francisco Díaz, Chacón y otros) y de organizaciones de masas. Todo el mundo miraba con simpatía la lucha de los marineros. Lanzábamos volantes, realizábamos mítines, rayados. Pronto, este Comité se ligó con soldados y suboficiales del Ejército y la Marina. Establecimos contactos con la 4ª Comisaría de Carabineros, con el cuartel de Las Zorras, con artilleros, el Regimiento Coraceros y otras unidades. Los barcos insurrectos estaban en Coquimbo, pero en Valparaíso fue la mayor movilización

de masas. Después, el Partido planteó la huelga nacional en apoyo de los marineros y el movimiento se extendió a todo el país.

Lanzamos la consigna de marchar sobre Santiago y echar abajo a Montero y tratamos de conseguir armas para distribuirlas al pueblo. Pero nuestros amigos uniformados no se decidieron a dar ese paso. A Rufino Rozas lo mandamos a Coquimbo con la misma consigna. Surgió la idea de establecer un Gobierno Revolucionario provincial en el “Almirante Latorre”. Ya se sabe que la contraofensiva del Gobierno, con aviones, unida a la falta de claridad de objetivos de los dirigentes del movimiento, liquidaron la insurrección. Pero fue el impulso que dio el Partido en todas las provincias a la solidaridad, lo que permitió librar después a los insurrectos de la muerte. Los “cabecillas” estaban condenados a muerte y otros a penas de prisión. Al final, la reacción tuvo que dar la amnistía.

En esos días se produjo la masacre del Regimiento Maipo. Un capitán del Coraceros había salido de ronda con un pelotón de soldados y se encontró con la novedad de que los soldados del Maipo (un grupo de ellos) estaban alzados, en apoyo a los marineros. Los del Coraceros rodearon parte del cuartel e hicieron fuego: hubo muertos y heridos.

(El jefe del movimiento de la marinería fue el Guatón González, a quien levantamos en 1932 como candidato a diputado. Sacó 5 mil votos. Todos los demás partidos, coaligados, nos superaron por estrecho margen).

En diciembre, Montero asumió la Presidencia y casi inmediatamente decretó una nueva desvalorización de la moneda y la inconvertibilidad. Seis meses después, en julio de 1932, vino el golpe de Marmaduke Grove, que entonces era jefe de la Aviación y que estaba en contacto con la Nueva Acción Pública, recién formada por Eugenio Matte Hurtado. Se instaló una junta de Gobierno, formada por Eugenio Matte, el general Arturo Puga y el agente yanqui Carlos Dávila. Grove quedó como ministro de Defensa Nacional, pero fue él quien impuso la

proclamación de la “República Socialista”. Pese a su nombre, el nuevo régimen no significó nada para los trabajadores y quedó claro que no iba a durar. Le advertimos a Grove lo que iba a pasar (una delegación del PC fue a hablar con él), le dijimos que si no se entregaban armas al pueblo, la tal “República Socialista” iba a terminar de golpe y porrazo. No nos hizo caso. Unos días después Grove y Matte Hurtado partían relegados a la Isla de Pascua y Carlos Dávila, con apoyo de los milicos y de sus patrones yanquis, quedaba a firme como Presidente provisional.

No lo pasé muy bien en esos tiempos. Entre el 31 y el 32 estuve varias veces preso, una vez relegado en Petorca y otra en la Isla Mocha.

Cuando la insurrección de la marinería nuevamente anduvieron buscándome. Me agarraron cuando el movimiento se terminaba. Bastó un descuido y caí chanchito. En Investigaciones me aplicaron torturas “de importación”, recién llegadas. Ya no fue la simple pateadura estilo paco. No, ahora se usaba corriente eléctrica y otras cosas. Lo que pretendían el Gobierno y los tiras era echarle al Partido Comunista toda la culpa de la insurrección. Buscaban los “vínculos con Moscú”, etc. Las historias de siempre. Nos mantuvimos firmes. Habíamos apoyado a los insurrectos, claro que sí, con mítines y volantes, porque era un justo movimiento popular. Lo demás eran patillas. No pudieron conseguir más. Tres meses me tuvieron preso y después tuvieron que soltarme. La presión de masas obligó al Gobierno a conceder la amnistía y a ella nos acogimos también dirigentes comunistas detenidos.

Salí libre, pero por poco tiempo. Casi por un rato no más. Para recibir a los amnistiados se realizó una gran concentración en la Plaza O’Higgins. Hablé yo, y naturalmente conté de los progresos técnicos realizados por Investigaciones. Al terminar el mitin, me detuvieron de nuevo, por desacato y por emplear términos descomedidos para con las autoridades (mi compañera estaba indignada; aunque no con los tiras, conmigo). Esta vez la detención duró solo unos días.

Después estuve detenido en Santiago en circunstancias muy especiales. Venían las elecciones parlamentarias de octubre de 1932. El partido me puso como candidato a diputado por Aconcagua. Por algún motivo tuve que ir a Santiago, donde me reuní con algunos compañeros en una joyería de la calle Bandera cuyo dueño era amigo nuestro. El lugar era solo un punto de contacto pero, como no teníamos adonde ir, el propio joyero nos propuso que nos quedáramos en la noche dentro del local, en una pieza interior. Ahí nadie nos iba a molestar. Aceptamos. Lo malo fue que un rondín sapo escuchó algo, vio luz y avisó a los carabineros. Vinieron y nos metieron presos. En una revista publicaron una foto mía en que decía: “Agitador comunista sorprendido robando joyas”. Logramos aclarar que estábamos allí con permiso del dueño y salimos en libertad.

Inicié mi campaña en Aconcagua pero, a los pocos días, me metieron preso en San Felipe. Hubo largas gestiones, pero solo me soltaron cuando ya no había ningún peligro de que les restara votos a los candidatos derechistas.

VI

Color de hormiga

Apenas había regresado a Valparaíso, donde seguía la efervescencia, me detuvieron de nuevo. Me aplicaron el tratamiento de golpes ya conocido y me fletaron relegado a Petorca, junto con el compañero Carlos Flores. Estábamos preparando la fuga cuando llegaron los pacos con la novedad de que el Gobierno nos mandaba desterrados a la Isla Mocha (era todavía el gobierno de Dávila).

De Petorca nos trasladaron primero a Valparaíso, donde los amigos de Investigaciones me amenazaron: –Si seguís encachándote te vamos a fondear... – me dijo el jefe (el mismo que fondeó después, efectivamente, al profesor Anabalón Aedo).

Y, del Puerto, a la Isla Mocha. Éramos como 150 presos. Pronto nos organizamos en comisiones encargadas de los trabajos de la cocina, de traer leña, de mariscar, etc. Iniciamos cursos de capacitación y constituimos nuestra organización partidaria. Las condiciones no eran demasiado duras al comienzo. El marisco abundaba. Íbamos a buscar choros, erizos, cholgas, piures, y los traíamos por carretadas. Se disponía de algunos animales para la alimentación. Al comienzo engordamos.

Carta de Chacón a su compañera, desde la Isla Mocha

“Isla Mocha, julio 14 de 1938.

Compañera A. Silva

Estimada compañera:

La presente tiene como finalidad hacer presente a Ud. que hace ya con esta fecha 8 días que estamos en la Isla. Nos encontramos bien de salud todos, a excepción de uno de los confinados, que está un poco mal, es de Santiago. Yo en perfectas condiciones físicas y morales, creo que Ud. estará bien igualmente la Lucci, reciba cariños de su compañero que desea estar pronto en esa, besitos a Lucci y para Ud. el aprecio de un desterrado. No trate de enviar encomienda de ninguna naturaleza, solo la correspondencia, ojalá me mande estampillas y varios sobres. Si puede mande dos cartas y pone 6 sobres en cada una.

J. Chacón”.

(La palabra “censurada” aparece manuscrita, diagonalmente, junto al encabezamiento de la carta).

Después la cosa se puso color de hormiga. En la Isla había un gobernador, que empezó a volverse loco. Vivía imaginándose complots, pensaba que lo íbamos a matar. La cosa reventó cuando, en un registro, los carabineros me encontraron una carta que yo había redactado con la intención de hacerla llegar al Comité Central. El tipo se puso hidrófobo. Se precipitó a la radio que tenía para comunicarse con el continente y mandó un informe que le debe haber puesto los pelos de punta a los milicos de turno (ya habían terminado “los 100 días” de Dávila y otra vez había una Junta Militar en La Moneda). Dijo que estábamos organizando la insurrección, que nos íbamos a tomar la radio, que preparábamos un degüello general, etc. Cómo sería el susto, que llegó rápidamente un barco con tropa de marinería para ponernos a raya (lo que habrá costado movilizar ese barco).

El comandante desembarcó sus tropas con armas al brazo, las hizo tomar posiciones y vio que no pasaba nada. Reclamamos, protestamos, denunciarnos. El gobernador mostró la hilacha de tal manera que después, cuando el barco regresó, lo llevaban amarrado en un calabozo, echando espuma por la boca.

De todos modos, la cartita trajo consecuencias para el suscrito. Como castigo, me condenaron a ocho días a pan y agua en una rancho infecta, una especie de bodega, donde el barro me llegaba hasta la rodilla. Por la noche, los compañeros burlaban la vigilancia de los carabineros y me hacían llegar alimentos. A los ocho días, me sacaron de la bodega y me llevaron, según dijeron muy solemnes, a fusilarme. Parece que el oficialito ése quería asustarme y hacer que me arrastrara delante de él. Con las manos amarradas a la espalda, me pusieron delante de una piedra grande. A unos seis metros me esperaban unos ocho gendarmes con fusiles. Me vendaron la vista y luego dispararon al aire. Sentí las piernas algo débiles pero, en el silencio que se formó, les grité: —¡Qué se han imaginado, conchas de su madre! ¿Creen que soy idiota?

Una vez más, la pelea de masa nos dio la libertad. Tuvieron que soltarnos. Un buque de guerra nos llevó hasta Talcahuano. De allí seguimos a Santiago en tren. En todas las estaciones había grupos esperándonos, con banderas, carteles y paquetes de alimentos, en impresionantes manifestaciones de solidaridad.

Si algunas libertades públicas tiene en Chile la clase obrera, es porque las ha ganado a pura pelea.

Muy nombrado fue en aquellos años el cabo Illesca. El caso ocurrió el 2 de mayo de 1932, en la 6ª Comisaría de Santiago. Se preparaba un desfile de los anarcosindicalistas para pedir la libertad de los 97 marineros sublevados que estaban condenados a muerte y que mantenían una huelga de hambre. El desfile era por Avenida Matta y San Diego. Había Estado de Sitio. En la Comisaría recibieron orden de parar el desfile en la Plaza Almagro, por cualquier medio. Se trataba de impedir que los manifestantes llegaran al centro. Al cabo Illesca le

había hecho efecto la propaganda de tipo revolucionario que se hacía constantemente. Se puso de acuerdo con otros carabineros para impedir la salida de la dotación. No faltó, claro, alguno que avisara a la Jefatura. Hubo alarma en el Gobierno, que movilizó tropas de Ejército, al mando del capitán Subercaseaux. Los dos se enfrentaron. Subercaseaux tratando de imponer la disciplina, Illesca defendiendo su actitud, diciendo que los carabineros no podían atacar a los obreros, hermanos de clase y menos cuando luchaban por una causa como la libertad de los amotinados. Claro, Illesca y los otros cuatro no podían resistir con las armas y se entregaron. El cabo asumió él solo toda la responsabilidad del levantamiento. Lo procesaron. El juicio duró 15 meses. Al final, un tribunal militar lo condenó a 31 años de presidio. Después le rebajaron la pena a 15 años. En la Penitenciaría mostró síntomas de locura. Lo llevaron a la Casa de Orates y lo declararon loco. Finalmente, lo soltaron tres o cuatro años después. No estaba tan loco, porque en 1940 fue candidato a diputado por Santiago. En los afiches de su propaganda el cabo Illesca aparecía a caballo. Entiendo que vive todavía, dedicado a su primera y última profesión de carpintero.

Roberto Landaeta: “A fines de 1931 o comienzos de 1932 conocí a Chacón en reuniones de partido y más íntimamente en una especie de conventillo, en Eyzaguirre 4, donde ocupaba dos piezas con su compañera y donde funcionaba una Escuela de Cuadros. Aquella era una pareja ejemplar.

“Chacón impresionaba por su cara más bien ceñuda y su carácter aparentemente agrio. Mantenía un balanceo campesino en su andar. Parecía al comienzo un hombre adusto, severo, que desmentía con rapidez en cuanto se le conocía más.

“Esa primera impresión se refleja en lo que decían sus enemigos, que lo son también del Partido. Chamudes y Ravines decían: –Cuando vemos a Chacón en la calle, nos abotonamos la chaqueta, aseguramos la cartera y cruzamos a la vereda de enfrente.

“Lo pintaban como un gángster, como un tipo feroz. Yo, en cambio, en la intimidad de su hogar o en contacto con los jóvenes recién ingresados al Partido, lo vi como un ejemplo de esposo, padre y humanista de verdad”.

Con la elección de Alessandri, en octubre de 1932, se restableció eso con que en Chile se llenan la boca los políticos burgueses: la normalidad constitucional. En gran parte, el período de Alessandri fue la continuación de las represiones de Ibáñez y Dávila.

Volodia Teitelboim: “Lo conocí alrededor de 1932, en la primera fase del gobierno de Alessandri. Una época bastante dura, de ilegalidad, con una situación política difícil y tensa. La derecha había sentido temblar las bases mismas de su dominio, con el movimiento de masas que derribó a Ibáñez, con el levantamiento de la marinería, incluso con la República Socialista. Ahora trataba de volver a consolidar su poder y llevaba adelante una represión intensa. Había balazos casi todos los días en la Alameda frente a la Universidad de Chile, balas hacia o desde la Universidad, o por el lado del Ramis Clar.

“Recién ingresado en la Juventudes Comunistas participé entonces en reuniones clandestinas que me impresionaban mucho, casi siempre en las afueras, en barrios y casas muy pobres, donde la mayoría de los asistentes éramos estudiantes y los que dirigían, daban orientación y una línea concreta, eran obreros: Galo, Chacón y otros.

“El Partido estaba muy golpeado entonces. Era un pequeño grupo cuya fuerza principal, en Santiago, estaba constituida por obreros. Junto a ellos, los estudiantes, impetuosos, desordenados y algo anárquicos. Era también la época del ‘Grupo Avance’ y de la lucha enconada, horrenda, feroz, entre comunistas y trotskistas. Hidalgo y otros, expulsados, habían organizado su propio núcleo, pero había también trotskistas dentro del Partido, y en especial en la juventud. Debates interminables en reuniones tumultuosas y a menudo violentas, una gran desorientación.

“Tiempo después, la dirección del Partido convocó una asamblea de estudiantes comunistas en un local de la calle San Diego, segunda cuadra. Iba a ser el gran enfrentamiento de los trotskistas –los de adentro– con su orador oficial ‘Levín’ y los comunistas que seguían la orientación del Comité Central. El vocero de éste fue Chacón.

“Levín’ hizo un discurso lleno de fuego y sofismas, con las consabidas acusaciones contra Stalin y con los llamamientos, no poco seductores, para aquel auditorio, a la ‘revolución permanente’, a la revolución por la revolución. Con 17 ó 18 años de edad, yo, y otros como yo, nos sentíamos trabados por una gran impotencia para expresarnos y esperábamos con ansia la palabra de nuestro camarada del Comité Central que iba a explicar las cosas y a poner los puntos sobre las íes.

“Chacón no entró en debate alguno. Se puso de pie e hizo una cosa muy simple y muy propia de él. Dijo:

“—Los que están con los trotskistas se quedan y serán expulsados del Partido. Los que están con el Partido se van conmigo. Y yo me voy al tiro.

“Eché a caminar hacia la salida, muy tieso. Fuimos pocos los que salimos con él”.

En 1933 participé en una conferencia del Partido, donde me propusieron que fuera al Uruguay, como delegado a un Congreso de Paz. No pude salir, por ser persona más o menos importante, según dijeron. Por lo menos, peligrosa. Por lo tanto, me quedé en Santiago.

Roberto Landaeta: “En 1933 el Partido me mandó al extranjero. Antes de partir, fui donde Chacón a pedirle el pase del Partido, como dirigente del Comité Central. Me hizo el pase pero, antes de entregármelo, me dijo:

“—Anota estas direcciones... Ahora, apréndetelas de memoria. Repítelas...

“Eran contactos con los Comités Centrales en Buenos Aires y Montevideo. Cuando estuvo seguro de que yo me sabía las direcciones, tomó el pase que acababa de escribir y lo rompió.

“—Si caes en manos de la policía —me dijo— tendrías que tragártelo y siempre hay el riesgo de que no alcances a hacerlo...

“Muchas normas del trabajo ilegal las aprendí de él”.

Lucía Chacón: “Tengo una vaga idea de haber visto por primera vez a mi padre con barba y con saco marinero de tela de buque al hombro. Siempre, en mis primeros recuerdos, él viene llegando después de semanas o meses de ausencia.

—Pasé sola gran parte de mis primeros años, encerrada con llave en una pieza, mientras mi mamá trabajaba haciendo sombreros y mi papá andaba fuera, en sus tareas políticas. Me acuerdo mejor de un conventillo en San Diego, antes de llegar a Franklin, un pasaje largo, largo, por donde yo corría”.

Los años 33, 34 y 35 en Santiago fueron de grandes privaciones. La crisis fue

larga y nos golpeó fuerte. La clase obrera vivió terribles calamidades. En 1933 fue la epidemia de tifus exantemático, que se llevó a miles de personas. Como algunos, por ignorancia, se resistían, la Sanidad aplicaba métodos brutales. Una noche, cuando llegué a la casa, me encontré a la compañera y a la niña llorando. Lloraban también otras mujeres en las piezas del conventillo: habían estado los de la Sanidad y habían arrasado con frazadas y colchones, para prenderles fuego. Hubo que dormir en el somier pelado y taparse con la poca ropa que había.

En 1933, el Partido realizó su Congreso nacional, el primero después de la dictadura de Ibáñez. Más de ochenta delegados nos reunimos en una casa quinta de Lo Ovalle. El huaso González Vilches y el Dr. Mario Contreras se habían encargado de la organización del Congreso y de la ligazón con las provincias. Estábamos recién comenzando cuando fuimos sorprendidos por la policía. Los carabineros rodearon la manzana y detuvieron el Congreso entero. El Gobierno inició un proceso en contra nuestra y pidió como 200 años de cárcel repartidos entre todos.

Carlos Contreras Labarca: “Los ochenta delegados fuimos a dar a la cárcel. El Partido era entonces semilegal. Yo ocupaba el cargo de secretario general desde la caída de Ibáñez.

“Al llegar a la cárcel, se intentó distribuirnos en las galerías de reos comunes, pero comenzamos a pelear desde el primer momento. Protestamos y exigimos que se nos colocara a todos juntos en la Galería 5, recién terminada en ese entonces. Ante nuestra actitud resuelta, el alcaide cedió. La galería 5 tenía dos pisos y en ella establecimos nosotros nuestro propio régimen. Pusimos guardia a la entrada y establecimos que nadie podía entrar sin nuestro permiso. El resto de la población carcelaria, al saber estos hechos, solidarizó con nosotros, lo que acrecentó nuestras posibilidades de presionar.

“La noticia de nuestro encarcelamiento produjo enorme efervescencia. Y el Partido no se mantuvo inactivo. Todas las tardes, grupos de mujeres acudían a

gritar y a cantar a la calle Amunátegui, a espaldas de la galería donde estábamos. Recibimos nutridas visitas y paquetes con alimento, cigarrillos, etc.

“Al conquistar el control de la galería, decidimos continuar allí los trabajos de nuestro Congreso. Así lo hicimos. Hubo lectura de informe, discusión y adopción de resoluciones. El sentido del Congreso era la reconstrucción del Partido, el restablecimiento y la consolidación de sus vínculos con los diversos sectores de la clase obrera, el salitre, el carbón, etc.

“La dictadura de Ibáñez no logró cortar del todo esos vínculos y así, a su caída, los compañeros reconstruyeron el Partido en un proceso casi espontáneo. Ahora se trataba de encauzar y ampliar ese proceso y de llegar a otros sectores

“Organizamos luego otras actividades que ocupaban todas las horas hábiles: cursos de capacitación política, espectáculos teatrales, grupos que ensayaban canciones folklóricas, etc.”.

La campaña por nuestra libertad tomó fuerza. Había desfiles, paros, peticiones. Así conseguimos doblegar al gobierno.

Pero la libertad, a los comunistas, no nos dura mucho. La pelea contra los lanzamientos hizo que la policía comenzara a buscarme. El Partido me ordenó entonces que me fondeara y que no cayera detenido por ningún motivo. Me habían encargado además que me preocupara del trabajo de una imprenta clandestina. La teníamos en el barrio Independencia y la usábamos para sacar volantes y folletos. La misma recomendación le hicieron al huaso González Vilches, que cumplía tareas de activista distribuidor de propaganda. Los dos nos escondimos en la misma casa, una especie de pensión de gente amiga, por ahí por la Avenida La Paz. A mí me desesperaba pasar a veces días enteros esperando un recado. Estábamos acachados con una gran cantidad de volantes

que debían mandarse al sur de alguna manera. En eso un compañero nos avisa que un maquinista amigo del Nocturno está dispuesto a llevar la propaganda.

—Vamos a dejar esos paquetes —le dije yo al Huaso.

—Mejor no vamos nada, oh —me dice el Huaso—, es muy tarde y los compañeros nos dijeron que no saliéramos.

—Mejor que sea tarde —le digo yo—, aprovechamos la oscuridad.

Se dejó convencer. Como a las 9 de la noche, salimos a Independencia por una calle atravesada. Llevábamos los paquetes de folletos en un saco. Nos turnábamos para cargarlo. Con jockey, unos abrigos mugrientos y en tiras, yo con alpargatas, patilludos y con el pelo crecido, parecíamos maleantes. Por eso nos detuvieron los carabineros... ¡y se encontraron con dos agitadores comunistas! Nos llevaron a la Comisaría y nos sacaron la contumelia a palos y patadas. Después nos echaron a un bebedero de caballos, lleno de agua, que había en la calle, frente a la Comisaría. Nos empujaban debajo del agua helada hasta tenernos casi ahogados y después nos preguntaban dónde estaba la imprenta. Niños curiosos... ¡Cómo no que les íbamos a decir dónde estaba la imprenta! (Estaba a menos de tres cuadras de ahí).

No me olvido de la cara del Huaso, pálido y empapado, con los pelos en los ojos y saliéndole sangre de la nariz, cada vez que nos dejaban salir a los dos del agua. Abríamos la boca como pescados en seco, sorbiendo aire y en cuanto podía sacar la voz, el Huaso me decía:

—¡Vos tenís la culpa, huevón!

No lo niego. Yo tuve la culpa. Así lo consideró también el Partido. Cuando los

carabineros se cansaron, nos metieron al calabozo y a los dos días nos mandaron a la Peni. Nos tuvieron como tres meses.

En el primer día de visita llegó un compañero, muy serio, cara de palo, para notificarme, a nombre del Comité Central, que por mi actitud indisciplinada, yo quedaba fuera del Comité Central. Suspendido. Y se retiró sin dejarnos un pucho.

Cuando salí, hice buen trabajo y volvieron a meterme al Central. En ese tiempo había pocos cuadros.

Américo Zorrilla: “Al compañero Chacón lo conocí antes que en el Partido, en el barrio. Fuimos vecinos en un conventillo de la calle San Diego. El conventillo ese era una especie de baluarte del Partido. Aparte de Chacón, vivía allí otro compañero, sin contarme yo mismo. No me lo dijeron (yo era un militante nuevo), pero me di cuenta poco a poco que en esas casuchas funcionaba el aparato clandestino del Comité Central. Más tarde supe otros detalles. A la entrada del conventillo vivía un carabinero y su casa constituía otro punto de apoyo para el trabajo partidario. No porque fuera un carabinero comunista, sino porque su mujer, que era joven y buenamoza, se entendía con un compañero, cuyo nombre no viene al caso. La casa del carabinero servía, por este motivo, para guardar los documentos más secretos”.

El gringo Israel Wule (o Becker), un polaco-chileno que habla enredado, pero que es tan chileno como Ud. o yo, vivió en esa pieza un tiempo. Era un solo dormitorio y había una sola cama, en la que dormíamos mi mujer, mi hija Lucía y yo. Por lo tanto, él dormía en el suelo, tumbado encima de unos sacos, en diagonal, porque el gringo era grandote y de otro modo tenía que encoger los pies. Recuerdo una Pascua de esos años. No teníamos una peña, ni de dónde sacarla. Como a las 10 de la noche, después de una reunión, íbamos caminando por San Antonio hacia Alameda, con hambre y las caras largas. Yo sentía sobre todo no poder llevarle algo a la niña y a la compañera. En eso, Becker tropieza

con un paquete que estaba botado en el suelo y se agacha a recogerlo.

—Deja eso —le digo yo—, debe ser basura (hay gente que tiene esa bonita costumbre, de dejar basura por ahí, muy bien empaquetada).

El gringo insistió y abrió el paquete. Apareció un pan de pascua de sus dos kilos. Fue nuestra cena, alegre, aunque seca. La compañera y la Lucía se habían tomado una agüita caliente y se habían acostado. ¡Qué contentas estaban cuando vieron el pan!

Israel Wule: “Vivíamos en una pobreza franciscana. Chacón en un tiempo no tenía paletó y así no más, en camisa, salía a la calle, iba a las reuniones y todo. Con un compañero sastre, de San Diego, conseguí que le hicieran una temada”.

Lucía Chacón: “Mi padre era travieso, pero severo en los castigos. Aunque fue obrero desde los doce años, le quedó siempre un fondo campesino en sus costumbres. Cuando joven, usó siempre la faja en vez de cinturón. Prefería el poncho al abrigo y no se despintaba el sombrero, casi siempre negro.

“Después adoptó el uso del chaleco. La corbata no le gustaba. Vino a usarla muchos años después. Todas las mañanas se comía una cebolla cruda y su desayuno era siempre (siempre que había) un plato de comida. Le gustaba especialmente la ‘ropa vieja’, los porotos recalentados. Era buen comedor, aficionado al ajo crudo, a la harina tostada frita con grasa y cebolla, al pan amasado.

“Era raro que pasara un domingo en la casa, por las reuniones. Cuando estaba libre, nos sacaba a caminar por el campo. Paseábamos a pie, en larga caminata,

después nos sentábamos a comer algún cocaví: charqui, pan, huevos duros. Ligerito metía conversa por ahí a la gente y si podía compraba alguna fruta. Era un placer andar con él por el campo. Sabía los nombres y las costumbres de los pájaros. Conocía las plantaciones, los árboles, las enfermedades de las plantas.

“—Esos árboles se van a secar —decía muy molesto— están mal podados.

“Imitaba el canto de los pájaros, el rebuzno del burro, el relincho del caballo. Sabía cuentos de Pedro Urdemales, pero generalmente les hacía agregados cada vez más enredados, así que el cuento no terminaba nunca. Empezaba a reírse de antemano cuando iba a llegar a algún episodio cómico. Le chispeaban los ojos, muy fruncidos. Nos contagiaba a todos con su risa (a sus nietos, después, les contaba cuentos cada noche; siempre sacados de la vida corriente, nada de magos o hadas).

“A veces mi mamá me daba unos coscachos. Merecidos, supongo. Él se indignaba. No aceptaba que se le pegara a un niño. Cuando veía en la calle a alguien pegándole a un niño, se metía sin vacilar:

“—Ese niño no entiende. Hay que hablarle, explicarle. No le pegue.

“El peor castigo, cuando se enojaba conmigo, era amurrarse. No me hablaba por una semana. Una vez, siendo muy niña, me puse a embromar para que me diera cebolla. Lloré y patié. Entonces me obligó a comerme una cebolla entera. Vomité y estuve enferma. Era enérgico. Parecía incansable. Se levantaba muy temprano y casi siempre llegaba a las reuniones, a los locales, antes que todos los demás. Se movía el día entero. Escuchaba con atención a la gente. Nunca dejaba de contestar una carta. Llegó a mantener una gran correspondencia con compañeros de Valparaíso, de Temuco, de todo Chile.

“Le gustaba el vino tinto. Tomaba sus tragos, pero nunca lo vi curado. Cuando había bebido, se ponía alegre y tallero. Al llegar al límite que él se había fijado, paraba. Con mi madre tuvo siempre buenas relaciones. En las tardes, a veces, se ponían los dos a tomar mate en leche y a conversar. Cuando había problemas, se encerraban los dos solos a discutir, nos hacían salir a los chicos. Nunca se oían gritos”.

VII

El hambre voluntaria

En escuela dura se formó el Partido, en la huelga, la marcha, el gran mitin de masas: no en círculos académicos. Nos faltó estudio, eso hay que reconocerlo. Muchas veces cometíamos errores por falta de dominio de la teoría.

Recién por los años 30 vine a leer yo los primeros libros de Lenin, el Qué hacer y Un paso adelante. Metido en el Partido y en sus órganos dirigentes, seguí mucho tiempo imbuido de las concepciones anarquistas en las que me formé de muchacho. El Estado y la Revolución me echó abajo el anarquismo, y lo vine a leer ya maduro. Claro que la exigencia de hablar en los actos, de redactar volantes y documentos, de preparar intervenciones para congresos y otras reuniones, me obligó a pensar, a aclarar conceptos. Pero estudié poco. El estudio, la lectura de obras teóricas de largo aliento, me costaba.

También es que la vida de funcionario (sin sueldo), de 1922 en adelante, se prestaba poco para el estudio. No había horario, ni seguridad, ni qué comer. Los esfuerzos que uno hacía por leer y formar una pequeña biblioteca no iban muy lejos. Cuando me llevaron preso por primera vez, los tiras acarrearón un baúl de libros. No me los devolvieron. Después esto volvió a ocurrir muchas veces. La policía tiene más libros míos que yo.

En 1934 fue el levantamiento campesino de Lonquimay, que terminó con una feroz masacre. Nuestro camarada José Bascuñán Zurita fue asesinado por los carabineros de Laja, donde andaba pidiendo solidaridad para los campesinos de Lonquimay. Nunca se encontró su cadáver. Algunos dicen que lo lanzaron al río. Para mí que los pacos lo sepultaron en una noria, la que después tapiaron. Uno de los tantos crímenes de la reacción y sus esbirros, nunca aclarado.

“En junio de 1934 se celebró un congreso de la FOCH en el Teatro Selecta de la calle Chacabuco, del que era concesionario nuestro camarada Amador Pairoa. Yo me presenté a la sesión inaugural, pronuncié un discurso para echar a andar las tareas y luego me esfumé evitando a la policía. En ese acto impresionó mucho a los delegados de todo el país la aparición de un joven campesino de la región de Lonquimay donde, después de muchas peripecias, había logrado volver Juan Segundo Leiva Tapia, después de nuestro desastroso viaje al Uruguay. Este joven campesino, en medio de la emoción de todos los delegados, dijo:

“—¡Vengo aquí a sellar definitivamente la alianza obrera y campesina!

“En la tarde de ese día, me dejé ver de nuevo en el local que los ferroviarios tenían en la calle Exposición, donde el Congreso iba a funcionar. Rendí el informe de dirección y luego volví a desaparecer, porque la policía ya andaba detrás de la reunión. El Congreso se trasladó entonces a Avenida de La Paz 134, pero allí también nos siguieron la pista, la policía rodeó la casa y apresó a numerosos delegados; el poeta y profesor Gerardo Seguel, que representaba a los maestros en ese Congreso, huyó por los tejados. Cayeron Chacón Corona, Cuello y muchos otros”.

(Elías Lafertte, Vida de un comunista).

En mi vida yo había pasado muchas hambres sin querer. Ahora, cuando caímos en el Congreso de la FOCH, nos tocó pasar el hambre voluntaria. Hicimos la huelga de hambre 17 días. Ganamos la amnistía cuando muchos ya estaban en las últimas. Estábamos, mejor diré. Lo peor son los primeros cuatro o cinco días. Después, uno queda como embotado. En esa huelga participaron Fonseca, Landaeta, Quito, compañero de 70 años que aguantó con toda firmeza, y varios más.

Roberto Landaeta: “En junio de 1934 la policía echó mano del Congreso de la FOCH, que se realizaba clandestinamente en Santiago. Caímos detenidos como 300 delegados, pero después vino una especie de coladera y solo nos dejaron presos a 16, 14 militantes del Partido y 2 de las Juventudes Comunistas. Nos responsabilizaban, entre otras cosas, del alzamiento campesino de Lonquimay.

“Entre esos 16, recuerdo que estábamos: Chacón, Fonseca, Barrera, Quito, Aranís; Varas y Roa, profesores; Dormán, un panificador de Valparaíso; Orellana, un compañero de los lavaderos de oro de Andacollo, a quien bautizamos ‘El Polvo de Oro’; Jorge Fuenzalida y Carlos Valencia, que eran los de la Juventud.

“En la penitenciaría, a donde nos llevaron, nos trataron muy mal. No nos permitían recibir visita alguna y nos mantenían mezclados con los reos comunes. La alimentación era infame. Estábamos en el Patio 9, separado por una puerta de fierro, con reja, del Patio 10, donde se encontraban los condenados a 20 años y a presidio perpetuo. Para asearnos y defendernos de los piojos, teníamos que desnudarnos, lo que provocaba reacciones bestiales de varios reos homosexuales del Patio 10, que sacudían como gorilas la puerta de reja. Para obtener el término de esta situación, iniciamos una huelga de hambre.

“Nuestras reivindicaciones eran: 1) instalación de duchas y colocación de un tabique de madera que nos aislara de nuestros vecinos; 2) visitas dos veces por semana; 3) autorización para recibir diarios y revistas; 4) que se nos diera leche y alimentación de la enfermería.

“Al cuarto día de huelga, las autoridades de la Penitenciaría nos enviaron a Chacón y a mí al Patio Siberia, de fama tenebrosa, donde estaban los irreductibles, los peores criminales. Allí se encontraban, entre otros, Barceló Lira (fusilado más tarde) y el legendario anamita Pham Van Loe, que asumió –según versiones– la responsabilidad por un crimen pasional cometido por un alto funcionario diplomático. Aseguran que Pham Van Loe recibió una suma

fabulosa como remuneración por su carcelazo. Luego se hizo multimillonario prestando dinero a los hampones en el interior de la Penitenciaría, donde funcionaba su 'Banco'. Barceló Lira ocupaba su tiempo en hacer un reloj de sol que todavía está allí, como recuerdo de la historia judicial chilena.

“A los ocho días, nuestra huelga triunfó en toda la línea. La habíamos sostenido los 16, sin deserciones ni debilidades. Conseguimos duchas, visitas, mejor comida, etc.

“A Ricardo y a mí nos preocupaba el estado de salud de Chacón, que había adelgazado mucho y que sufría continuos vómitos de sangre. Por eso, cuando llegó la orden del Comité Central de iniciar una nueva huelga de hambre hasta lograr la libertad, quisimos dejarlo al margen a él. No quiso ni oír hablar del asunto.

“Al iniciar la huelga y comunicar nuestra decisión de no comer hasta que el Gobierno nos pusiera en libertad, las autoridades nos separaron de a pares. Me tocó estar con Chacón esos primeros días y pensé que el hombre moría sin remedio. Nuestra celda era la peor. Vecina a la ducha, una de las paredes chorreaba agua continuamente.

“A los 7 días de huelga nos pusieron en celdas individuales. Ensayaron toda clase de recursos: amenazas, falsos rumores, esfuerzos de persuasión, pero nos mantuvimos firmes. Chacón, Fonseca y yo éramos los responsables, el secretariado.

“Mientras tanto, en la calle, el Partido se movilizaba. Miles de volantes se distribuyeron en todo el país. En Santiago, el diario La Opinión, único órgano de prensa de izquierda, llevaba dramáticamente la campaña por nuestra libertad.

“Y el tiempo pasaba. Enteramos 17 días sin probar otra cosa que agua. Para entonces, ya nos estábamos muriendo. Cinco estaban en la enfermería boqueando, casi en las últimas. Los demás, no estábamos mejor.

“En ese momento, Alessandri convocó al Senado para una reunión ‘urgentísima’, con el fin de que tratara –como única materia– un proyecto de ley de amnistía. En el ánimo del Presidente influyeron un informe médico que daba datos sobre nuestro peso y estado general y que anunciaba nuestra muerte para los próximos días (u horas) y también, según me dijeron, una gestión personal de Jorge Alessandri Rodríguez, que había sido mi profesor en la Escuela de Ingeniería. La amnistía fue aprobada en tiempo récord. A medianoche, Carlos Contreras Labarca partió a la Penitenciaría a darnos la noticia, para que pusiéramos fin a la huelga. Ningún reglamento le permitía entrar. El alcaide le propuso transmitir él la información a los presos, pero Contreras Labarca, conociendo nuestra disposición, le dijo:

“—Si no voy yo personalmente, no suspenden la huelga... Ellos solo obedecerán la orden del Comité Central.

“Rompiendo todas las normas, el alcaide lo autorizó a entrar y Contreras fue de celda en celda y por la enfermería dándonos la noticia. Pero al llegar a la celda de Orellana, ‘el Polvo de Oro’, se encontró con un hecho inesperado. Orellana no lo conocía. Con voz apenas audible, le dijo:

“—Por muy Contreras Labarca que usted sea, mis jefes aquí son Chacón, Fonseca y Landaeta y mientras ellos no me den la orden, yo no suspendo nada.

“Fonseca estaba en la enfermería. De manera que nos llevaron en peso, a Chacón

y a mí con las colchonetas sobre las cuales estábamos tendidos, hasta la celda de Orellana. Y ahí le dijimos que ese compañero que estaba ahí era Contreras Labarca, secretario general del partido, y que la huelga había terminado.

“—Así, sí, pus —dijo Orellana. Y se desmayó.

“Nos declararon en libertad, pero no pudimos salir. Estábamos demasiado débiles. Durante cuatro días estuvimos sometidos a un régimen riguroso de leche y jugos de frutas y recién entonces abandonamos la penitenciaría.

“Lo más extraordinario es que Chacón sufrió una verdadera transformación después de la huelga. Creíamos que no iba a resistir y no solo la resistió sino que además recuperó la salud. Comenzó a engordar, se curó de su afección pulmonar, se convirtió en otro hombre”.

Reinaldo Núñez: “Yo llegué aquí a Santiago perseguido, desde el norte, en 1934. Estuve preso en San Felipe por lo de Lonquimay.

“Después salí en libertad y llegué a Santiago cuando estaban en la Penitenciaría los delegados al Congreso de la FOCH, llegué justamente cuando comenzaban la huelga de hambre. Al día siguiente de llegar encontré trabajo en mi especialidad, de metalúrgico y al mismo tiempo empecé a participar en el trabajo político. Todos los días hacíamos mítines frente a la Peni, pidiendo la libertad de los compañeros. Enfrentándonos a la policía en choques violentos. Al que más le pegaron los pacos, no una sino varias veces, fue al Negro Vega. Como era diputado, le tocaba hablar siempre y recibir palos.

“De Chacón había oído hablar desde 1927 en Chuquicamata. Ya sonaba mucho,

casi como Lafertte. Decían que era roto muy gallo y yo pensaba: ‘Tengo que conocerlo a éste’. Lo conocí cuando salió de la Peni, después de la huelga de hambre. Fue como si hubiera encontrado a un hermano. Compartí mi mesa con él toda la vida. No tuve nunca un sí o un no con Chacón, yo que me han dado mala fama de mal genio.

“Como calderero, yo ganaba bueno. El salario lo daba vuelta entre todos los funcionarios sin sueldo del Partido. En mi casa no faltaba un plato para ellos y casi siempre, esa era la única comida que hacían en el día. Era un equipo reducido, pero de pelo en pecho. Chacón se llamaba ‘Encina’, por nombre de combate –mis niños le decían ‘Bencina de auto’–; andaba muchas veces con un banquillo de madera debajo del brazo: en cualquier esquina lo ponía en el suelo, se subía encima y vamos discurseando. Era una gran agitador. Estos camaradas vivían en la más tremenda miseria. Poco les faltaba para morir de hambre. Tirillentos. Como no tenían una chaucha, yo mismo les cortaba el pelo en mi casa (en 1938, cuando triunfó el Frente Popular, cerré la peluquería. ‘Ya no les corto más’, les dije)”.

Rosa Quiroz Vivanco: “Con Chacón y su compañera fuimos como hermanos. Cuando salíamos los invitábamos a todas partes. Para Fiestas Patrias, Año Nuevo, Santa Rosa... nos juntábamos siempre. Él era tan sencillo, agradable, muy alegre. Daba confianza.

“En el primer tiempo en Santiago vivíamos en García Reyes 40. Allá llegaban casi todos los días los compañeros del Regional, pero al comienzo no para reuniones políticas, sino para conversar y comer un plato.

“Un día que Reinaldo no estaba, me golpean la puerta.

“—¿Quién será? –pregunto yo.

“—¿Está el compañero Reinaldo Núñez?

“Eran como siete. Los miré y no conocí a ninguno.

“—Aquí no vive ningún compañero Reinaldo -les contesté y empecé a cerrar la puerta.

“—Permiso –dijeron, me echaron a un lado y se metieron. Yo, muy asustada; hasta que veo llegar a Chacón, a Lafertte y otro más. Ahí quedé más tranquila y ellos me explicaron: tenían una reunión y catearon unos agentes que andaban por ahí. Por eso habían llegado a la casa. Se juntaron como veinte esa vez.

“Después, ya se reunían regularmente en nuestra casa. No sé cómo no los pillaron nunca. La casa era en realidad una sola pieza, muy grande, como una bodega. A la calle, puro tabique de tablas. De afuera se escuchaba todo. Este era uno de los tres locales que tenía el Partido para sus reuniones clandestinas. Los compañeros le decían ‘La Casa de los Negros’. En Eyzaguirre estaba otro punto de reunión, ‘La Casa de la Viejita’ y por ahí por Cueto, ‘La Casa de las Hormigas’”.

VIII

El Frente Popular

En medio de la pelea comenzó a madurar el Frente Popular. En el verano de 1933 la Federación de Maestros tuvo un congreso en Concepción. Por participar en él, el ministro de Educación de Alessandri, Domingo Durán Morales (padre de Julio Durán Neumann), exoneró como a 200 profesores. La campaña en defensa de los profesores perseguidos se extendió a todo el país y unió por primera vez en acciones conjuntas a comunistas, socialistas, radicales y demócratas.

El Partido hacía esfuerzos por la unidad sindical. En Aconcagua se formó un comité que reunía a organizaciones de la Confederación de Sindicatos (los sindicatos legales que durante años habíamos boicoteado) y de la FOCH. En Valparaíso hubo un Congreso Sindical de Unidad. En el gremio de la construcción, en Santiago y otras partes, surgieron comités únicos con dirigentes de diferentes organizaciones y colores políticos.

Reinaldo Núñez: “En el período de 1934 a 1937 estaba en lo mejor, en Santiago, la lucha contra los trotskistas. Era una lucha ideológica y a mano armada. Cada noche caían compañeros muertos o heridos en la pelea contra la policía y los trotskistas. Por el otro lado, también había bajas.

“En eso llego un compañero, Montes, dirigente sindical mexicano que traía la orientación de la Internacional. Después de participar con nosotros en varias reuniones para conocer la situación, este hombre nos plantea la necesidad de conversar con los trotskistas para terminar con esta guerra civil y llevar adelante la unidad sindical a través de un comité coordinador. La cosa se discutió mucho y fue resistida por algunos compañeros, pero hubo que darse a la razón. La

Comisión Política del Partido nos designó a Chacón y a mí para realizar esta gestión.

“Los trotskistas estuvieron de acuerdo en entrar en conversaciones, pero exigieron que fuéramos nosotros al local de ellos y tuvimos que aceptar. Fue un domingo por la tarde. Cuando llegamos al local, Arturo Prat 1242, nos encontramos con que tenían un baile. Estaban Pablo López, Aquiles Jara, Solís y otros líderes esperándonos para conversar. Pero primero había que bailar. Y tuvimos que bailar, aunque no íbamos a eso. Bailamos con mucho cuidado, Chacón, Montes y yo, los tres casi sin movernos del sitio, Chacón y yo rodeando al compañero Montes, cuidándole las espaldas, mucho más preocupados de la posible delación o de una cuchillada que del compás o de nuestras respectivas parejas.

“Finalmente, después de varios tangos y one-steps, llegamos a la conversación y conseguimos cosas concretas. Un contacto que sirvió para el proceso de unidad sindical en la CTCH que vino después”.

Los funerales del senador radical Pedro León Ugalde se convirtieron en una manifestación política. Juan Luis Mery, dirigente radical-socialista, pronunció un discurso que subrayó la perspectiva de la unidad de las fuerzas de la Izquierda. Mery fue luego candidato a senador de la Izquierda unida para reemplazar a Ugalde. Ganó en las urnas. Su gran votación demostró el valor de la unidad en una ciudad como Santiago, que electoralmente era un bastión de la Derecha. Claro que la reacción, con uno de sus fraudes, hizo elegir al conservador Ureta.

Poco después, Justiniano Sotomayor propuso formalmente, en la Asamblea Radical de Santiago, la formación del Frente Popular.

En 1936 la unidad sindical había avanzado, aunque no existía todavía la nueva

organización. Pero, de hecho, la Confederación de Trabajadores de Chile, CTCH, ya estaba funcionando, y el Frente Popular ya estaba maduro y en marcha.

La huelga ferroviaria de ese año vino a ponerle el sello a la nueva alianza política. Fue un conflicto grande y embromado. Los agentes del Gobierno realizaron una serie de provocaciones, tratando de crear una situación propicia para la represión. Un incidente producido en Pilmaiquén le dio a Alessandri el pretexto que buscaba: decretó Estado de Sitio por tres meses y repartió más de dos mil relegados por diversos puntos del país, especialmente en las islas. Entre los relegados había gente de todas las corrientes de la oposición.

En 1936 mi compañera pidió su ingreso al Partido. Fue una emoción y una satisfacción personal. Su militancia y su actividad fueron más permanentes desde el año 40, en Valparaíso.

El campanazo, el anuncio de que venía la victoria del Frente Popular, lo dio la elección complementaria de un senador por Cautín y Bío Bío. Los partidos de izquierda unidos derrotamos a toda la Derecha junta. Hicimos senador a Cristóbal Sáenz.

La unidad se desarrolló también por otros cauces. En 1937 se organizó en Santiago el Comité Antifascista, en apoyo de la República Española. La Guerra Civil de España sacudió a Chile, ayudó a hacer madurar conciencias y trajo a la Izquierda a muchos intelectuales.

En 1937 también se realizó un Congreso Nacional Campesino en Santiago. Hubo más de 200 delegados.

Sesionamos en un caserón por ahí en la calle Santo Domingo. Se constituyó la Federación Nacional Agraria, en la que quedé como secretario general. Ya en ese tiempo, yo empezaba a dedicarme cada vez más al trabajo campesino.

Me ayudó a entender mejor este trabajo, y a conocer los problemas del campo, mi campaña a regidor por Talca. Sí, para allá me mandó el Partido como candidato. Caminé la comuna entera. Con un puñado de compañeros sacamos un periódico, “La Voz del Campo”, del cual yo era director, redactor y suplementero. Llegamos a vender dos mil ejemplares. Ganamos en votos, pero nuestros queridos aliados radicales nos robaron la elección.

José Vega Díaz: “El compañero Chacón era impulsivo. En 1933, cuando la Derecha organizó las Milicias Republicanas, se produjo una rosca tremenda entre gente de ese grupo y compañeros nuestros ahí en la calle Dieciocho. Voy pasando por ahí y veo a Chacón metido al medio, dando y recibiendo palos como un cabro. ¿Cómo lo sujetaba usted a ese hombre? Era muy difícil sujetarlo...”

“Cuando vino lo que llamábamos ‘el cambio de política’, la línea del Frente Popular, llevé a Chacón a una casa non sancta. El hombre no las frecuentaba. Al principio estuvo callado y huraño. Después, con los tragos, se alegró y se puso a bailar cueca. Era una maravilla cómo bailaba cueca ese hombre. Lo mejor que he visto en mi vida. ¡Un verdadero trompo!”.

El partido me designó Encargado Nacional Agrario de la campaña de Aguirre Cerda. Realizamos un trabajo muy amplio, ligando la cuestión electoral con la lucha contra el latifundio, organizando a los campesinos en sindicatos legales libres, levantando sus reivindicaciones. Nosotros fuimos los taitas en el planteamiento de la Reforma Agraria en Chile, no tenemos por qué dejar de serlo.

El 5 de septiembre de 1938 fue la masacre del Seguro Obrero, uno de los peores crímenes de Alessandri. No cabe negar por eso la responsabilidad del nazi González von Marées, que mandó a sabiendas a su gente al matadero. La masacre produjo consternación. Tuvo tremenda repercusión política y contribuyó a la victoria del Frente Popular.

Cuando recién había salido elegido Pedro Aguirre Cerda, fui a La Moneda a hablar con él y no me dejaron entrar. Tenían muy cerradas todas las puertas. Agarré una puerta a patadas hasta que se abrió. Un rádico me llamo la atención, pero conseguí hablar con el Presidente, que era lo que yo quería. No por algo personal, sin por encargo del Partido. Con Aguirre Cerda estuvimos trabajando como cuatro meses en un proyecto de sindicalización campesina. Pero Don Tinto era partidario de dejar las cosas como estaban en el campo y, con mucha habilidad, planteó que, por la situación política, era mejor dejar pasar un año antes de llevar ese proyecto al Congreso. Me dejé convencer. Lo malo fue que la Dirección de nuestro Partido también acogió ese planteamiento equivocado. Fue una gravísima metida de pata política. En eso, como en todo, hay responsabilidad colectiva, pero yo tuve buena parte de culpa.

La gran solidaridad del pueblo chileno con el pueblo español que luchaba contra el fascismo, se manifestó en muchas formas. El acto más inolvidable fue el recibimiento a los republicanos exiliados que venían en el Winnipeg.

Ese año llegó a Valparaíso, por primera vez, un barco soviético. Fue el petrolero Micoyan, que pasó a reaprovisionarse. Fui a bordo llevando el saludo de los comunistas chilenos. Me recibió el Comandante y me hizo visitar el barco entero. Me causó admiración que una mujer ocupara el cargo de 2º Capitán. Los camaradas traían a bordo una crianza de chanchos, para la alimentación de los tripulantes.

Lucía Chacón: “Aprendí a leer a los 3 años en el silabario. A los 6 ya sabía escribir a máquina. En los primeros tiempos, nunca pasaba un año completo en

una escuela: dos, tres meses... y había que cambiarse de casa o irse a otra ciudad, arrancando de la policía. A los 8 años, mi papá me llevaba a todos los actos, a las reuniones, a los locales sindicales y de partido. A veces me hacía recitar las poesías que aprendía en la escuela y después yo vendía los folletos mientras él hablaba. Más grande ya, quise estudiar medicina. Pero él insistió en que yo estudiara comercio, pensando tal vez, en forma práctica, que era más probable que pudiera terminar una carrera más corta. Cuando pasé a 2º, me quedé en Santiago, mientras él se iba a Valparaíso con mi mamá. En ese tiempo viví en la casa de Elías. En 1940, cuando fue elegido diputado por Valparaíso, nos fuimos todos a vivir allá. Vinieron entonces años más tranquilos, casi normales, hasta que empezó de nuevo la persecución, con González Videla”.

En 1941, el Partido me llevó de candidato a diputado por Valparaíso. Resulté elegido.

Reinaldo Núñez: “Se había organizado un gran homenaje a los diputados comunistas por Valparaíso, que eran Alfredo Escobar y Chacón. Pero los dos, que habían salido con permiso para descansar por dos días, se perdieron. No se presentaron en el Comité Central y nadie sabía dónde andaban. Galo, muy enojado, me mandó a mí para que representara al Partido y a los dos parlamentarios en el acto. Cuando llegué a El Melón, ya estaban allá los dos perlas, muy instalados, muertos de la risa.

“Fue una fiesta campestre en Nogales. Chacón bailó cueca en todas las ramadas que se habían levantado, incansable, hasta que la cosa terminó. Volvimos después al campamento de El Melón y un grupo de compañeros nos invitó a seguir el festejo en el local del Sindicato. Aceptamos y, al entrar, mi compadre se va muy decidido al piano y se pone a tocar una cueca de esas manimanimaná. Hay que ver el jolgorio que se apoderó de los mineros. Para celebrar a su diputado, tan filórico, empezaron a mantearlo: lo hacían volar por el aire de un grupo a otro, de lado a lado del local. Después, en confianza, yo le pregunté:

“—Oiga, amistad, ¿y de dónde aprendió usted esa gracia?

“—Tese callado —me dijo—, eso lo aprendí cuando cabro en las putas del barrio Matadero”.

Israel Wule: “Cuando Chacón fue por primera vez a la Cámara de Diputados, no quisieron dejarlo entrar porque iba sin corbata. Se empacó y se volvió a la casa. Le salió pelea con el Partido. Le llamaron la atención. Agachó la cabeza y aceptó ponerse corbata, pero a regañadientes”.

Como diputado, seguí dedicado al trabajo campesino. Para eso sirve el fuero. Fui a muchas sesiones, pero no hice gran uso de la tribuna parlamentaria. Cuando más, para plantear problemas de los trabajadores o para agujerearles los discursos a los reaccionarios.

“El señor Marín (don Raúl)... El sistema capitalista, como todos los sistemas humanos, está muy lejos de ser perfecto, pero en medio de sus vacíos, es el único compatible con las realidades de la vida...

“El señor Chacón (don Juan). Precisamente, no es humano el régimen capitalista”.

(Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 2 de Julio de 1941).

“El señor Rozas. Nuestra producción es insuficiente, nuestros productos son de débil calidad alimenticia, nuestra mala alimentación trae, por esto, su cortejo de calamidades...

“El señor Chacón. No es culpa de los campesinos”.

(Sesiones de la Cámara, 15 de julio de 1941).

“El señor Marín Balmaceda. Asumo la responsabilidad de estas palabras: entre partidos políticos que levantan la bandera del Soviet y el Ejército de Chile, mi Partido –que es liberal y democrático– ¡opta por el Ejército de Chile!

“Varios señores diputados: ¡Muy bien!

“El señor Chacón. ¡Vaya a hacer el servicio militar, primero!”

(Sesiones de la Cámara, 30 de julio de 1941).

“El señor Yrarrázabal. Queremos datos precisos; no tenemos las tragaderas de los asistentes a asambleas políticas.

“El señor Chacón. Es una lástima que Su Señoría no lo sea; ya habría sido apaleado unas cuántas veces”.

(Sesiones de la Cámara, 11 de agosto de 1941).

Me tocó atender huelgas campesinas no solo en la provincia de Valparaíso, sino en casi todas las regiones agrícolas de Chile. Los parlamentarios comunistas tienen que atender bien su zona, pero no son regionalistas. Son profesionales de la revolución y adonde el Partido lo manda, uno va. Fue una época de muchos movimientos, casi siempre impulsados por nosotros, por mejores salarios y otras

reivindicaciones que permitían ir haciendo conciencia de la necesidad de la reforma agraria. Muchas de estas huelgas triunfaron. El ejemplo cundió y el Partido echó raíces firmes en varias zonas agrarias.

Reinaldo Núñez: “Siendo diputados, Chacón y yo formábamos parte también del Consejo de la CTCH. Él era el representante y el líder de los campesinos, una de las más grandes figuras del movimiento campesino de todos los tiempos. Chacón repartió mucha tierra, en el sur especialmente, sin dejarse amarrar por legalismos, a través de movimientos de masas. La gente del campo lo quería porque era uno de los suyos, vivía con los campesinos, les ayudaba en sus faenas, andaba a caballo, domaba potros, festeaba con ellos. En la Hacienda Mariposas, de Talca, que era de propiedad del Seguro Obrero, surgió un conflicto.

“El administrador, muy perro y matón, no permitía entrar a los dirigentes de la CTCH y no quería ni hablar con los inquilinos, que tenían su sindicato.

“Como yo era Consejero del Seguro, Chacón me pidió que lo acompañara a ver si podíamos hacer entrar en razón al hombre. Además yo lo había conocido en otros tiempos, como deportista, y había jugado fútbol con él, en el mismo club. Por eso, esperaba encontrar mejor disposición.

“No hubo tal cosa. Me desconoció y sin hacernos entrar dijo que no tenía nada que hablar con nosotros. Lo acompañaba un hermano, grandote, que se mostró amenazador y que andaba armado.

“Chacón, muy tranquilito, me dijo:

“—No alegue, compadre. Vamos a buscar a los compañeros montados y después venimos a entendernos con éste.

“Nos retiramos de las casas de la administración y fuimos a hablar con los campesinos, que estaban medio desesperados y dispuestos a todo. A la media hora volvimos, con treinta hombres a caballo. El de adelante traía el estandarte del sindicato. Echamos abajo las trancas de la entrada y dimos varias vueltas al galope alrededor de las casas de la administración.

“Delante de esta masa montada y mal agestada, muchos de escopetas y otros con echonas o palos, al administrador se le doblaron las piernas. Se puso como seda. Dijo que él nunca..., que tenía el mejor espíritu..., las puertas estaban abiertas, etc. Total, que empezamos a discutir el pliego y el conflicto quedó resuelto en un dos por tres”.

Cuando fui diputado, empecé a leer más. Me atreví con las obras escogidas de Lenin, el material que más me ha permitido alimentar el desarrollo de mi conciencia. De Marx leí Economía Política y algunas partes de El Capital; El Manifiesto Comunista y El 18 Brumario. También le hincué el diente a la literatura: La madre, de Gorki; Poema pedagógico, de Makarenko; Así se forjó el acero, de Ostrovski. También libros de autores nacionales, Sub Terra, de Baldomero Lillo y Ranquil, de Reinaldo Lomboy.

Pero, claro, un diputado comunista no lleva una vida descansada. Me tocaba viajar mucho en la labor de organización campesina. Grandes batallas contra los terratenientes se dieron en Trinidad, Lliu Lliu, Limache. En la zona de Parral ayudamos a los trabajadores agrícolas para que pasaran pliegos simultáneos en seis fundos: Retiro, San Nicolás, San Ramón, De los Robles, Santa Delfina y Manzano. Esto nunca había ocurrido antes. Los dueños de fundos me aborrecían (me aborrecen todavía) y me bautizaron “Juan Bribón”. A mucha honra.

Mundo Chacón: “En Valparaíso vivíamos en el cerro Las Cañas. Eran unas casas de madera, construidas durante el gobierno de Ibáñez. Mi mamá comenzó a militar más regularmente, primero en la 2ª y después en la 4ª comuna. Antes, durante el segundo gobierno de Alessandri, había estado en el Socorro Rojo Internacional, que se preocupaba de ayudar a los presos políticos. Desde 1925, participaba en el Sindicato de Peleteros, una organización poco combativa, no afiliada a la FOCH ni a la CTCH, que practicaba actividad de tipo más bien mutualista, con veladas literario-musicales, actos de aniversario, paseos al campo. En el Cerro, mi mamá impulsó una Comisión Cultural, dentro de la Junta de Vecinos, que formó un grupo de teatro infantil y que organizaba fiestas para los niños. Me acuerdo haber andado metido en una de esas veladas, vestido de mexicano o algo parecido”.

Lucía Chacón: “En el cerro Las Cañas causó gran impresión que Juan Chacón, ahora de diputado, volviera a vivir en la misma rancha de madera donde había vivido en tiempos de Ibáñez. Nuestra vida era más desahogada (comíamos todos los días), pero muy sencilla. Como es norma en el Partido, mi papá entregaba su dieta íntegra y recibía un sueldo equivalente al de un obrero. El cerro era bravo. En las noches asaltaban y, como él volvía tarde, se acostumbró a andar armado. Tenía un revólver español. Le tocaba viajar muy seguido a diversas localidades para atender problemas campesinos. Se iba con manta, pero no siempre volvía con ella. Porque a veces le daba pena la situación de algún compañero y entonces se la dejaba. O le regalaba el vestón y volvía con la pura manta encima de la camisa. Mi mamá se desesperaba”.

En los cerros de Valparaíso, en las plazas y en las calles, dimos una gran batida contra los nazistas, que trataban de imponerse por medio de la violencia, según el modelo alemán. Los jóvenes comunistas de la Joven Guardia y grupos obreros organizados y dirigidos por el Partido chocaron con las bandas nazistas muchas veces y las derrotaron en su propio terreno.

Lucía Chacón: “En 1941, mi papá fue separado de la Comisión Política del Partido. En el Comité Regional de Valparaíso se propuso poner municiones en

la comida, en una proclamación de Ibáñez, que era candidato a la Presidencia (había cocineros comunistas en el lugar donde se efectuaba el acto). Esta proposición fue discutida largamente y aprobada. Al comienzo, mi papá estuvo en desacuerdo, pero después cedió a la opinión de la mayoría. Esto lo supo Galo. A mi papá lo llamaron a la Comisión de Control, en Santiago, y le dijeron que había caído en una verdadera provocación. La Dirección decidió sacarlo de la Comisión Política. Sufrió una impresión tan fuerte que, en el tren, cuando iba de vuelta a Valparaíso, le dio un infarto. Aguantó los dolores sin decir nada y bajó del tren por sus propios pies. En la casa notamos que se sentía muy mal, pero se resistió a ir al médico. Cuando al fin lo convencimos, el doctor acordó hospitalizarlo inmediatamente. Estuvo reposando casi un mes. Nunca quiso hablar de la sanción que había recibido ni aceptó que se comentara delante de él. Mi mamá y yo estábamos indignadas”.

José Vega Díaz: “En 1941, siendo Chacón diputado por Valparaíso y a la vez Secretario regional del Partido en esa provincia, le tocó trabajar en una elección complementaria. Nosotros apoyábamos al candidato radical Aníbal Cruzat. Chacón le dio a la campaña un tono sumamente combativo. A veces se le pasaba la mano. En un discurso dijo que íbamos a ‘pasar a degüello’ a la reacción y organizó unas brigadas contra el cohecho que sembraron el terror, a bombazo limpio, en las secretarías electorales derechistas. Se impidió realmente el cohecho y Cruzat ganó por amplia mayoría. Pero Aguirre Cerda se alarmó y le mandó decir a Chacón que ‘no era para tanto’, ‘que no exagerara’”.

Desde 1941, sin dejar de preocuparme de los asuntos campesinos, como principal tarea, participé en la Comisión de Defensa de la Cámara. En 1942, me invitaron, como miembro de esa Comisión, a un banquete que se ofrecía en el acorazado Almirante Latorre al Presidente del Paraguay, Moriñigo, que estaba de visita. En el almuerzo, Juan Antonio Ríos la agarró conmigo. Ríos parecía muy serio, pero era tallero. No me quedé atrás y entre broma y broma le pedí al visitante la libertad de los presos políticos del Paraguay. Lo grande fue que Juan Antonio me apoyó en esto. Moriñigo prometió ver la cosa. Cuando regresó a su patria, cumplió el hombre.

Con el presidente Ríos tuvimos, no digo amistad, pero sí mutua simpatía. Era serio, francote, de una pieza. Con él, uno sabía a las claras qué terreno pisaba. Una vez los pesquisas le dijeron que yo andaba en actividades conspirativas con los marinos (me había reunido en la Cámara, abiertamente, con algunos jefes de la Marina, para estudiar un proyecto de ley que mejoraba sus rentas). Ríos me mandó llamar a La Moneda y me recibió en los cachos:

—Oye, “ache”, así que me estái sublevando la Escuadra...

—Claro —le dije yo—, tengo todos los botes de la caleta El Membrillo listitos para echar a pique el Latorre.

Se rió y después escuchó mi explicación. Sacudió la cabeza y dijo:

—Lo que pasa es que estos gallos de Investigaciones no te quieren, oh...

Otra vez nos tocó ir a almorzar juntos a la Escuela de Caballería de Quillota. Blas Roca me había mandado de Cuba un puro así tan grande. A los postres, Juan Antonio me ofreció cigarrillos. Yo saqué mi puro:

—No —le dije—, gracias, yo tengo de estos otros... Como Ríos me echó al tiro una talla, le retruqué:

—Estos les corresponden a los trabajadores del campo, no a los burgueses...

Los milicos se morían de la risa.

Reinaldo Núñez: “En el período de Juan Antonio Ríos se produjo una huelga de matarifes que se complicó rápidamente. El Gobierno puso un interventor militar y los milicos reanudaron la matanza de animales. Los matarifes hacían desfiles y tenían casi todo el barrio bajo su control. Algunos jefes policiales eran partidarios de lanzar un ataque violento contra los huelguistas y hacer correr la sangre.

La Comisión Política nos designó a los dos con Chacón para ver el asunto. Para allá fuimos. En la entrada del Matadero por Arturo Prat había un grupo de gallos macizos, con pantalones arremangados y los pies salpicados de sangre. Cada uno tenía su puñal a la cintura. Habían estado faenando hasta la llegada de los milicos. Les dijimos que éramos dirigentes de la CTCh, pero no nos creyeron. Entramos y nos pararon varios soldados con fusiles bayoneta calada. Pedimos hablar con el interventor militar. Discutimos varias horas con él. Salimos en la tarde, ya oscureciendo. En el bolsillo traíamos una fórmula que podía servir para un principio de arreglo. Afuera encontramos al mismo grupo de matarifes de guardia. Les dijimos que existía posibilidad de resolver el conflicto en forma favorable para ellos.

—Vayan al sindicato —nos dijo uno.

—Vayan —dijo el otro—, pero nosotros no respondemos.

“El sindicato funcionaba en el local de un Club Social, en Franklin, que era más bar que club. En cuanto llegamos a la entrada, un grupo grande se nos viene encima (los huelguistas esperaban en cualquier momento un asalto de la policía). Nos paramos en seco y yo eché mano al revólver. En eso, el que venía al frente del pelotón grita:

“—¡Nadie se mueve!

“Era un negro chascón, con un tajo profundo en la frente. Muy asombrado dice:

“—¿Que no es el ganchito Chacón Corona?

“Y le da un gran abrazo. Después advierte:

“—Aquí nadie toca a estos amigos. Son amigos míos.

“Después de este encuentro, pudimos hablar con los líderes. Pero no en una reunión, ni en asamblea. Estaban repartidos en las mesas del bar y nosotros fuimos pacientemente, de mesa en mesa, explicando lo que habíamos tratado con el Interventor.

“Al día siguiente, el Partido me mandó a provincia y Chacón asistió solo a la asamblea del sindicato. La fórmula de solución fue aceptada y además le hicieron un homenaje el patagüino de grande. Lo declararon el auténtico diputado del barrio Matadero”.

IX

El tiempo del traidor

En la campaña presidencial de Gabriel González Videla estuve a cargo otra vez del Frente Agrario.

Elegido el traidor, comenzó una gran batalla por la cuestión de los funcionarios comunistas. Sin esperarlo, me encontré al medio del cahuín. Los dirigentes radicales me objetaban a mí. El Partido me había designado para vicepresidente ejecutivo del Instituto de Economía Agrícola. González Videla, personalmente, les dijo a los compañeros:

—Miren, hombres, lo único que sacaremos con la presencia de Chacón en el Inecona será asustar a los agricultores. Yo no puedo pelear con ellos porque son pilares de nuestra economía.

La respuesta fue terminante: o admitía a Chacón o el Partido retiraba a todos sus militantes de los ministerios y puestos públicos y daba a conocer al pueblo lo ocurrido, que era una traición al programa prometido. Tuvo que ceder. Con ese tranco empezamos. Mis relaciones con el traidor fueron siempre cortantes, nunca amistosas. Después se echaron a perder más.

Mundo Chacón: “Desde 1945 nos habíamos venido a vivir a Santiago. En un terreno de la ‘Mamita’ Núñez, esposa de un dirigente de la Mancomunal, en calle Mirador 1946, mi papá ayudado por un maestro carpintero levantó una mejora de 3 por 3, con piso de tierra, donde estuvimos hasta 1947. Ese año nos cambiamos a una casa de la Caja de la Habitación, en Vivaceta. En esa casa

nos pilló la represión”.

Fui vice del Inecona durante cuatro meses. Los miembros del Consejo eran derechistas y me boicotearon desde que llegué. Bastaba que yo propusiera algo para que lo rechazaran en bloque. Lo único que me quedaba era actuar conforme al espíritu y la letra del Programa de gobierno que el pueblo había aprobado, echarme al bolsillo las resoluciones reaccionarias del Consejo y denunciar públicamente sus sucios manejos. Así lo hice.

“El personal subalterno me recibió también con desconfianza al comienzo, pero luego, los que cumplían honradamente sus funciones, se encariñaron conmigo. No así otros, como el encargado del Silabario Campesino, por ejemplo, que jamás trabajó en el Instituto, pero que todos los meses puntualmente iba a cobrar su sueldo.

“Antes que yo llegara se trabajaba en las oficinas apenas unas horas en la tarde. Después, como vieron que mi labor comenzaba a las 8 de la mañana y duraba las ocho horas, todos se fueron acostumbrando a ese nuevo horario. Era la primera vez que esto ocurría en la historia del Instituto. Por ello, El Imparcial y Las Últimas Noticias me acusaron de: ‘demagogo’, ‘ogro’, ‘dictador’ y de mantener ‘una actitud hostil hacia el personal modesto’. Me acusaron también de aprovecharme del régimen para conceder puestos privilegiados a mi familia, porque mi hija Lucía, recién salida del Instituto Comercial, iba a ayudarme. Jamás recibió ella ni un centavo del Fisco.

“Me acusaron de ‘desprestigiar el Servicio’ porque cuando usaba el auto no me iba en el asiento trasero, sino al lado del chofer. ‘El vice comunista del Inecona – decía El Imparcial– se ha rebajado de su demagogia al extremo de convertirse en pioneta de su chofer’”.

(Entrevista a Juan Chacón Corona, El Siglo, 17 de septiembre de 1963).

Una de las primeras escaramuzas se produjo cuando hice salir de mi oficina a una delegación de terratenientes trigueros, molineros e industriales del pan, que iban a pedir alzas. Se fueron furiosos a quejarse ante el traidor. Minutos después éste me llamó por citófono desde La Moneda para llamarme la atención por haber tratado mal a “estos caballeros”. De paso, me insinuó que debía “estudiar” con ellos las alzas que pedían. Le dije que él era el Presidente de la República y yo del Inecona por voluntad del pueblo, para cumplir un programa.

—Mientras yo esté en este puesto —le dije— no firmaré ninguna autorización de alza. Tampoco voy a renunciar voluntariamente. Si usted quiere me echa. Entonces yo mismo le voy a explicar al pueblo por qué usted dio ese paso.

Se suavizó, me dijo que no me enojara y terminó diciendo que un día de esos me iba a invitar para conversar a solas. No me invitó nunca.

Arreció entonces la campaña de prensa y radio contra el Partido y en especial contra mí. La revista Topaze me sacaba en todos los números.

Como los terratenientes no entregaban el trigo para crear escasez de harina y de pan, ordené requisar todo el trigo de las mismas eras, usando camionetas del Inecona y del Comisariado. La gritadera fue espantosa. Después, yo mismo me preocupé de asegurar la distribución y el abastecimiento tanto en Santiago como en provincias.

El sabotaje en contra de nuestra política era fuerte. Lo hacía la Derecha con todos sus medios y también lo hacían solapadamente muchos funcionarios del Gobierno. Por ejemplo, cuando quise despachar harina para el norte, me negaron fletes en los Ferrocarriles del Estado. Viajé a Valparaíso y me encontré con que

había un barco listo para zarpar a Antofagasta con sus bodegas repletas de vino. Hablé con el Intendente y le pedí que autorizara la descarga del vino para cargar harina en su reemplazo. Se negó a hacerlo. En vista de eso, conversé con los dirigentes de los obreros portuarios y estibadores y ellos organizaron una asamblea para tratar el asunto. Hablé en la asamblea, expliqué la situación de escasez que vivía el norte y el escándalo que significaba mandar vino en vez de alimentos. Les propuse que descargaran el vino y cargaran la harina. Aceptaron por unanimidad. La faena se realizó en tiempo récord. Fue grande la alegría de los nortinos. Hasta unas monjas me mandaron un telegrama de felicitación.

Los terratenientes pateaban de rabia. Entonces recurrieron a la canallada. La prensa y la radio subieron aún más el tono de sus ataques y comenzaron a acusarme de toda clase de irregularidades (el Inecona había sido antes una “mina de oro” para muchos aprovechadores. Hubo negociados famosos, como el de los sacos comprados en la India, con reparto de comisiones que llegaban a 8 ó 10 millones de pesos de entonces). En vista de esta lluvia de barro contra el Partido y contra mí, yo mismo pedí a la Contraloría que realizara una completa investigación. Pese a que los reaccionarios movilizaban testigos comprados tratando de demostrar mis “delitos”, el dictamen final demostró la absoluta corrección de la gestión comunista.

Al iniciarse la represión dejé de ir a mi oficina del Inecona. La policía me buscaba. Durante meses, dos pesquisas estuvieron de guardia cerca de mi casa.

Por radio me llamaban para que fuera a buscar una plata. ¡Miren la diablura! No tuve interés en ir. Supongo que esa plata todavía estará esperándome ahí.

Pasé a la ilegalidad y me fui al sur en auto, con un amigo del Partido. Paramos en San Fernando, donde transmití algunas instrucciones del Comité Central para la organización de trabajo clandestino. Lo mismo, después, en San Rosendo y en Temuco. Varias semanas después anduve recorriendo la zona sur, conversando con los compañeros, afirmando o reconstituyendo los Comités Regionales o

Locales más golpeados por la represión, explicando la línea del Partido y la forma de trabajar en las nuevas condiciones.

La Policía Política me buscaba. Pero andaba muy perdida. Mientras yo recorría el sur, ellos me “seguían la pista” con perros sabuesos por los cerros de La Calera. Al parecer, creían que yo andaba por esos lados con los trabajadores del cemento. Topaze publicó en esos días una caricatura en la que salía yo con jockey, pintando en la muralla un letrero que decía: “Andan buscando a Juan Chacón Corona”.

En el sur estuve casi todo el tiempo de la represión. Viví entre mis hermanos mapuches, con quienes aprendí entonces a hablar en su propia lengua. Me resultó fácil, seguramente porque en mi niñez mi madre ha de haberme hablado en mapuche.

Durante esos dos años que pasé fuera de la casa fui Ramón Pérez Otárola, Don Ramón, Álamos y Robles. A nombre de Ramón Pérez Otárola tenía una recomendación de una empresa maderera, en papel con membrete; decía que este caballero era de muy buena conducta y que tenía cuenta corriente en el Banco. La recomendación llevaba la firma (falsa) de Arturo Matte Larraín. Con ese documento tuve una buena salvada en Angol. Cuando el tren iba llegando a la ciudad, subieron carabineros y comenzaron a pedir carnet de identidad a todos los pasajeros. Haciéndome el distraído, me bajé por el lado contrario a la estación. Un carabinero me paró y me pidió carnet. Me lo busqué en los bolsillos y “no pude” encontrarlo:

—Parece que lo dejé en otra ropa —le dije— pero tengo esto.

Le pasé la recomendación de Arturo Matte. El paco la leyó, me la devolvió y me saludó con todo respeto.

En Los Ángeles, en la mitad de una reunión partidaria, alguien vino a avisar que me buscaban. En auto, un compañero me llevó a Freire y me acompañó después a la estación del ferrocarril central. Llegué sin más contratiempo que haberme caído al río cuando lo cruzaba en balsa.

Roberto Landaeta: “Al comenzar la represión de González Videla, el Partido nos mandó al sur. Chacón pasó a llamarse Don Ramón y tuvo a su cargo el Comité Regional de Cautín. Santos Leoncio Medel, con el nombre de Don Guillermo, atendió los Regionales de Osorno y Llanquihue. A mí me tocó Valdivia, con el nombre de Don Carlos.

“Nos correspondió ver de cerca la acción fraccional de Reinoso que, desde el cargo de secretario nacional de organización, trataba de socavar la autoridad de la dirección y de llevar al Partido a la división. El Comité Central acababa de proponer su ‘Plan de Emergencia’, que constituía una nueva política, más realista, para tratar de restablecer la unidad de la clase obrera y para luchar contra el Gobierno de González Videla en un frente más amplio.

“Reinoso creyó que en nosotros tres iba a encontrar campo propicio para una línea aparentemente ‘dura’, aventurera, con ribetes anárquicos. Creyó que por temperamento nos íbamos a entusiasmar con sus planteamientos de ‘acción directa’ y lucha frontal en pequeños grupos armados.

“La reunión fue verdaderamente notable. Reinoso inicio un ataque indirecto, emboscado, contra Galo y la dirección central. Se fue dejando caer de a poco, insinuando dudas y críticas, dando a entender que el ‘Plan de Emergencia’ era expresión de cobardía, punto menos que la traición y la entrega al gobierno del traidor. Aquí se manifestó una vez más la conciencia de clase de Chacón y, al mismo tiempo, su intuición campesina, su falsa cachaza, su diablura. Medel y yo, ingenuamente, brincábamos al notar los ataques solapados de Reinoso y

estábamos a punto de estallar. Chacón sonreía, hacía breves inclinaciones de cabeza como asintiendo y, por debajo de la mesa, nos daba unas patadas feroces para que estuviéramos callados, para que le diéramos cañuela al bellaco y así pudiéramos saber hacia dónde iba. Reinoso expuso gran parte de su plan. Para completar las cosas, en la noche los compañeros le cargaron la mata haciéndolo beber, por insinuación maquiavélica del mismo Chacón. Curado, cantó más que Gardel. Al día siguiente, Reinoso siguió viaje y Chacón, por su lado, se fue a Santiago a informar de lo que habíamos descubierto. Nuestro informe vino a completar los antecedentes que ya tenía el Comité Central sobre la actividad fraccional de Reinoso.

“No obstante, la expulsión de Reinoso nos causó preocupación. Cuando se produjo, Chacón ya había vuelto y no teníamos antecedentes completos de lo sucedido. No dudábamos de la justeza de la medida pero temíamos el efecto que pudiera producir en la base del Partido. Reinoso había sido el secretario de Organización, había estado en contacto casi permanente con el Partido de todo el país y, como dirigente, se le respetaba. Nos reunimos los tres para ver en qué forma llevábamos el asunto a los compañeros, cómo evitábamos el peligro de división. Chacón planteó entonces una cosa terminante y clara:

“—¿Dónde está el Partido? No hay ninguna duda: donde están Lafertte y Galo González.

“Sin estar armados de todos los antecedentes, ni de un análisis acabado de los hechos, este planteamiento tan tajante que equivalía a decir ‘el Partido está donde está la clase obrera’, nos permitió salir adelante”.

Pese a la persecución, manteníamos nuestras conexiones, nuestros organismos y nuestro trabajo de masas. En Nueva Imperial reunimos a delegados indígenas de varias reducciones en una conferencia que duró un día entero. Al terminar cantamos La Internacional a toda voz. Estábamos terminando de cantar, cuando una compañera que escuchaba la radio en la casa, dijo:

—¡Oigan! Aquí nombraron al compañero Chacón...

Nos llamamos para oír. Era una declaración del Director General de Investigaciones de que sus sabuesos me tenían cercado y que iba a caer en sus manos de un momento a otro... en Copiapó. Nos reímos y después cantamos La Internacional de nuevo, con más ganas de antes.

En Temuco, en un recinto que los terratenientes usaban para exposiciones ganaderas, juntamos a 40 delegados del Partido, de las provincias sureñas, de Concepción a Llanquihue, en una reunión que duró desde las 11 de la noche hasta la 6 de la mañana. Mientras tanto, según los diarios, la policía me pisaba los talones en Valparaíso.

Viví en casas de varios compañeros en Temuco. Uno de ellos, un médico, se encontró un día con un radical. Con mucha seguridad, el rádico le dijo:

—¡Que andan buscando a ese Chacón Corona en Chile! Si está en Argentina, hombre... Se compró dos estancias con la plata que se robó en el Inecona.

Una vez me sucedió algo grave. A la casa donde me encontraba escondido en Santiago, entraron una noche ladrones, que me robaron toda la ropa. Como en mi vestón estaba mi carnet de identidad y también mi carnet de Partido, y ante el peligro de que eso cayera en manos de la policía, tuve que huir en calzoncillos a la casa de otro amigo, que por suerte era cerca. Allí me prestaron un traje que me quedaba chico, estrecho y corto. Tenía además la barba larga hasta el pecho y los pelos casi me tapaban las orejas. Por eso, cuando llegó mi hija, que recibió el encargo de llevarme ropa, no me reconoció. Yo estaba sentado y ella entró, con su uniforme del Comercial y un paquetón en los brazos.

—¿Estará don Ramón? —preguntó.

—Con él habla —le dije.

Durante mi ausencia de dos años, mi familia pasó terribles pellejerías.

Lucía Chacón: “Pasamos hambre. Hubo días enteros en que no tuvimos para comer más que el pan que nos regalaba un repartidor amigo y una agüita caliente con un poco de azúcar. Recién egresada del Instituto Comercial, yo no encontraba trabajo en ninguna parte. Mi único traje era el uniforme del Instituto y no daba, parece, la idea de que podría realizar trabajos de contabilidad o de oficina. En vista de eso, conseguí una pega de obrera en un taller mecánico. Aprendí a soldar, a remachar, a pintar y, finalmente, me especialicé como tornera. Pero el salario era poco —¡era lo único que teníamos para mantenernos los tres!— y el trabajo inseguro. En una tienda me tomaron de cobradora. Me mandaron a cobrar los clavos. Cuentas impagas mucho tiempo. Los deudores eran tan pobres que se me partía el corazón y a veces me quedaba ayudando a la dueña de casa o cuidando las guaguas mientras ella iba a comprar verduras.

“Oí decir que el dueño de una fábrica de chocolates era hombre progresista. Fui a hablar con él y le dije:

“—Vengo a pedirle trabajo. Mi papá es Juan Chacón Corona, que está perseguido por cuestiones políticas, por comunista.

“Me quedó mirando con la boca abierta... y me dio un puesto de secretaria-taquígrafa. Ahí duré un tiempo.

“Mi madre quedó reducida a los huesos y la piel. Casi no comía y la consumían los nervios. Vivía pegada a la radio, escuchando cuanto boletín informativo daban, siempre temiendo que algo le pasara a mi papá. La represión fue muy dura para ella, sobre todo porque llegó después de tantas esperanzas”.

Mundo Chacón: “En el tiempo de la represión, mi mamá intentó conseguir trabajo en sus antiguos oficios de sombrerera y peletera, pero la persecución también se extendía a los familiares de los comunistas. Estaba en lista negra y solo la tomaban, por pocas semanas, cuando en alguna industria fallaba alguien o tenían pedidos urgentes. Una verdulera amiga de mi mamá (se trataban de ‘comadre’) nos salvó del hambre total algunos días. Nos ‘fiaba’ papas, verduras, alguna fruta y nunca quiso recibirnos dinero alguno, cuando llegamos a hacer amago de pagarle. Era católica y se había empeñado en bautizarnos a Lucía y a mí. En eso le fue mal. Una tarde mi mamá me mandó a la botica a comprar un remedio (ya estaba enferma del cáncer que se la llevó). Me dio un billete de cien pesos que, para nosotros, en ese tiempo, era una cantidad muy importante. Era el sueldo de una semana de Lucía. Salí corriendo y cuando llegué a la botica no tenía la plata. La busqué desesperadamente y no la encontré. Era una catástrofe. Cuando se lo dije a mi mamá, se puso a llorar. Yo también lloraba y entonces ella se recuperó y trató de consolarme. Con Lucía salimos otra vez a buscar el billete. Nos pilló la noche buscando los cien pesos en cada piedra, en cada adoquín, en cada baldosa de Vivaceta. No los encontramos. En ese tiempo yo debo haber tenido unos diez años de edad.

“Sentimos la represión y también la ayuda fraternal de gente como nosotros. Durante todo ese tiempo, por ejemplo, me daba almuerzo la portera de la escuela ‘Guillermo Matte’ en Santa Rosa. Fue mi mamá la que más sufrió”.

X

Pisagua y otros viajes

En el segundo gobierno de Ibáñez la política estuvo, como nunca, llena de complicaciones y virajes. Nuestro Partido seguía proscrito, pero con la pelea de masas había conquistado una semilegalidad. Tenía parlamentarios, crecía y se hacía respetar. Muchos recordábamos el tiempo de la dictadura y algunos creían que venía una represión peor que la de González Videla. Pero las cosas habían cambiado en Chile, el movimiento popular había ganado posiciones y experiencias y supo salir adelante.

Ibáñez partió con ímpetus reformistas y antiderechistas. Lo apoyamos en algunos cosas, como la creación del Banco del Estado, pero le hicimos la cruz en su política antiobrera y proyanqui. El cuadro político cambiaba todos los días. Por La Moneda desfilaron como 80 ministros. La inflación batió todos los récords. Los trabajadores hicieron los paros nacionales más grandes de la historia.

Nuestro Partido fue golpeado, cuándo no. Hubo procesos, complots sintéticos, carcelazos, clausuras del diario El Siglo y salvajadas como la matanza del 2 de abril de 1957 y el asalto a la imprenta Horizonte. Pero peleamos. En 1958 levantamos un nuevo frente político empujando al propio gobierno, y echamos abajo la Ley Maldita.

Me libré de Pisagua en el período del traidor... y vine a conocerla con Ibáñez. Fue en 1956, a raíz de un paro general. El gobierno hizo detener a toda la plana mayor de la CUT y a muchos otros dirigentes sindicales.

También caímos varios miembros del Comité Central del Partido: Corvalán, Zorrilla, Volodia y otros; dirigentes socialistas y de otros partidos. A los sindicales los metieron a la cárcel, los procesaron. A los políticos nos fletaron a Pisagua.

El procedimiento policial fue tan rápido, que casi todos llegaron con lo puesto, sin una camisa limpia para cambiarse, ni una frazada para taparse en la noche. Yo no. Yo llegué con una gran maleta de ropa. ¿Por qué? Cuando fueron a buscarme a mi casa en Vivaceta, atranqué la puerta y le dije a mi compañera que me preparara la maleta. Los tiras golpeaban, pateaban y amenazaban con echar abajo la puerta.

—Échenla abajo no más –les contesté y seguí vistiéndome. Me afeité, tomé desayuno, me despedí de la compañera y los niños. Recién entonces abrí.

Lucía Chacón: “Cuando mi papá salió a la calle los agentes quisieron tomarlo de los brazos.

“—¡No me agarren! –les gritó él, con tanta furia que retrocedieron. Partió tranqueando adelante muy decidido con su maleta. Dos tiras detrás.

“Tres o cuatro agentes más se pusieron a registrar la casa. Yo estaba en camisa de dormir todavía y me dedicaba encerrada en mi pieza a destruir una libreta con direcciones de las Juventudes Comunistas. Formaba parte en ese tiempo del Comité Ejecutivo. Los trocitos de papel los dejaba caer por la ventana que daba a otra calle. La casa estaba en una esquina. En eso llega corriendo un tira que habían dejado de guardia abajo y dice:

“—¡Por una ventana están botando papeles!

“—El jefe de los policías le preguntó a mi mamá: —¿Quién está ahí?

“—Esa es la pieza de la niña –le contestó ella. Se encogieron de hombros y no le dieron importancia a la cosa. No se asomaron siquiera a mi dormitorio. Tal vez creyeron que yo era una niña pequeña. Mientras tanto, yo estaba casi ahogada tragándome la libreta hoja por hoja.

“Con los libros y papeles de mi papá, los tiras se llevaron hasta los cuadernos del colegio de mi hermano. Unos días después, volvieron preguntando por mí, pero yo había volado”.

Volodia Teitelboim: “En Pisagua en 1956, durante la relegación, celebramos su cumpleaños. Cumplía 60 y era tal vez el más tranquilo, el más alegre, el más firme de todos. No se sentía, en absoluto, acogido a retiro, a pesar de que ya su salud no era la de antes. Era el más entusiasta en los cursos, en la organización de la vida del Partido y de la vida diaria de la gente. Estaba dispuesto a participar en todo, desde un grupo coral hasta una excursión de pesca.

“Hombre de buen diente, nunca tuvo ni creó un problema. Sobrio, carente de toda jactancia, me pareció grande por su actitud moral, por su pasta de puro pueblo, por su absoluta y profunda chilenidad”.

En octubre de 1956 viajé a China con los compañeros Santos Leoncio Medel y Galvarino Melo. Era primera vez que salía de Chile. Asistimos al 8º Congreso del Partido Comunista de China y en él me tocó hablar a nombre de la delegación chilena. Fue un buen Congreso, con buenas resoluciones. Pero se las

echaron al bolsillo. Poco después de ese Congreso, algunos dirigentes chinos empezaron a trabajar para la contrarrevolución. Hicimos una gran recorrida por China y vimos en muchas partes cómo los ingenieros soviéticos ayudaban a instalar la base de la industria pesada.

De vuelta pasamos casi dos meses en la Unión Soviética. Visité Leningrado, Stalingrado y Moscú. Vi la fuerza del socialismo. De esas experiencias otros compañeros pueden hablar mucho mejor que yo. También estuvimos unos días en Checoslovaquia, Italia y Francia.

El 2 de abril de 1957 hizo crisis la enfermedad de mi compañera. En mayo la operaron de urgencia en la Posta de Hospital José Joaquín Aguirre, pero ya no había nada que hacer. Murió en septiembre del mismo año. Mis hijos ya estaban casados. Por primera vez me sentí solo, viejo y enfermo.

Lucía Chacón: “La muerte de mi madre afectó mucho a mi padre. Por fuera parecía el mismo de siempre, pero nos dábamos cuenta que se sentía mal. Se mantenía derecho, firme, pero se fatigaba. Se le agudizó el asma cardíaca que venía sufriendo en los últimos años. Sin embargo, seguía trabajando en la medida de sus fuerzas, en el frente campesino que fue siempre el que quiso y en actividad de la solidaridad internacional junto con Salvador Ocampo. Participaba muchas veces en reuniones de los compañeros españoles y judíos. Intervení siempre en los Plenos del Comité Central. Sus intervenciones las preparaba por escrito, con mucho cuidado. También escribía artículos para el diario, generalmente con experiencias concretas de la lucha de masas y relacionándolas con la línea política del Partido. Mi hermano Mundo le ayudaba a corregir los artículos y se los pasaba en limpio”.

En 1960, el Partido me dio la oportunidad inolvidable de visitar Cuba y de ver “el socialismo en castellano”, triunfante en nuestro propio continente.

En 1961, el Partido me mandó a Talca como candidato a diputado. Realizamos una campaña amplia y sacamos bastantes votos, pero no conseguimos el triunfo. Diversos problemas influyeron en ese resultado.

“Justo es decirlo aquí y clarificarlo: el Partido perdió la designación de un representante más al Parlamento por la actitud de resistencia a la decisión del Comité Regional de la provincia. Esos compañeros desconocieron las normas del centralismo democrático, y a la designación de la dirección máxima del Partido opusieron la ambición personal de algunos cuadros que deseaban, bajo el pretexto de arrastre de votos, ser designados candidatos a parlamentarios, sembrando desde el comienzo de la campaña la desconfianza y la confusión dentro del Partido. La actitud firme del Secretariado del Comité Central impidió que este desconcierto primara en la masa partidaria y, a pesar de que no hubo una dirección política del Comité Regional durante la campaña, la mesa respondió con sus mejores esfuerzos. Pero es también necesario destacar una situación que agravó el hecho y ello fue mi conducta frente a estas cuestiones, a las que afronté con debilidad para evitar una lucha intestina más enconada y por mi propia condición de candidato. Sin embargo, creo que con mi actitud cooperé indirectamente a que esta cuestión persistiera. No tomé con fuerza la lucha ideológica dentro del Partido y más propiamente, con algunos cuadros sanos de la dirección regional”.

(De la intervención de Chacón en el Pleno del Comité Central del Partido Comunista, en abril de 1961).

Pasada la elección, el Partido me envió a trabajar como activista en la misma provincia, especialmente en la cuestión agraria, que ha sido el frente que siempre me ha gustado más. En eso estuve casi todo el resto del año.

Cartas desde Talca, de Chacón a su hijo Mundo

“Talca, 6 de junio de 1961.

Camarada hijo:

Recibí la suya oportunamente en medio de un fuerte temporal con unos puntapiés de nuestro Gran Padre Universal que parece estaba muy enojado, porque me tuvo dos días aislado en la Orilla y dos en El Queñe. Lo pasé como ángel. Gracias por los encargos resueltos. Muchos saludos le envían los de Curepto. Lo del viaje, ojalá a vuelta de correo me avisen la fecha cuando puedo estar en esa, porque aquí la cosa está saliendo en cadena, la conferencia del Partido y las tareas campesinas me están copando el tiempo y la gente quiere que vaya a todas partes.

Mi opinión es que trabaje un poco con la juventud y otros poco con los maestros, que repartiendo el tiempo en dos frentes se puede hacer algo, ¿no le parece?

¿Cómo se arregló lo de la casa de Lucía? Saludos fraternales para los cuñados y familiares. Para los nietos, lo mejor, un poco de miel con abrazos, no le parece. Mi salud, hasta el momento, como se pide.

Para ir a Santiago espero respuesta y fecha. Abrazos para los hijos y nietos.

J. Chacón”.

“Talca, 17 de octubre de 1961.

Querido hijo:

Espero que cuando ésta llegue a su poder ya esté sano de las peladuras que con seguridad le causó el golpe que se pegó en el micro cuando me vino a dejar.

Recibí los dos sumarios, están bien. Ya hablé en una reunión abierta, con poca gente, pero con buenos resultados, militancia nueva.

Ahora espero que tenga en su poder las estampillas de mi carnet que me faltan, en cuanto las tenga me las despacha por correo a Talca, en este momento le escribo de Molina. Fui a Cipreses, a una concentración pública, ahí me aplaudieron bastante, lo que demuestra la simpatía de la gente. Estuve en el Fundo Suiza, los campesinos me recibieron con simpatía y presentaron un pliego de peticiones. Cuando tenga el borrador del artículo para El Siglo, me escribe o me lo manda, pues aquí tengo trabajo para tres meses entre Talca y Curicó. Saludos a todos mis nietos e hijos y amigos.

J. Chacón”.

“Talca, 28 de octubre de 1961.

Camarada Mundo Chacón S.

Estimado hijo:

Después de saludarte mis deseos son que todos estén bien, yo como un peral sin raíces.

Mis deseos son de que ojalá me tenga las estampillas del Partido, pues sigo esperando tenerlas, ya que he pasado muchas vergüenzas cuando me piden el carnet.

Pregunta si llegó una carta que envié al compañero José Campusano donde van los datos para el diario del Fundo Suiza y la información para la Comisión de Organización sobre los CR de Curicó y Talca, donde se preparan dos congresos regionales de campesinos en las dos provincias.

Saludos a mis nietos, a Lucía y su marido y a tu camarada, que espero estén todos bien.

J. Chacón”.

En 1961, el Partido me mandó a Bulgaria, en un viaje que era principalmente de descanso, junto con el compañero José Emilio Mora, periodista de El Siglo.

José Emilio Mora: “A pesar de sus dolencias, era un veterano muy dicharachero, campechano y socarrón. Siempre andaba con el chiste a flor de labios. En el viaje no tuvimos dificultades hasta llegar a Viena, porque en los aviones y aeropuertos siempre había alguna auxiliar que hablara castellano. Pero entonces empezaron los problemas. No nos podíamos hacer entender, Chacón no se inquietó y me dijo:

“—¿Sabe qué más, ñor? ¡Se nos terminaron los ángeles de la guarda!

“Se interesaba por todo y hacía muchas preguntas. Nunca se quejaba. Cuando se sentía mal (le faltaba la respiración) se quedaba parado un rato y se limitaba a decir:

“—Váyase usted más adelantito no más.

“Le daba vergüenza que yo llevara la maleta y siempre se disculpaba”.

Últimamente he estado trabajando en la Comisión Agraria y en la de Relaciones Internacionales. De vez en cuando me meto a periodista y trato de escribir algún artículo para el diario.

En mi vida he andado por Chile entero, menos las provincias de Aysén y Magallanes. No pierdo las esperanzas de llegar por esos lados.

Mundo Chacón: “Mi papá no llegó a conocer las provincias australes. Cuando cumplió 68 años, en octubre de 1964, el Partido organizó una serie de actos para rendirle homenaje por su trayectoria de 48 años en la lucha política. El acto más importante se realizó en el Comité Central, en Santiago. Pero creo que mayor emoción le causó a él, porque estuvo con muchos antiguos compañeros, el que se realizó en La Calera”.

Del discurso de Chacón en La Calera, octubre 1964:

“Todos los antiguos combatientes y hoy incluso los más recientes, aprendimos de nuestra labor práctica. Al principio muy poco conocíamos de marxismo y

menos de la experiencia internacional. La técnica del costalazo y de los errores difíciles de descifrar nos enseñó que para pensar, estudiar y actuar, teníamos que pararnos muy firmemente en la realidad. Saber apreciar con criterio racional y en función de los objetivos populares, cada griterío y cada vuelta del enemigo y de sus amigos disfrazados de pueblo o de ocasionales revolucionarios. Sin esa actitud dábamos bandazo tras bandazo. Y no por falta de coraje o cosa parecida, ya que las cárceles del norte y del sur conocieron muchas veces a cientos de luchadores. Existen numerosas fosas, con cruces o sin ellas, a las orillas de los caminos, que guardan los cuerpos de asesinados comunistas, valientes pero no aventureros; y a otros los guarda el mar para siempre, ya sea por orden de Rencoret o de algún otro cobarde jefe policial, sicarios de los gobiernos de la oligarquía que hemos tenido y seguimos teniendo.

“Después vino otro período: la lucha contra el oportunismo y el sectarismo dentro de nuestras filas y del movimiento popular, como producto de la penetración enemiga; la lucha contra la demagogia derechista y por defender la unidad de la clase obrera, que se veía amagada por los ‘ultras’ que entonces predicaban la acción violenta: los trotskistas, que nunca cayeron a un calabozo ni por curados y que hacían grandes alardes de un heroísmo que nunca tuvieron.

“Aquellos tiempos eran crudamente difíciles. Para vender o repartir nuestros materiales o prensa había que andar a la cochi en los ferrocarriles o montado arriba de los sacos en los trenes de carga o en carreta donde pudiéramos subirnos, semidesnudos y generalmente a pata pelá. Porque no había plata en nuestras organizaciones y nosotros, apenas nos olían los patrones nuestras inquietudes sociales, éramos despedidos. Muchos viejos cuadros de aquí de La Calera deben recordar aquello, pues juntos con ellos hicimos numerosas recorridas por los alrededores para levantar la conciencia de los campesinos y gracias a esas gestiones, en algunas partes éstos lograban ganar aproximadamente lo que necesitaban. Ahora la pelea la damos con otros armamentos y con otros sacrificios pero con la misma decisión”.

Higinio Godoy: “Cuando viajó al sur, en febrero de 1965, vino a despedirse. Le

dije que no viajara, que su salud ya no estaba para esos trotes, que el Partido lo necesitaba vivo. Pero él me replicó:

“—Yo soy muy allegado a los recuerdos. No voy a desairar a esos compañeros, que me han invitado tanto. Yo tengo gente muy querida por allá. Si me invitan a sus trillas, ¿por qué no voy a ir?”.

Mundo Chacón: “En febrero de 1965 mi papá viajó a Temuco a visitar a un profesor que estaba enfermo y que lo había tenido en su casa durante la represión de González Videla. Pensaba ir también a Nueva Imperial para tomar contacto con sus amigos mapuches y estar con sus grandes amigos, la familia Zapata. A poco de llegar, sufrió una crisis cardíaca y murió el 15 de febrero.

“Me tocó viajar hasta Temuco a traer el ataúd con su cuerpo en tren hasta Santiago. En la Estación Central estaban esperándolo miembros del Comité Central del Partido y cientos de compañeros más.

“En los funerales habló mi hermana Lucía”.

En el diario Clarín, el periodista Ricardo Boizard (“Picotón”), escribió sobre Chacón:

“Moreno, labios gruesos, ojos ladinos, estatura baja y rechoncha, era una especie de huaso del Maule, sometido a las disciplinas de Moscú.

“Lo conocí en pasados tiempos en que los jóvenes católicos criados en la

incubadora burguesa vivían todavía bajo la égida del Partido Conservador. El Partido Conservador oficiaba hasta entonces de concesionario de catolicismo y tenía un orden social prefabricado en la medida de sus intereses agrarios y financieros. Era un orden hecho para el mantenimiento del latifundio, para la explotación sin medida del campesino, para pagar lo menos posible y enriquecerse al máximo con el fruto de la tierra. Si lentamente incubaba el descontento en el corazón de la masa, si la protesta se filtraba desde la ciudad al campo, si el inquilinaje empezaba a abrir los ojos sobre su miseria, se golpeaban el pecho ante el escándalo y bramaban contra los satánicos agitadores, enemigos del orden social.

“Entre los agitadores campesinos estaba Chacón Corona. Yo sabía de sus andanzas y tras el velo de mis prejuicios, admiraba un poco a ese luchador insobornable que se colaba en las noches para hablar con sus hermanos del agro y que, perseguido por la policía, huía entre las zarzamoras. El asunto era así: Chacón Corona combatía por sus hermanos; esto no les convenía a los patrones y los patrones oponían a sus prédicas la coraza de su orden social. Naturalmente, los carabineros eran los administradores de la coraza y defendían el orden social de los patrones. Entretanto, las aventuras de Chacón Corona iban subiendo de punto y lo veíamos enfrentarse a las mesnadas de carneros en el día de las elecciones, lo veíamos acusar en bravo desafío, lo veíamos defender como un lobo a las ovejas. Parecía un lobo, en verdad, pero en el fondo tenía la tierna contextura de las ovejas. Era dulce, noble, paciente, sufrido y compasivo.

“Era un apóstol de la revolución social y también, un apóstol del cristianismo de verdad. El conocía poco, quizás, el Evangelio, pero vivía en carne y en sacrificio, el amaos unos a los otros”.

(“Chacón Corona”, Clarín, 22 de febrero de 1965)

Lucía Chacón: “A ti, camarada Juan Chacón Corona, a ti que tanto te debemos tus hijos, vengo a acompañarte, como tú lo hicieras cuando éramos tus pequeños hijos, cuando te sentíamos ausente del hogar por los múltiples sufrimientos de que fuiste víctima, cuando la cárcel nos arrancaba de tu lado,

cuando la mesa pobre de nuestra humilde casa no tenía pan, ni el plato que faltaba con frecuencia... De la mano contigo fuimos temprano hacia el combate, porque no tuvimos nada, porque sufrimos tanto, porque fueron las noches demasiado largas y negras, porque nuestra madre se nos fue y quedaste tú, como una guía, como un faro luminoso, es que quiero agradecerte y prometerte continuar tu ejemplo, como hasta ahora lo hemos hecho”.

(Discurso en los funerales de Juan Chacón Corona, en el Cementerio General de Santiago)

XI

El autor explica algunas cosas

Aunque este libro se compone en su mayor parte de las memorias de Juan Chacón Corona, en primera persona del singular, tiene un autor. Fue éste y no Chacón quien decidió en última instancia la forma del libro, quien realizó la selección de sucesos, circunstancias, palabras.

En las primeras entrevistas, esto no estaba claro. El personaje se creía autor. Como le parecía excesivo, inmodesto y, por lo tanto, pecaminoso un tan dilatado examen de sí mismo, buscaba justificaciones. Definía sus recuerdos como “algunas experiencias que les pueden servir a los compañeros” y los sometía a censura. Cuando la conversación bordeaba materias que le parecían ajenas a aquel propósito político y se acercaba de manera peligrosa a lo íntimo o cuando sus actuaciones podían aparecer realzadas, cerraba la boca. En tales momentos, los detalles vivos, humanos, los más significativos, había que sacárselos con tirabuzón. (Comprendí la desesperación de los policías que tantas veces lo interrogaron infructuosamente). Supongo que la reserva provenía, además, de cierta desconfianza hacia los intelectuales.

Algunos interrogatorios eran exasperantes:

El autor: Cuando tu padre dejó de trabajar como inquilino, ¿dónde vivían?

Chacón: En Lampa.

El autor: ¿En el pueblo mismo?

Chacón: Al lado fuera.

El autor: ¿Era una casa arrendada?

Chacón: Vivíamos en lo propio.

El autor: ¿Cómo era la casa?

Chacón: Era un rancho.

El autor: ¿De adobe?

Chacón: ¡Me! ¿Y de qué iba a ser?

El autor: ¿Y el techo?

Chacón: De totora, pus.

El autor: ¿Cuántas piezas tenía?

Chacón: ¿Piezas? ¿Cómo... piezas?

El autor: ¿Cuántas piezas tenía el rancho?

Chacón: Una, pus.

El autor: Pero cómo, ¿ahí dormían? ¿Ahí cocinaban?

Chacón: No. La cocina estaba afuera en otro rancho más chico.

El autor: Ah, eso sí. ¿Y cómo era ese otro rancho?

Chacón: Peor.

El autor: Y el rancho donde vivían, ¿qué clase de piso tenía?

Chacón: (Con sorna). Tierra de hoja... Pisábamos tierra adentro y afuera.

El autor: ¿Qué muebles había?

Chacón: ¿Muebles? Lo que había era un camastro de palo. Ahí dormía yo y ahí durmió mi hermana desde que nació, a los años después.

El autor: ¿La cama tenía colchón?

Chacón: No. No conocí los colchones hasta mayor.

El autor: Entonces, ¿cómo era la cama?

Chacón: Bueno, yo me tendía en unos cueros de oveja colocados encima de las tablas y me tapaba con unos ponchos, con sacos, lo que fuera.

El autor: ¿Y tus padres?

Chacón: Ellos dormían en otro camastro.

El autor: ¿Qué otros muebles había en la casa?

Chacón: Otros... no se merecían.

Etc., etc.

Yo no quería escribir una vida de santo, ni un manual para la Comisión de Educación del Comité Central, ni un ensayo de interpretación histórico-social. Pretendí presentar el retrato sin retoques del ser humano Juan Chacón. El retrato de un hombre a través de sus actos.

En algún momento que ahora no puedo precisar, abandonó aquella actitud rígida. En vez de tratarme de “Ud.” y de “compañero” comenzó a llamarme “don Varas” y puede que me haya tuteado en una que otra ocasión. Pese a la diferencia de edad y a mi creciente respeto por él, a mí nunca me resultó difícil tutearlo y llamarlo “Juan” o “Juanito”.

Entre marzo de 1962 y fines de 1964 sostuvimos unas veinte entrevistas. En las últimas, ya de acuerdo (tácitamente) en cuanto al carácter del trabajo, estábamos revisando y enriqueciendo diversos pasajes con nuevos detalles. Se me murió el hombre antes de tiempo, antes de terminar esa revisión. Hoy me repelo al pensar que muchas veces lo hice esperar largamente, en las oficinas de El Siglo, mientras atendía yo asuntos de rutina. Solía llegar, compuesto y callado, el sombrero negro y llovido bien calado, con reloj de bolsillo, terno oscuro y desplanchado, los bolsillos llenos de papeles. Se sentaba durante media hora, una hora o más, igual en apariencia a esos viejos que integran pacientes delegaciones de pensionados o campesinos en conflicto, sin hacerse notar, dispuesto a hacerse a un lado, respetuoso de los compañeros más jóvenes encargados de sacar el diario (el diario que sin los sacrificios suyos y de otros como él, no existiría).

El 11 de marzo de 1962, se publicó por primera vez en El Siglo una síntesis de la vida de Chacón. Yo la había redactado, con palabras dictadas por él. Ya entonces, pese a la rigidez de que he hablado, su estilo me parecía inmejorable. Era un narrador socarrón y lacónico. No enredaba la acción con reflexiones inútiles. Hacía un humor “pillo”, irónico, a veces tan sutil que llegaba yo a dudar de que fuese deliberado (“esos rotos eran medio desordenados. Por cien pesos a un hombre le cortaban el guargüero y lo echaban al río Cachapoal”). ¿Era el suyo un humor especial o usaba curiosamente el eufemismo por hábitos de expresión heredados? Lo aguaitaba, pero su rostro mostraba desconcertante

hermetismo indígena. Más tarde llegué a conocer las claves de su estilo y a celebrar, riendo con ganas, esas “salidas” enigmáticas. Él también reía entonces (curioso; al mismo tiempo era capaz de gozar infantilmente con ocurrencias primarias, chistes de colegial).

Poseía un gran señorío popular y campesino. Solo con intensa presión pude hacerle repetir los precisos garabatos dichos en algún momento decisivo. Era directo, llano, sin remilgos; pero le chocaban las expresiones soeces y le costó admitir que en algunas ocasiones pudieran ser irreemplazables. Le conté el episodio de Cambronne en Waterloo. Le causó una gran hilaridad, pero no lo convenció. Si las repitió, fue por rigor histórico, aunque dudando de la conveniencia de ponerlas en un libro.

Aun después de llegar a un trato de mutua confianza, mantuvo exagerada reserva sobre los hechos en que su actuación fue excepcional. Si lo flagelaba la policía, había recibido “una buena trilla”, “una pateadura” o “torturas de importación”. Nunca daba detalles. Resistir la tortura en silencio le parecía tan natural que ni siquiera hablaba del asunto. El simulacro de fusilamiento a que fue sometido en la Isla Mocha y su increíble reacción, logré extraérselos por medio de un interrogatorio “de tercer grado”, sumamente prolongado. Es un hecho conocido por pocos y nunca publicado antes, que yo sepa.

Como su relato se apoya solo en sus recuerdos (era un hombre de pocas lecturas), me pareció necesario completarlo con testimonios de otras personas que lo conocieron, o que vivieron los mismos hechos. Esos testimonios contribuyeron a dar mayor densidad al retrato, a precisar algunos hechos o a rectificar otros (ocasionalmente los testigos contradicen ciertas afirmaciones del narrador. El lector podrá elegir la versión que prefiera. En el caso, por ejemplo, de Segundo Peña, compañero de banco de Chacón en la escuela: lo recuerda “duro de cabeza”, mientras Chacón se describe como un estudiante “aventajado” y “el primero de la clase”). En el texto hay también citas de tres libros que Chacón leyó: Historia Política y Parlamentaria de Chile, de Manuel Rivas Vicuña (“no era tonto ese burgués”); Origen y formación del Partido Comunista

de Chile, de Hernán Ramírez Necochea, y Vida de un comunista, de Elías Lafertte.

Dije que Chacón no enredaba la acción con reflexiones inútiles. Esto no quiere decir que fuera un hombre de acción “puro”. Su manera de relatar trasunta una filosofía. A menudo, breves frases al término de un episodio resumen toda una visión del mundo. Pero no se las daba de teórico y, con excepción del año 20 y el fenómeno del alessandrismo, que vivió –como todo– con ardor, no intenta interpretaciones. Acaso porque vino a tomar conciencia de su vida justamente cuando ésta terminaba.

Cavilé largamente antes de titular este libro Chacón. No por el afán de buscar siempre títulos de una sola palabra, Orellana, sino porque me parece el mejor, el único posible. En un momento, me cautivó la frase “sinceramente oscuro”, que aparece en Residencia en la Tierra de Neruda, al final del primer párrafo de una prosa que se titula “La noche del soldado”. En aquel párrafo, inesperadamente, vi reflejada una cierta calidad de la vida y de la actitud ante la vida de Chacón: “Yo hago ya noche del soldado, el tiempo del hombre sin melancolía ni exterminio, del tipo tirado lejos por el océano y una ola, y que no sabe que el agua amarga lo ha separado y que envejece, paulatinamente y sin miedo, dedicado a lo normal de su vida, sin cataclismos, sin ausencias, viviendo dentro de su piel y de su traje, sinceramente oscuro”. No obstante, sentí después que esta frase resultaba literaria en extremo como título para este libro, y también ambigua, susceptible de ser mal interpretada. Porque Chacón fue oscuro, sinceramente oscuro, en el sentido de estar dispuesto a borrarse por la causa y en su carencia de retórica demagógica, y fue también un soldado que enfrentaba su destino sin miedo, sin cataclismo. Pero al mismo tiempo, supo extraer de la oscuridad anónima, de aquella existencia opaca de hombre del pueblo, el heroísmo. Por eso, la palabra “oscuro”, con su connotación despectiva, traicionaba finalmente su verdad.

Así pues, el libro se llama simplemente Chacón. No Chacón Corona, el nombre que le daba la prensa cuando el traidor lo perseguía, sino Chacón a secas, como

lo llamaron siempre sus camaradas.

Los testigos

A lo largo del texto de estas memorias de Juan Chacón se han incluido los testimonios de personas que lo conocieron en diversas épocas de su vida. Por orden de aparición estos testigos son:

Amelia Román. Antigua vecina de Lampa, nacida en la localidad en 1875.

Mundo Chacón. Hijo de Juan Chacón y su compañera Aída de las Mercedes Silva.

Segundo Peña. Agricultor, antiguo vecino de Lampa, compañero de escuela de Chacón.

José Vega Díaz. Antiguo dirigente y diputado comunista. Cronista del movimiento obrero, autor de Años de lucha.

Carlos Contreras Labarca. Ex secretario general del Partido Comunista.

Roberto Landaeta. Antiguo dirigente comunista. Ex director del diario El Siglo.

Volodia Teitelboim. Dirigente comunista, escritor.

Américo Zorrilla. Dirigente comunista.

Israel Wule. Antiguo militante comunista de Santiago.

Lucía Chacón. Hija de Juan Chacón Corona.

Higinio Godoy. Antiguo dirigente comunista y del movimiento sindical.

Reinaldo Núñez. Antiguo dirigente y ex diputado comunista.

Rosa Quiroz Vivanco. Antigua militante comunista, compañera de Reinaldo Núñez.